



Título: El historiador frente la historia: corrientes historiográficas actuales

Autor(es):

Fecha de publicación: 1999

Primera edición electrónica en pdf: 2023

ISBN edición impresa: 968-36-7984-X [Versión impresa]

ISBN de pdf: en trámite

Forma sugerida de citar: El historiador frente la historia: corrientes historiográficas actuales. Divulgación 1. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas, 1999.

<http://hdl.handle.net/20.500.12525/3383>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

EL **historiador**
Frente a la Historia
ANTOLOGÍA DE CONFERENCIAS
CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES

HORACIO CRESPO ENRIQUE FLORESCANO
MIGUEL LEON-PORTILLA CARLOS MARICHAL
CARLOS MARTÍNEZ ASSAD ÁLVARO MATUTE
JOSEFINA MURIEL SERGIO ORTEGA NORIEGA
JUAN A. ORTEGA Y MEDINA SILVIO ZAVALA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

EL HISTORIADOR FRENTE A LA HISTORIA

CORRIENTES HISTORIOGRÁFICA ACTUALES



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
Serie Divulgación / 1



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

EL HISTORIADOR FRENTE A LA HISTORIA

CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES

Juan A. Ortega y Medina • Luis González y González

Enrique Florescano • Miguel León-Portilla

Silvio Zavala • Álvaro Matute

Horacio Crespo • Sergio Ortega Noriega

Carlos Marichal • Josefina Muriel

Carlos Martínez Assad



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 1999



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Primera edición: 1992

Segunda edición: 1999

DR © 1999, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510. México, D. F.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Impreso y hecho en México

ISBN 968-36-7984-X



El historiador frente a la historia
Corrientes historiográficas actuales
2ª edición

editado por el Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM,
se terminó de imprimir en Hemes Impresores, Cerrada Tonatzin 6,
Col. Tlaxpana, C. P. 11370, México, D. F.,
el 29 de octubre de 1999.

Su composición se hizo en tipo Baskerville
de 11:12, 10:11 y 8:9 puntos.

La edición, en papel Cultural de 90 gramos,
consta de 1 000 ejemplares y estuvo al cuidado
del Departamento Editorial del IHH



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



ÍNDICE

Prefacio	5
----------------	---

EL HISTORIADOR FRENTE A LA HISTORIA CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES 1990

La verdad y las verdades en la historia <i>Juan A. Ortega y Medina</i>	9
La historiografía que nos rodea <i>Luis González y González</i>	17
La nueva interpretación del pasado mexicano <i>Enrique Florescano</i>	29
El tiempo y la historia <i>Miguel León-Portilla</i>	51
Apreciación sobre el historiador frente a la historia <i>Silvio Zavala</i>	63

EL HISTORIADOR FRENTE A LA HISTORIA CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES 1991

Historia política <i>Álvaro Matute</i>	75
Historia cuantitativa <i>Horacio Crespo</i>	87
Introducción a la historia de las mentalidades <i>Sergio Ortega Noriega</i>	105



La historia económica en la década de 1980-1990.	
Obstáculos, logros y perspectivas	
<i>Carlos Marichal</i>	115
Historia de la mujer en México	
<i>Josefina Muriel</i>	125
Historia regional. Un aporte a la nueva historiografía	
<i>Carlos Martínez Assad</i>	135



PREFACIO

La forma como los mexicanos han recuperado su pasado ha variado a lo largo del tiempo. Particularmente durante las últimas décadas han surgido diversos fenómenos que han incidido profundamente en la manera como se escribe la historia. Esto se debe a las transformaciones que el país ha sufrido en el ámbito económico, social y político, a la creciente influencia del exterior, que ha ocasionado cambios en la idiosincrasia de los mexicanos y ha orientado sus intereses hacia nuevos campos.

A raíz de estos fenómenos han surgido nuevas corrientes historiográficas. El marxismo impulsó los estudios sobre historia económica y social; el feminismo despertó el interés por la historia de la mujer; la reivindicación de las comunidades pequeñas y su necesidad de contar con una historia propia dieron luz a la microhistoria, mientras que las tendencias descentralizadoras impulsaron la historia regional, y una mayor valoración del hombre común condujo al estudio de la vida cotidiana y a la historia de las mentalidades.

El contacto de la historia con otras disciplinas ha enriquecido sus enfoques y aumentado sus recursos metodológicos. Por ejemplo, la utilización de la estadística para el manejo de datos históricos impulsó la historia cuantitativa, y la antropología y la etnografía han enriquecido el estudio de la época prehispánica.

Además, existen diversos factores, que podríamos llamar externos, que también han incidido de manera notable en la reconstrucción histórica. Entre ellos cabe destacar el hecho de que el oficio del historiador se ha profesionalizado, es decir, que la mayoría de las personas que actualmente escriben historia se dedican profesionalmente a esta tarea; que han proliferado los sitios en los que se hace historia; que el número de historiadores ha aumentado sustancialmente, y que la historia de México ha despertado un gran interés en otros países y hay muchos historiadores extranjeros que publican libros sobre México. Además, ahora hay una participación destacada de las mujeres, cuando antes era tarea casi exclusivamente realizada por hombres.

Asimismo, han mejorado las condiciones materiales para hacer historia. Ha aumentado el número de fuentes disponibles, debido a que se han abierto muchos nuevos archivos al público, y ha crecido el número de bibliotecas



especializadas; hay mayores oportunidades para publicar y se han multiplicado las escuelas para estudiar historia. Además la mayoría de los historiadores recibe un salario y cuenta con un apoyo institucional.

El objetivo del presente libro es dar a conocer la opinión que un grupo de destacados historiadores tiene ante estos cambios, en el momento que principia la última década del siglo XX, y explica cuál es su posición frente a la historia, o frente a determinadas corrientes historiográficas.

Los trabajos fueron presentados en dos ciclos de conferencias que, bajo el título de “El historiador frente a la historia”, se llevaron a cabo en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, durante la primavera de 1990 y de 1991 y su carácter es de divulgación. Quiero agradecer a Felipe Castro y a Martha Loyo su apoyo para la realización de dichos eventos y a Cristina Carbó la transcripción de alguno de los trabajos y la preparación del original para la imprenta.

Gisela von Wobeser
Ciudad Universitaria, octubre de 1991



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

EL HISTORIADOR FRENTE A LA HISTORIA
CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES

1990



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



LA VERDAD Y LAS VERDADES EN LA HISTORIA

JUAN A. ORTEGA Y MEDINA*

Voy a dividir la plática que nos ha reunido en este recinto del Instituto de Investigaciones Históricas en tres secciones o partes.

En la primera abordaré el problema –reflejado en el título– que se refiere a la doctrina de la verdad y a las verdades en la historia; en la segunda discutiré sobre el circunstancialismo y perspectivismo histórico, o sea, la historia como vida; y en la tercera analizaré, muy brevemente, el contenido de algunas de mis investigaciones históricas y me referiré a la manera como surgieron, a qué método utilicé y cuál es el mensaje que contienen.

Comenzaré, por consiguiente, definiendo ese acontecer que llamamos, sin mayores trámites, historia; empero es bien sabida la dificultad que entraña cualquier definición y más si se trata de definir una ciencia como la histórica, tan difícil de aprender y de enseñar, según apuntaba Ortega y Gasset. Me limitaré, por lo mismo, a subrayar el papel de esta ciencia ideográfica, interesada en conocer al hombre, midiendo en lo que éste hizo ayer y en lo que continúa haciendo hasta el día de hoy. El hombre, ente genérico, ha hecho cosas: cosas no siempre racionales, pues la sinrazón e inclusive la racional irracionalidad han movido el acontecer, como en su tiempo vieron con claridad un Voltaire o un Hegel, cuando se referían a los crímenes de la historia, y como también hoy podemos comprobar con sólo reparar en cualquier punto del globo terráqueo, en donde los conflictos humanos constituyen la tónica general.

La historia se ocupa de lo que fue y ya no es, y las verdades que ella maneja están condicionadas por las circunstancias históricas que les han dado origen, y por el punto de vista o perspectiva del historiador que las analiza. Circunstancialismo y perspectivismo que ponen en duda la validez de la “Verdad”, es decir que, para afirmar esta validez, hay que negar la historia, que es relativización, condicionamiento. La verdad concreta (que es ribimos con minúscula) se nos presenta condicionada históricamente pero, por otro lado, la Verdad (con mayúscula) rechaza cualquier forma de condición.

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Si nos referimos a la primera, la verdad con minúscula, ésta se halla condicionada internamente por la historia de la misma historia y externamente por la situación social, religiosa, política, económica, etcétera. La verdad de hoy –lo mismo que la de mañana– parece condenada a correr la misma suerte que la de ayer: ser desalojada por una nueva verdad. Los científicos actuales tienen plena conciencia de ello y lo declaran expresamente. Por ejemplo A. Einstein y L. Infeld, en su obra, *La física, aventura del pensamiento* (Buenos Aires, Editorial Losada, 1945), afirman: “En nuestro gran libro de misterios no existen problemas total y definitivamente resueltos...” (p. 49), “... la ciencia no es, ni será jamás, un libro terminado. Todo avance importante trae nuevas cuestiones. Todo progreso real revela, a la larga, nuevas y más hondas dificultades” (p. 350-351). Estos son hechos y no mera teoría, y sólo pueden negarlos quienes padezcan de ceguera.

Desde el punto de vista empírico, no menos que desde el historicista, puede observarse que la gente reverencia, sin entenderlos, muchos sustantivos abstractos, cuando de lo que se trata es de la sublimación de situaciones o entes concretos. Así, por ejemplo, el patriotismo de algunos les ha inducido a hipostasiar en un mundo celeste sustantivos abstractos que encarnarían la “esencia” de su nacionalidad y que quedan así a salvo de los vaivenes de la vida y de las altas y bajas de la historia. Se habla, pongamos por caso, de la hispanidad o la mexicanidad o la peruanidad como aspectos ajenos a los españoles, mexicanos o peruanos de carne, hueso y espíritu. Proyectamos estos términos a un mundo celestial en donde se resisten a todo cambio y pretenden tener la misma esencia que el concepto de “triangularidad”, que no admite la pérdida de un ángulo o la incorporación de un cuarto ángulo, porque los triángulos tienen una naturaleza semejante a la propia triangularidad, esto es, no pueden cambiar sus notas específicas. En cambio los españoles, mexicanos y peruanos pueden cambiar sus características específicas y, en verdad, están cambiándolas en este momento y seguirán haciéndolo por el resto de la historia. Porque son hombres, y en cuanto tales, ellos y todo lo que hacen están sumergidos en la historia, llevan la temporalidad en las entrañas.

La Verdad (con mayúscula) es la cristalización de las verdades particulares surgidas de la experiencia humana a través de la historia. Los tres entes abstractos citados, así como otros muchos que podríamos añadir, son conceptos forjados a partir de verdades concretas. Al olvidar luego su origen se ha pretendido cortar las amarras que los unían a la realidad, en la creencia de que tales ligaduras eran impedimentos y no el sostén mismo de su existencia. Las verdades, insistimos en este punto, existen en un momento histórico determinado. Que una doctrina sea verdadera quiere decir que soluciona los problemas o las cuestiones que en ese momento se plantean. Nuevos descubri-

miento o nuevas situaciones humanas acarrearán inmediatamente nuevos problemas. La doctrina que era verdadera cederá su puesto a otra que sea capaz de dar razón tanto de las situaciones nuevas como de las viejas. Y en esto consiste el progreso o el desenvolvimiento histórico de la verdad. La “vieja” teoría nunca desaparece por completo: vive en la entraña de la nueva, que jamás podría haber surgido sin la anterior. La historia de la ciencia no es más que una descripción de este proceso.

Debemos añadir que la verdad no sólo se da en una situación histórica, sino dentro de un contexto de verdades, pues no hay verdades aisladas. Más aún, la verdad debe poder realizarse en la historia; es decir, debe poder estar representada por verdades concretas. Carecería de sentido y podría resultar incomprensible una verdad totalmente inalcanzable, lo mismo que un ideal totalmente irrealizable; empero, en contraposición a lo anterior, la verdad no podrá realizarse jamás en forma total y definitiva. Dicho en otras palabras, la verdad tiene los caracteres que Croce atribuye al concepto: es *omni* y *ultra* representativa. El primer carácter mantiene a la Verdad en contacto permanente con la verdad; el segundo revela su naturaleza dinámica y el proceso de su constante ensanchamiento, que impide que las verdades concretas logren jamás cubrir la totalidad de su territorio.

Semejantes caracteres no son exclusivos de la verdad. La belleza, la ciencia, la libertad, la filosofía, la democracia, el arte, y muchos conceptos de igual categoría, comparten con la verdad su carácter dinámico, inacabado, y son, igual que ésta, *omni* y *ultra* representativos. Al tratar con estos conceptos se corre el peligro de caer en los siguientes extremos igualmente peligrosos: a) negar su existencia; b) petrificarlos o hipostasiarlos. En el primer caso renunciamos, sin razón, a una guía orientadora; en el segundo, tratamos como axioma lo que en realidad es un postulado y desnaturalizamos la investigación al inquirir por la “esencia inmutable” de algo que es cambiante y expansible.

Este carácter expansible de la verdad impide que una doctrina determinada se convierta en la verdad suprema y definitiva, impide que haya una filosofía perenne. La única posibilidad de que una filosofía, o una teoría filosófica, adquiera permanencia es que se incorpore a la historia. Verdadera no será aquella doctrina que las generaciones futuras repitan al pie de la letra, sino aquella otra que no podrán dejar de tomar en cuenta para descubrir nuevas verdades. En suma, la verdad tendrá que ir integrándose a lo largo de la historia, porque la realidad que ella contempla está en constante desarrollo y expansión. Ninguna doctrina particular puede ser definitiva porque no es definitivo ninguno de los momentos del proceso de desenvolvimiento de la realidad total (Risieri Frondizi, “La Verdad y la Historia”, en *Cuadernos Americanos*, 195.)

Circunstancialismo y perspectivismo histórico. La historia como vida

Aunque en la primera parte o periodo de nuestra plática aludimos a la relativización condicionada de la historia, debemos meditar nuevamente sobre ello. Fue la publicación española, *Revista de Occidente*, dirigida por Ortega y Gasset, la propagadora dentro de la cultura hispánica (española e iberoamericana), de las tendencias ratiovitalistas de la historia. En México, con el arribo del filósofo José Gaos y del historiador Ramón Iglesia se fortaleció la incipiente orientación historicista que Edmundo O’Gorman y Justino Fernández habían iniciado a partir de la lectura de la revista citada y las publicaciones históricas patrocinadas por la famosa publicación española.

El primer objetivo de la escuela historicista fue combatir tenazmente en contra del positivismo dominante en México, representado por brillantes historiadores científicos. autores de obras importantes cuya aspiración máxima era la suprema objetividad y a ella sacrificaban, si era necesario, la vitalización o humanización de la tarea histórica. Para los representantes del método historicista la construcción histórica no era un meticuloso y agobiante trabajo de cal y canto sobre el cual habría de erigirse la historia como una estructura inmutable, sino que era, más bien, como un juego de perspectivas. Se trataba, además, de hacer una historia interesada en los significados humanos que poseen los hechos históricos. La pregunta fundamental se refería a la inteligibilidad del pasado, al que se interpela en función del ente vivo y cierto de dicho pasado: el hombre. El objetivo del historiador es uno y esencial: comprender al hombre, sin intentar enjuiciarlo y aun menos regañarlo, como censuraba Croce. “La historia –escribía Huizinga– es, de todas las ciencias, la que se acerca más a la vida. En esta relación indestructible con la vida reside para ella su debilidad y su fuerza. Hace variables sus normas, dudosa su certidumbre; pero, al mismo tiempo, le da su universalidad, su importancia, su gravedad.”

Se exige del nuevo tipo de historiador no solamente sapiencia y erudición, pues esto es sólo el comienzo, sino especialmente simpatía y comprensión, sin las cuales la historia se convierte en mera arqueología. La justipreciación de los hechos depende de la peculiar perspectiva en que esté situado el observador. Este perspectivismo crítico-histórico de raíz orteguiana es aceptado por el historiador historicista, y consiste, vale la pena insistir en esto, en la aplicación del perspectivismo del filósofo madrileño al territorio de la historia. El *problema de nuestro tiempo* será, por consiguiente, la observación de la realidad histórica desde una cierta perspectiva. Ésta, en tanto que componente esencial de la realidad histórica, obra de tal forma que dicha realidad resulta siempre

cambiante, distinta; como cambiantes y distintos son los puntos de vista o enfoques crítico-históricos. Esta radical y notable apreciación y esta caracterización son posibles porque “la verdad histórica –como escribe Iglesia– no es una, sino múltiple, según los lugares y las épocas” (*Jornadas* 51, p. 18). El grave y sentencioso filósofo y maestro, Juan de Mairena, dirigiéndose a sus alumnos decía: “...para nosotros, el pasado es lo que vive en la memoria de alguien, y en cuanto actúa en una conciencia, por ende incorporada a un presente y en constante función de porvenir. Visto así –prosigue– y no es ningún absurdo que así lo veamos, lo pasado es materia de infinita plasticidad, apta para recibir las más variadas formas”.

Siendo como es la historia el conocimiento más cercano a la vida, síguese de aquí que será la ciencia más expuesta a los cambios, variaciones y reflujos. La historia no puede sustraerse al ambiente en que se la escribe: en primer lugar, por la inmersión del historiador en un ambiente que hoy es distinto del que era ayer, como también era distinto al de mañana; en segundo lugar, porque la tan apellidada y socorrida imparcialidad histórica no existe ni ha existido jamás. Todos los historiadores son, aunque afirmen lo contrario, parciales a su modo; la parcialidad, el punto de vista propio, son factores ineludibles en la apreciación de los hechos humanos y por lo tanto en su relato, que es la obra histórica. La personal ecuación de cada autor y su complejo de ideas y sentimientos condicionan su manera de mirar las cosas y no nos garantizan en modo alguno ni la objetividad ni la imparcialidad. El historiador historicista rehaza la pretensión de la historiografía científicista de asegurar la existencia de una verdad exclusiva, única, que se puede alcanzar, y de la que se infiere la pretendida imparcialidad.

Si la historia es vida y ésta se presenta siempre como conflicto, lucha y tensión, se sobreentiende que la historia, que relata tales crisis tiene que ser apasionada, combativa y parcial. Cada generación busca una respuesta, un saber de sí misma, una comprensión, supuesto que el pasado al que interroga no es, ni más ni menos, que su propio pasado –el que la constituye. “El pasado humano –escrive Edmundo O’Gorman– en lugar de ser una realidad ajena a nosotros es nuestra realidad y si concedemos que el pasado humano existe, también tendremos que conceder que existe en el único sitio en que puede existir: en el presente, es decir en nuestra vida” (“Consideraciones sobre la verdad en la Historia”, en *Filosofía y Letras*, n. 20, octubre-diciembre de 1945, p. 245-254.) El pasado no es un pasado cualquiera, sino que es un pasado propio, lo que nos constituye. “En esto consiste –prosigue O’Gorman, citado por Iglesia– la experiencia vital de la historia; en esto radica la más profunda y, en realidad, la única misión del saber histórico, porque gracias a esa convicción, a ese sentir el pasado como algo propio es posible referir ese conocimiento a lo

más íntimo y definitivo del sujeto que es su ser” (Ramón Iglesia, *Letras de México*, marzo-abril, 1940).

Conocido es el rechazo que hace Lucien Febvre (*Combats pour l'histoire*) del historiador que se rehusa a pensar el hecho humano, que protesta la sumisión pura y simple a los hechos, como si los hechos no estuvieran fabricados por él, como si no hubieran sido elegidos (seleccionados) previamente por él. No menos absurdo es el empeño pseudolegalista de la escuela histórica positivista de hacernos creer que a los hechos basta con acumularlos y ordenarlos para que éstos hablen por sí solos. Error mayúsculo, ironiza Ramón Iglesia, supuesto que el historiador científico “al asestar este enorme prejuicio dice que está libre de prejuicios” (*Jornadas* 51, p. 11). “Los documentos, las fuentes –prosigue Iglesia– no hablan por sí mismos, pues sus lenguas son múltiples según las personas que los manejan” (*ibidem*, p. 15).

Reunir paciente, meticulosamente, una abundante documentación (la materia prima, digamos) sobre no importa qué tema o institución, para darse simplemente el gusto de imprimirla, es tan sólo responder al vano afán de publicar documentos inéditos. Más aún, al actuar así, el compilador erudito no quiere tener en cuenta, con su pretendido afán objetivista, que todo documento lleva consigo el gravamen de su intencionalidad, de su personal subjetividad, por decirlo así, y sin que se hurten a ésta, inclusive, las columnas y concentraciones estadísticas: subjetividad interna del ordenador y subjetividad íntima del manipulador o intérprete. Dos premisas a las que no escapan los documentos tenidos por más despersonalizados y objetivos, salvo quizá, arguye irónicamente Iglesia, el directorio telefónico (*Jornadas* 51, p. 18).

Frente a la seca estilística de la historia científica, desapasionada y aburridamente objetiva, débese escribir una historia bella, literariamente bien escrita, luminosa, filosóficamente formulada y humanamente entendida. Sólo así será posible situar a la historia en el horizonte cultural del hombre de hoy y se podrá rescatar a la ahuyentada masa de lectores, para que se dejen a un lado los mamotretos eruditos y mamotretillos y se dediquen con fruición a la lectura sucedánea de las historias noveladas.

Repaso autocrítico

En la década de los cincuenta, el doctor Leopoldo Zea, organizador del grupo Hiperión, jóvenes filósofos mexicanos interesados en indagar sobre el ser e identidad del mexicano, aceptó que en la colección *México y lo mexicano* aparecieran mis dos volúmenes titulados *México en la conciencia anglosajona*, análisis de libros y diarios ingleses y estadounidenses relativos a la Nueva

España (siglos XVI-XVII) y al México recién independizado (primera mitad del siglo XIX). El objetivo de estos trabajos fue indagar la imagen que se forjó de nuestro país y su gente el mundo anglosajón. La auscultación historiográfica dio por resultado el comprobar cómo en la pugna angloespañola del siglo XVI los británicos utilizaron todos los argumentos de la “leyenda negra” para desacreditar a sus enemigos. Esta herencia negativa fue aplicada al mundo novohispano y mexicano en tanto que descendientes sus habitantes del tronco hispánico por un lado y del indígena por el otro.

El *Humboldt desde México* (1950) constituye el desfile apretado de las opiniones que mexicanos representativos escribieron sobre el ilustre barón alemán y su obra el *Ensayo Político* novohispano. El espíritu crítico liberal culminaría con la opinión de Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, según el cual, el demiurgo viajero debe representar para los mexicanos el modelo a imitar; de aquí su consejo sobre la perentoria necesidad de *humboldtizar* a nuestro país por la vía científica de la desespañolización.

La *Historiografía soviética iberoamericanista* (1961), estudio histórico de los libros rusos sobre México, motivó una seria réplica por parte de los soviéticos. Repliqué a mi vez y critiqué la politización de la historia, puesta al servicio de los intereses del partido. Esto me acarreó la animadversión de los comunistas criollos que interpretaron mi contrarréplica como un ataque al marxismo y al pueblo ruso.

Polémicas y ensayos en torno a la Historia (1970) es un texto escolar que recoge, estudia y sitúa la idea de la historia de algunos de los más destacados historiadores mexicanos. Estudios sueltos, teóricos, críticos, que nos dan una idea del sentido y utilidad del conocimiento histórico desde el punto de vista mexicano. Hoy, a 21 años de su aparición, me encuentro revisando y poniendo al día el texto para su segunda edición, que aparecerá en la segunda mitad de 1991.

En 1976 apareció la *Evangelización puritana en Norteamérica*, en donde se estudia el dramático intento fallido de los “padres peregrinos” y de los “santos” de adoctrinar a los indios pieles rojas, y el fracaso por razones teológicas calvinistas (predestinación, vocación, santificación, elección) de la labor misionera protestante, que dio paso a la destrucción total de los indígenas.

La *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (1980) es un libro constituido por una serie importante de estudios de Guillermo Humboldt y Leopoldo Ranke, traducidos por mí del alemán, en donde se establecen los fundamentos de la historiografía positiva o científica, que se manifiestan en la definición de la historia como “lo que verdaderamente ocurrió”. Los opúsculos traducidos van acompañados de un estudio previo donde pongo de relieve los valores filosóficos y metodológicos del sistema objetivo-cientificista de entender el conocimiento histórico.

El conflicto angloespañol por el dominio oceánico (1982) presenta la pugna atroz entre el misoneísmo español del siglo XVI y la modernidad inglesa en la misma centuria. El éxito inglés permitió la presencia anglosajona en América y la continuidad del conflicto, en términos americanos, entre Angloamérica e Hispanoamérica, hasta el día de hoy.

En 1987 aparecieron tres libros: *Zaguán abierto al México republicano*, *Imagología del bueno y del mal salvaje* y *La idea colombina del descubrimiento desde México (1836-1986)*. Este último presenta el desfile crítico de los mexicanos más notables que, en ciento cincuenta años, han escrito o discurseado sobre Colón o sobre su hazaña descubridora. Cada uno de los autores tratados matiza su punto de vista positivo o negativo del acontecimiento y maneja las razones hispánicas o antihispánicas de su postura ideológica. El libro, en su parte final, da entrada a la polémica entre O’Gorman y León-Portilla, polémica trunca por cuanto a la posición historiográfica del primero, el segundo optó por ignorarla. Mi punto de vista intentó ser lo más objetivo posible y sólo subrayé que el silencio crítico del segundo privó por entonces a la historia de las ideas en México de un capítulo importante.

Por lo que se refiere a la *Imagología*, el método historiográfico empleado permite conocer lo que los conquistadores, colonos, clérigos y frailes pensaron sobre el indio. La conclusión fundamental del libro establece, tras un riguroso análisis de fuentes documentales, que no hay ningún impreso o escrito español de los siglos XVI y XVII donde se afirme que el indio era un animal.

A punto está de aparecer, tras más de diecisiete largos años de haber sido publicado, el opúsculo *Destino manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica* (Sepsetentas, 1972), que en la colección de los Noventa verá de nuevo la luz. El mensaje fundamental consiste en desentrañar la conformación norteamericana de dicha doctrina religiosa y política, en la que tuvo parte principalísima el terrible peso de la tradición antiespañola heredada de los británicos. En la primera parte se analizan los elementos teológicos (calvinistas y puritanos) del dogma, y en la segunda, los antecedentes y consecuencias históricas que contribuyeron al “predestinado” imperialismo de los Estados Unidos.

Pongo punto final a esta charla y remito al auditorio al contenido temático de mis principales obras, no sin declarar que me he sentido un tanto desasosegado y, más aún, apenado por haber tenido que hablar de mí mismo.



LA HISTORIOGRAFÍA QUE NOS RODEA

LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ*

Entre los temas sugeridos por la doctora Gisela von Wobeser para exponer ante ustedes, tomo el de la historiografía imperante en México en la última década. Reconozco que escogí el asunto a tratar en forma egoísta, sin haber tomado en cuenta a los miembros del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM que conocen muy bien el gremio al que pertenecen. Por chambonería, voy a seguir la fácil vereda del refrito. De poco acá me han invitado tres veces a discutir el estado y desarrollo de los estudios históricos en y sobre México. En una ocasión fue en un foro en el Instituto Mora, en donde también participaron José María Muriá, Gloria Villegas y Andrea Sánchez Quintanar, entre otros. Los participantes en ese foro nos referimos en forma sucinta a los estudios históricos en México. En otra ocasión, en el Instituto Francés de América Latina, el ilustre historiador marxista Vovelle expuso en media hora el estado actual de la investigación histórica en Francia y yo hablé sobre lo mismo en México. En fin, tengo una cierta experiencia sobre este tema. Por otra parte, desde hace once años vivo fuera de esta ciudad, en provincia, donde los fenómenos culturales se ven distintos, diferentes a como se miran desde el centro de la República y, más aún, en el centro de este centro de esta nación que es la Universidad Nacional Autónoma de México.

En las últimas décadas, sin duda, la historia no ha sido el tema central ni la preocupación mayor de los habitantes de este país. Fuera de los cotidianos, el asunto más preocupante para nuestros compatriotas durante los años recientes ha sido el de la producción y la crisis materiales. Todo mundo, sea o no sea universitario, a lo inteligente o a lo tonto, habla y piensa acerca de cómo acrecer la producción y de cómo superar la crisis económica. Son los años de vacas flacas y apuros económicos. Algo también característico de la última década es el tema del retraso técnico. Esto significa que los hombres indispensables, los ídolos del momento, quienes manejan las palancas del país son los economistas y los técnicos. Los demás, vivimos más o menos al margen

* El Colegio de Michoacán.

de las preocupaciones de la vida actual de México. Indudablemente, siempre siguen en el centro de la atención pública los hombres que conducen la vida política, aunque no como antes. Nuestros compatriotas vienen dando un viraje. Ahora desean vivamente la democracia, se oye decir que la mejor de las dictaduras es peor que la peor de las democracias. Ya no se discute si hay dos tipos de gobiernos autoritarios: el despótico y el patriarcal; la bondadosa izquierda y la satánica derecha. Todo parece indicar que ahora rige la tesis de que las dictaduras son malas y de que las democracias, con todos sus defectos, resultan preferibles a las formas patriarcales de gobierno.

A los anteriores apuros economicistas, tecnológicos y democráticos se añade el referente a la especialización. Hoy tienen éxito aquellas disciplinas que se ocupan de cosas muy concretas y prácticas. En cambio, se derrumban el enciclopedismo y la filosofía en general. Quizá los filósofos no estén de acuerdo en la crisis de la filosofía, una crisis que en alguna forma también afecta a todas las ciencias sociales, generalizantes, que se resisten a ser concretas y específicas como el tipo de conocimiento que ha logrado imponerse a lo largo de estos últimos años. Quizá para defenderse mejor, las ciencias sociales han formado una especie de alianza entre sí. Se ha puesto de moda lo que se llama la interdisciplina, la ayuda mutua de las ciencias del hombre, de los conocimientos humanísticos.

Con todo, los humanistas, y en particular los historiadores, ya no ocupan los recintos académicos y oficiales, como los ocuparon en otras épocas, sobre todo en el siglo XIX. En México, e incluso en otros países, los que auxiliaban en el gobierno de las naciones, los que aconsejaban a los grandes caudillos eran siempre personas con conocimientos históricos: Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, Vicente Riva Palacio, Justo Sierra, Lorenzo de Zavala...

En estos últimos años, se han dedicado a escribir libros de historia, con rigor y profesionalismo, sin salirse de las reglas del juego, medio millar de personas existentes en México. Otros muchos, quizá otro número igual, han escrito acerca de la historia de este país desde Estados Unidos, la Península Ibérica, Francia y otros países de Europa. Ahora casi todos los de aquí son historiadores con formación universitaria, con licenciatura, maestría o doctorado en historia. Antes, hasta los años cuarenta de este siglo, muy pocos provenían de un instituto de cultura superior; casi siempre eran prófugos del derecho. Entonces los abogados que no practicaban las leyes se metieron a la política o a la historia. Muchos se dedicaron a la historia, incluso algunos de los más ilustres historiadores de México, de los que todavía ejercen, son doctores en derecho. A partir de los años cuarenta se inició la costumbre de hacer historia, de seguir una carrera profesional específica que duraba cuatro o más años. Así empezó a profesionalizarse este oficio ahora tan profesionalizado como el de

médico. Los historiadores mexicanos de hoy, en un ochenta por ciento, tienen título de licenciado, de maestro o de doctor en historia. Ya son treinta las instituciones dedicadas a la formación de historiadores. Generalmente emplean tres métodos formativos: la mayor parte de las universidades, en especial, la Universidad de México, la Universidad Iberoamericana y El Colegio de México, dan a los aspirantes a historiador una formación humanística; le proporcionan un mínimo de materias instrumentales (idiomas, paleografía, humanística, etcétera) y un máximo de panoramas históricos, de ciencias sistemáticas del hombre y de filosofía. Junto a este tipo de enseñanza, común y corriente, se imparten otras dos. En algunas universidades públicas se pensó que, en vez de formar historiadores aptos para hacer investigaciones históricas, había que preparar agentes del cambio histórico. Todavía en algunas de provincia hay cursos que se denominan y versan sobre Materialismo Histórico I, Materialismo Histórico II, Materialismo Histórico III y otros de la misma ralea, donde se preparan agentes del movimiento histórico más que escritores de historia. Este sistema ha producido hasta ahora abundantes maestros de enseñanza media; quizá algunos milites de la revolución por venir y seguramente muy pocos autores de textos de índole histórica. Lo mismo cabe decir del otro tipo de formación de historiadores, del que quizá no se sepa mucho en la metrópoli. Muchas de las instituciones formadoras de historiadores en la República se autonombran escuelas normales superiores y ofrecen la carrera de historiador. De hecho, dan la formación para impartir cursos de historia inflamados de patriotismo y no lo indispensable para hacer la investigación del pasado. Hacen historiadores capaces de infundir en sus alumnos las grandes hazañas de héroes y próceres que tanto abundan en este país. Enseñan de viva voz, en cientos de planteles educativos, cursos de historia pragmático-éticos y algunas veces escriben textos históricos para el público cautivo de las escuelas, faltos de originalidad y con sobra de incitaciones al patriotismo.

De los quinientos historiadores de pluma, las tres cuartas partes viven en la ciudad de México, en la región menos transparente del aire, pero más dispensadora de dinero, poder y fama. Quizá algunos vivan de las regalías de sus libros o de sus propios recursos recibidos en herencia o en dote o ganados en el ejercicio de la abogacía del comercio o de la industria. Casi todos son asalariados, miembros dependientes de algún organismo de investigaciones históricas, de la capital y cada vez en mayor número en los estados, pues en el decenio de los ochenta se abrieron oportunidades en las provincias. Una innovación reciente son los colegios de provincia, principalmente los edificadas a imagen y semejanza de El Colegio de México. Casi sin excepción, tienen un departamento de historia con estudios *full time*. Ahora, la gran mayoría de los historiadores mexicanos son ya de tiempo completo y dependen, para su

sobrevivencia, de la institución a la que están adscritos. Casi todos se quejan del salario insuficiente, o por lo menos menor al de hace ocho años. Todavía en 1980 el historiador de instituto recibía un salario equivalente a dos mil dólares mensuales. En un trienio esa mesada se contrajo a seiscientos dólares. A partir de 1982 se redujo el ingreso de los investigadores, pero no en forma drástica gracias al paliativo que significó la serie de becas del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Por otra parte, el empobrecimiento no llegó al grado de quitarles a los estudiosos las costumbres recientemente adquiridas del automóvil personal, la microcomputadora y los viajes por el mundo. Antes el historiador era un hombre sedente; ahora viaja, va con demasiada frecuencia de una ciudad a otra y de un país a otro con el pretexto de descubrir nuevas fuentes y de intercambiar información con sus pares, sus amigos y competidores.

La competencia subsiste no obstante el ensanchamiento de las miras del historiador mexicano. Se trata de una mayor amplitud que no afecta al territorio. Desde hace siglo y medio, historiadores de casa sólo se preocupan de temas mexicanos. Antes de la invasión de los yanquis eran muy proclives a hacer historia de Grecia, de Roma, de otros países y continentes y aun del mundo. Pero a partir de esa fecha se creyó que esa derrota frente a los norteamericanos había sido en buena medida causada por la débil conciencia histórica que tenían los mexicanos de su propio país, y empezó la fiebre de las historias de la nación mexicana y el repudio a los temas históricos extranjeros. Es de recordar que don Alfonso Reyes, cuya afición a los estudios helénicos era notoria, fue regañado por el culto Héctor Pérez Martínez, secretario de Gobernación. En un largo ensayo, le pide a las máximas figuras de las letras nacionales que hagan historia de México en vez de historia de Grecia... Por otro lado, los historiadores del primer mundo, si un mexicano escribe historia de los Estados Unidos, o de Asia o de Europa, simple y sencillamente lo marginan. Nadie pone en duda que nuestro territorio es la historia de México. Mientras permanezcamos en nuestra jurisdicción se nos verá con mejores ojos. Sin embargo, tres ilusos, O'Gorman, Zavala y Gómez Robledo, sin respetar la costumbre ni la opinión externa, han hecho historia del continente americano. También suelen saltarse las trancas del nacionalismo estrecho los historiadores de la vida exterior de México: Carlos Bosch, Luis Medina Ascencio, Lorenzo Meyer, Luis Weckmann y Bertha Ulloa.

Aun las monografías respetaban al nacionalismo. Escogían temas de carácter nacional, que incluyesen a todo el país, aunque sólo enfocaran un lapso corto de tiempo. Pero, en esta década, se ha roto ese tabú en beneficio de la historia regional. Antes se suponía que el estudio histórico de un estado o municipio debía hacer amplia referencia al conjunto de la nación; es decir,

sus parecidos, que no sus desemejanzas con la república. Como quiera, han empezado a aparecer y tener vigencia microhistorias globales, al punto de que la historia nacional se ocupa sólo de temas que pueden definirse como excepcionales dentro de la vida de los habitantes de este país; de que lo nacional, es decir, lo que abarca a todos los mexicanos es muy poco, mientras lo característico de nuestra vida histórica son las diferencias, tanto por regiones, como por etnias. El México múltiple, fragmentado en regiones y municipios es el territorio de los clonautas de aquí y de ahora.

Por lo que mira a espacios, el de la patria y el de las regiones de México es el concedido al gremio mexicano de la historia. Por lo que mira a tiempos se conceden cuatro: el anterior a la invasión de los españoles, el de los trescientos años de la dominación española, el del siglo XIX y el de la centuria actual. Se mantiene la tesis de hacer arrancar la vida de la nación mexicana con los olmecas, toltecas, mayas y tenochcas que no desde la edad media española. Fuera de los arqueólogos, pocos historiadores nativos se ocupan de los imperios prehispánicos, más que para conocerlos, para hacer su elogio. Tampoco son muchos los interesados en la Nueva España, todavía tenida por los historiadores jacobinos como la época del oprobio. Se mantiene la obligación de recordar las virtudes y las proezas de los héroes que nos dieron patria y reforma liberal, con exclusión de Porfirio Díaz. Pero la época más cultivada por la historiografía que nos rodea es la de una revolución que para muchos es permanente.

En cuanto a temas, en el último medio siglo el económico se ha impuesto sobre los demás de índole social y política y sobre los valores culturales. Tenemos a la vista abundantes y muy eruditos trabajos sobre la economía de las haciendas, la producción y el precio de los granos en la Nueva España, el trabajo agrícola, la industria minera, las manufacturas de las varias épocas de la nación mexicana, la arriería, el comercio transatlántico, las finanzas públicas, los bancos y todo lo relativo a la vida material en el conjunto del país, en algunas de sus doscientas regiones o de sus miles de pueblos y haciendas. Con mucha rapidez se constituye una historia que habla de ciclos, precios, intercambios, modos de producir y explotadores y explotados.

Junto a los temas económicos prosperan los demográficos. En relación con la gente de otras épocas, surge una historia cuantitativa, entusiasmada con los números y las computadoras. Por ellas nos enteramos de las cifras de habitantes, de hombres nacidos y muertos, de los casados y célibes a lo largo de la trayectoria nacional. Según los aguafiestas, las cuantificaciones económicas y demográficas, casi siempre basadas en estadísticas poco confiables, sólo sirven para combatir el insomnio. Por otra parte, debe admitirse que lo cuantitativo empieza a perder terreno frente a lo cualitativo.

Los asuntos sociales se vuelven cada vez más mimados. La burguesía y las otras clases, las congregaciones rústicas y urbanas, la familia, los círculos de sociabilidad (clubes deportivos, cafés, academias y cofradías) se han vuelto ramas de moda. La antes mal vista vida cotidiana está ahora sobre el tapete. Sigue en auge la historia del trabajo y de los movimientos obreros. A diferencia de lo que ocurrió en otras partes del mundo, donde hubo un tiempo que causaban verdadera grima la historia política y la historia militar, en México la política ha seguido siendo uno de los temas predilectos de la historiografía mexicana, quizá por el predominio tradicional de la historia pragmática.

Donde se notan los cambios más significativos dentro de la temática de la historia es en el campo de la cultura; en México, antes de los años ochenta, nadie hacía historia del desarrollo científico. El Colegio de México tuvo la ocurrencia, hace algunos años, de invitar a algunas personas que se dedicaban a actividades y estudios de carácter científico a que se convirtieran en historiadores. Es relativamente fácil hacer de un científico un historiador, en cambio es muy difícil imbuir a un historiador de esas materias raras que tratan los científicos. La tesis se comprobó con Elías Trabulse, oriundo de las ciencias bioquímicas, ahora convertido en un excelente investigador de la historia de la ciencia. La historia del arte, coto de quince mujeres clonautas y de Jorge Alberto Manrique y Guillermo Tovar, sigue viento en popa. Los estudios sobre la vida de la Iglesia mexicana andaban de capa caída. Con todo, están siendo trabajadas, por Roberto Blancarte y Manuel Ceballos, las relaciones de las jefaturas civil y eclesiástica.

A mitad del presente siglo, casi todos los historiadores de fuste oriundos de aquí y trasterrados de España incurrieron en la historia de las ideas, principalmente de las ideas filosóficas. Su animador fue el célebre filósofo José Gaos, a quien se atribuye la frase: “No otra historia más que la historia de las ideas.” Los discípulos de Gaos (Zea, Villoro, Pérez Marchand, Navarro, Quiroz, Salmerón, Frost, Yamuni y otros) han escrito obras fundamentales sobre los momentos más fecundos de México y del orbe hispánico. De poco acá se ha difundido una especie de historia de las ideas diferente: de las ideas no ya de los pensadores, no ya de los profesionales de la “ideación”, sino de la gente común y corriente. Es hoy muy mimada la historia de las creencias o de las “mentalidades”, como le dicen los historiadores adictos a la escuela de los *Annales*.

Otra cuestión que también es novedad dentro del ámbito de la historiografía mexicana es la de las nuevas musas inspiradoras de la historia. Allá por los cincuenta y los sesenta, los historiadores se ponían al último grito de la moda con la lectura de autores alemanes; en cambio, en los ochenta, los colegas foráneos que han tenido más influjo en el campo de la teoría y del

método son los franceses, los yanquis y los soviéticos. Una escuela que llegó a ser privilegiada dentro del mundo historiográfico mexicano fue la de los *Annales*, pero más que este o aquel grupo de historiadores se pusieron de moda algunas teorías que se denominaron “materialismo histórico” “funcionalismo”, “teoría de la dependencia” y “modo de producción asiático”. Las explicaciones de marca marxista sedujeron a la mayor parte de la gente interesada en la historia y desataron el terrorismo verbal contra los desdeñosos de esas filosofías. Pero también los que daban explicaciones globales a cambio de noticias han caído en descrédito hasta cierto punto desde la caída de la barda separadora de los dos Berlines. Como quiera, la historiografía marxista, y en general todas las “apochotadas” en un cómodo sistema de explicación histórica, siguen vivas y coleando en la mente de los historiadores que prefieren la comodidad de un cubículo y la fama de revolucionarios a las incomodidades de la investigación en almacenes de documentos y el desprestigio de ser llamados elitistas, juntacadáveres, anticuarios, comejenes, ratas de archivos y bibliotecas.

Algo que, a mi parecer, ha llegado a ser la parte central de la discusión teórica sobre la historia, ya no es el cómo debe ser la explicación histórica, asunto al que se dedicaron mucho los historiadores durante los cincuenta, sesenta y setenta; actualmente la preocupación mayor de casi todos los historiadores de México es el para qué sirve la historia. Puesto que vivimos, como ya comenté, en una época y en un momento en que la eficacia tiene una importancia muy grande, es de suponer que todos los objetos y disciplinas que antes no se cuestionaban ni se sabía si eran o no útiles, deben ahora demostrar su poder de uso en la vida práctica. Hace poco que la doctora Moreno Toscano puso a debatir a ocho historiadores acerca del para qué de la historia, debate del que salió un libro con ese nombre. Hoy, casi todos los profesionales de la historia nos preguntamos si lo que hacemos puede contribuir a la salvación de México y de la humanidad. Hoy en día el historiador que se atreve a decir que la historia no sirve absolutamente para nada, que es simplemente un pasatiempo muy agradable, es mal visto y mal tratado; en cambio en las épocas en que yo estudiaba, la mayor parte de los historiadores de cuño científico pensaban que las historias se hacían para satisfacer un tipo de curiosidad humana y para construir la ciencia de la cultura.

En el aspecto concreto de la investigación histórica hubo en este decenio cambios que considero importantísimos: los historiadores se han convencido de que la historia no es aquella que se hace con base en ideas o en simples deseos, sino la que se fundamenta en documentos. Por lo tanto, los historiadores han presionado para que los documentos que se conservan en los archivos resulten accesibles. Avance increíble es el de la apertura de los archivos en

México. Ahora, el problema que tienen los historiadores no es cómo documentarse sino cómo leer las enormes cantidades de documentos que se están sacando a la luz en todos los archivos del país. En este sentido un buen ejemplo es el Archivo General de la Nación de los últimos tiempos que, comparado con el de hace treinta años, es totalmente diferente. Además de esta mejoría de los archivos, se ha producido la creación de fonotecas, fototecas y bibliotecas. Antes, quienes vivían en la ciudad de México mal que bien siempre tenían acceso a bibliotecas pero había pocas oportunidades, en otros sitios, de encontrar los libros necesarios para hacer una investigación histórica. Todavía en el año de 1950 entre todas las bibliotecas del estado de Colima sumaban nueve mil volúmenes; en otra entidad, Nayarit, los libros alcanzaban la cifra de once mil volúmenes; estos ejemplos pueden dar idea de cuán poco era el material bibliotecario de que se disponía hace algunos años, mientras que ahora ya son, aproximadamente, tres mil las bibliotecas públicas del país. Y se mantiene la costumbre de hacer bibliotecas privadas. Todavía estamos lejos del aparato informativo ideal, pero mucho mejor que hace apenas un lustro.

Ya estamos en condiciones de hacer historia científica y no sólo agradable. Ya podemos dar de nuestro pasado una visión válida para los científicos, y no una imagen literaria como la de *México a través de los siglos*. Como quiera, la historia narrativa no se ha ido. Todavía más: tiende al alza.

Otras antiguallas se han quedado en el candelero. Una historia que se ha quedado como paralizada porque tiene un enorme público cautivo es la historia de la vida de los grandes hombres de México, la historia en donde puede verse que México es un país bueno, que si ha cometido algunos errores ha sido por el acoso de los otros países que lo rodean. Este tipo de historia nacionalista y pragmática tiene todavía un mercado cautivo formado por estudiantes de las primarias, de las secundarias y aun de las preparatorias. Hasta ahora la historia científica no ha logrado salir del círculo de los académicos; en general tiene un receptor bastante restringido; en cambio, la historia narrativa y sobre todo la que ha dejado de usar el lenguaje puramente escrito y se ha lanzado al lenguaje audiovisual capta un gran interés por parte del público; una de las series televisadas que ha tenido más auditorio, que ha sido más vista y oída es la de la Revolución Mexicana; incluso cuando le quitaron la parte novelesca siguió siendo algo muy visto en todo el país, no sólo en la ciudad de México; quizá menos en la ciudad de México que en provincia, donde ha tenido gran éxito, lo mismo que aquellas biografías del poder que sacó Enrique Krauze, y también las historias escritas en forma narrativa.

En cuanto a las obras históricas producidas en los últimos diez años yo creo que tienen su interés; según mis cálculos (no sé qué tan bien hechos) se

han escrito cerca de mil libros de historia, sin contar las tesis que no han sido publicadas por editorial comercial o académica. Claro que hay que tomar en cuenta que gran parte de la producción historiográfica de México, en los últimos años, no ha sido de obras originales. Nunca antes se habían reeditado tanto trabajos de autores de otras épocas. La Secretaría de Educación Pública, por ejemplo, ha publicado centenares de obras históricas escritas a principios de este siglo, en el siglo pasado o en la época de la colonia. Algo semejante ha hecho la UNAM, que ha reeditado bastantes clásicos de la historia; el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, que ha vuelto a publicar a la mayoría de los cronistas de la Revolución Mexicana así como a los clásicos de la Revolución de Independencia.

Ha vuelto la costumbre, aunque con menos vigor que en el Porfiriato, de la publicación de documentos de interés histórico. En forma dispersa y anárquica, varias secretarías de Estado algunos gobernadores, las universidades y los ayuntamientos de las urbes publican documentos a granel sacados del archivo nacional y de muchos archivos hoy puestos en orden en distintas partes del país. Se distinguen por su pulcritud la colección del Archivo Histórico Diplomático y las series documentales publicadas por la UNAM y colegio, de Silvio Zavala e Isidro Fabela, de René Acuña y Carlos Herrejón. Varias series documentales vienen precedidas de estudios críticos rigurosos. De otro lado, son cada vez más frecuentes y profundos los análisis de libros de historia aparecidos en publicaciones periódicas especializadas, en volúmenes colectivos y en las obras en papel de prólogos. Como quiera, siguen faltando una historia de la historiografía mexicana, una visión global de lo escrito por los historiadores mexicanos y otra sobre los aspectos históricos de México vistos por extranjeros.

Hasta ayer fue virtud el monografismo, el seleccionar un lapso de tiempo lo más corto posible y un sector reducido de la vida económica y social o de los valores de la cultura mexicana. En la tarea de hacer monografías de asunto histórico mexicano ha contribuido de manera sobresaliente un grupo numeroso de mexicanistas de Europa y los Estados Unidos. Las aportaciones monográficas de los extranjeros con suma facilidad son aceptadas y seguidas por la gente de casa. Las monografías de Timothy Anna, David Brading, Peter J. Bakewell, Georges Baudot, Woodrow Borah, John Coatsworth, Nettie Lee Benson, Charles Gibson, Brian Hamnett, John M. Hart, Claude Morin, Jean Meyer, Michael Meyer, Friedrich Katz, Charles Harris, Charles Hale, Robert Potash, Phillip Powell, Nelson Reed, Ramón Eduardo Ruiz, Richard Sinkin, Peter Smith, William Taylor, John Tutino, Jan de Vos, Benedict Warren, John Womack, Eric van Young y otros cien, si no es que más, suelen ser imitadas por los aspirantes mexicanos al diploma de historiador

profesional. Nuestro malinchismo sigue vigoroso, a veces para bien de la historiografía nacional.

En los años posteriores al medio siglo, la hechura de monografías había llegado a un grado tal que las editoriales comerciales de México se quejaban diciendo que el público pedía historias generales y nadie se las proporcionaba. Sin embargo, en estos años ochenta, se despertó otra vez el interés por las síntesis de historia de México y aparecieron muchas (de todos los colores y todos los sabores), algunas en las que participaron muchos autores, otras hechas por un solo autor, unas con muchos monitos, y otras de puro texto. Todos sabemos que hoy en día están en circulación no menos de quince o veinte historias nacionales. También se pusieron de moda las historias de los estados: se dijo que era importante que los habitantes de las comunidades supieran la historia de su propio estado y que necesitaban aprenderla desde la más tierna infancia, desde la primaria; surgieron entonces las monografías estatales auspiciadas, pagadas y distribuidas por la Secretaría de Educación Pública.

Han aparecido además, cada vez en mayor número, síntesis de la historia de un municipio, de una región, de un pueblo, es decir, las llamadas en términos generales, microhistorias, porque ya en los años ochenta cada pueblo del país empezó a exigir su derecho a la diferencia con respecto a otros pueblos, empezó a asumir, a querer tener su propia historia de tal modo que, en un viaje por el país, puede observarse que todos los pueblos tienen su historiador, más o menos profesional, que hace la síntesis de la historia de su propio pueblo.

Este regreso a las síntesis que mencioné antes ha sido algo muy importante, aunque no quiere decir que no se continúe con la factura de monografías. Es indudable que se escribieron entre 1980 y 1989 unos doscientos cincuenta libros de síntesis, mientras el resto, quizás unos setecientos libros, han sido obras de carácter monográfico, aunque la mayor parte de estas monografías han sido hechas más que por historiadores propiamente dichos por arqueólogos o prehistoriadores, pues alrededor de ciento noventa se refieren a la época prehispánica que, desde tiempo atrás, se ha considerado como el horizonte clásico de este país.

Por otra parte, una característica que aproxima la historia, en estas épocas, a las otras ciencias sociales es el hacer obras menos voluminosas. En otros tiempos, una característica de los trabajos de los historiadores era que siempre resultaban más gruesos que los de cualquier otro oficio. Un historiador de prestigio realizaba una obra de diez o más volúmenes. Ahora, cada vez más, se ha adquirido la costumbre, nacida de las otras ciencias sociales, de hacer artículos que aparecen en las revistas especializadas, además de algo



que casi no existía en México por los años cuarenta: los análisis o las reseñas de libros de historia. Se ha extendido muchísimo esta enfermedad infantil de reseñar. Todo libro recién nacido inmediatamente cae en manos de un comentarista. En otros países, estas reseñas que se hacen cuando apenas aparece un libro suelen ser para tratar de matarlo antes de que crezca, tienen un espíritu herodiano. En México, generalmente, son reseñas que se proponen alentar al autor para que siga procreando hijos.

o sé si la historiografía mexicana está en su mejor momento, pero sí en una hora de gran fecundidad. Hoy como nunca se investiga un enorme campo de temas económicos, demográficos, políticos y culturales, de la vida pública, privada y aun secreta. Todos los años se ponen en uso nuevas fuentes. La inflación documental desemboca en un problema: ya no se puede ser historiador exhaustivo. El empleo de nuevas técnicas de junta de datos, los métodos cuantitativos y el uso de la computadora sacan del ring a viejos historiadores. Asistimos al crepúsculo de las filosofías de la historia; pero el común de los mortales pide historia, tiene hambre de libros y videocartuchos históricos.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



LA NUEVA INTERPRETACIÓN DEL PASADO MEXICANO

ENRIQUE FLORESCANO*

En los últimos 30 años la investigación sobre el pasado mexicano sufrió un cambio cualitativo que modificó de manera notable la imagen y la comprensión de ese pasado. En esta ponencia resumo los principales resultados de una reseña extensa sobre los principales cambios que observé en los temas, los métodos, las técnicas, las interpretaciones y las maneras de explicar la historia entre 1960 y 1990.**

Antecedentes

Entre los antecedentes que explican algunas características de la investigación histórica reciente destaca, en primer lugar, una concepción peculiar para enfocar el estudio del pasado de México que es un resultado de la Revolución Mexicana de 1910.

El logro mayor de la antropología que surgió de la Revolución, y uno de los más importantes de las ciencias sociales del siglo XX, fue haber creado una concepción antropológica e histórica que reconoció el carácter original de las diversas culturas mesoamericanas, y a partir de este reconocimiento discurre enfoques idóneos para comprender su desarrollo dentro de sus propios marcos históricos y culturales. Manuel Gamio, Alfonso Caso, Miguel Othón de Mendizábal y un puñado de pioneros, sin títulos académicos, crearon una nueva dimensión de la antropología para estudiar el desarrollo de las culturas mesoamericanas y fundaron las instituciones, las disciplinas, las escuelas, los museos, las bibliotecas y los laboratorios para realizar esta tarea de manera sistemática y progresiva. Esta época fundadora, que abarca los años de 1930 a 1950, propuso un análisis global de las culturas mesoamericanas, y promovió un diálogo constante entre la arqueología, la historia y la etnología. En segun-

*Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

**Este ensayo se publicará próximamente en la editorial Cal y Arena, bajo el título de *La interpretación del pasado mexicano*. En este libro se incluye una biografía muy detallada que por razones de espacio no puede incluirse en esta publicación

do lugar, entre 1940 y 1950 se crearon las instituciones que convirtieron la investigación, la enseñanza y la difusión de la historia en un oficio profesional. Al ejercer estas variadas funciones, la institución académica se convirtió en el factor que dotó de estabilidad, continuidad y rigor a los estudios históricos. Por ejemplo, en el Instituto Nacional de Antropología, Alfonso Caso diseñó y llevó a la práctica un programa ambicioso para formar arqueólogos, antropólogos e historiadores; con esas primeras generaciones realizó un registro amplio de las principales zonas arqueológicas y se precisaron las características de las diversas culturas mesoamericanas. En El Colegio de México, Silvio Zavala fundó el Centro de Estudios Históricos y sentó las bases para una revalorización de la historia colonial. Sus aportaciones más notables al desarrollo de la investigación histórica contemporánea quizá sean el rigor para establecer los hechos históricos mediante un manejo acucioso de las fuentes originales; su extremo cuidado para comprender el hecho histórico en su tiempo, en su lugar y en su lenguaje; su decisión imperturbable de no pronunciarse sobre los hechos examinados antes de haber reunido los datos que por sí mismos pudieran explicar esos hechos, y su indeclinable obsesión por la exactitud en el detalle. Esta manera de concebir y practicar la tarea del historiador creó un nuevo nivel de rigor y exactitud en la investigación histórica mexicana e hispanoamericana.

En tercer lugar, la introducción que hizo en México Silvio Zavala de los mejores métodos desarrollados por Ranke, fue seguida por el arribo del historicismo y las principales corrientes de investigación histórica europeas las cuales fueron difundidas por los transterrados españoles que llegaron a México entre 1936 y 1945. José Gaos, Wenceslao Roces, Ramón Iglesia, Eugenio Ímaz, José Miranda, Pedro Bosch Gimpera, Juan Comas, Pedro Armillas, José Luis Lorenzo y Ángel Palerm, aclimataron, debatieron y propagaron en México los diversos modos de hacer historia entonces en boga en Europa, tradujeron para el Fondo de Cultura Económica las obras representativas de la historiografía universal, y fueron los maestros de las primeras generaciones de historiadores profesionales de la Universidad Nacional, El Colegio de México y el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Con estos antecedentes, y aceptando de antemano que pueda parecer esquemático, voy a presentar un resumen de los principales cambios ocurridos en la historiografía relativa al México antiguo y el virreinato.

Los estudios sobre el México antiguo

Apoyados en el piso construido por los antropólogos e historiadores de los años de 1930 y 1950, los estudios mesoamericanos dieron un salto cualitativo

en los treinta años siguientes. En 1964 comenzó la publicación del *Handbook of Middle American Indians*. La obra enciclopédica que en dieciséis volúmenes sistematizó los múltiples conocimientos alcanzados sobre el medio ecológico, la arqueología, la etnología, la lingüística y la antropología social y física de los pueblos indígenas de México y Centroamérica. Esta sistematización alentó la aparición de estudios teóricos sobre los procesos que impulsaron el desarrollo de la civilización en Mesoamérica, lo que a su vez llevó a reconsiderar el papel que en este desarrollo tuvieron la agricultura, la tecnología hidráulica, el crecimiento de la población y la urbanización, y a caracterizar los tipos de organización social y política correspondientes a cada una de las etapas del proceso de civilización.

Bajo este nuevo enfoque la arqueología abandonó su predilección por el recinto ceremonial y se esforzó por abarcar el conjunto urbano y las áreas agrícolas aledañas; o se propuso analizar, con los métodos de la fotografía aérea y del recorrido extensivo del campo, la variedad de sistemas productivos y de patrones de poblamiento que componían el tejido económico y social de grandes regiones; o se concentró en el estudio de los orígenes del maíz y de las plantas cultivadas. Es decir, la arqueología se apoyó en teorías más sólidas sobre el desarrollo de la civilización, las cuales, a su vez, condujeron la investigación a la búsqueda sistemática de datos abundantes, prolongados en el tiempo y representativos de regiones amplias y de diversos tipos de organización sociopolítica.

Pedro Carrasco, Alfredo López Austin, Johanna Broda y una nueva generación de investigadores realizaron nuevos estudios sobre la organización social, la religión y el ritual, y esclarecieron sus relaciones con las formas de dominación ideológica y política.

Uno de los avances más notables de estos años ha sido el paulatino desciframiento de la escritura pictográfica, particularmente de la maya. Gracias a esta lectura hoy sabemos que las famosas estelas pobladas de inscripciones, que antes se creía que aludían a temas indígenas, astronómicos o calendáricos, son en realidad monumentos conmemorativos del ascenso al poder de los gobernantes, un registro de las fechas fundamentales de sus vidas, y un recordatorio de sus hazañas militares. A su vez los conocimientos aportados por esta lectura han dado nuevo vigor al análisis del poder y de la organización política que se concentraba en los ejecutores y representantes del poder estatal.

El uso de modelos tomados de las ciencias sociales produjo a cambios sustanciales en la comprensión de las concepciones religiosas, el ritual y la mitología. Las obras de Alfredo López Austin, Johanna Broda, Michel Graulich y Christian Duverger son representativas de estos nuevos enfoques.



Por ejemplo, los estudios sobre los relatos míticos, al dejar de considerarlos como documentos que se referían a hechos históricos, desarrollaron métodos que permiten tratarlos como estructuras simbólicas específicas, cuya composición interna revela cómo estos pueblos codificaron en el mito hechos fundamentales relativos al mundo sobrenatural y a la vida de los hombres. Es decir, estos estudios muestran que el discurso mítico fue uno de los principales instrumentos de estas sociedades para codificar su interpretación de la creación del mundo, la composición del universo, la relación entre el espacio y el tiempo, la función de los hombres en la Tierra, etcétera. Y quizá lo más significativo es que el estudio de los mitos se considera hoy un procedimiento que amplía la comprensión de la religión en las sociedades antiguas.

Lo cierto es que este reconocimiento provocó una serie de nuevos estudios que han enriquecido nuestra visión del fenómeno religioso en su conjunto, y una avalancha de ensayos que contemplan la presencia de la religión en la vida diaria, en las festividades y en el ritual, en la organización social y en la guerra; en la arquitectura monumental y en las artes; en la legitimización del poder, y en el conjunto de la organización política.

En los últimos treinta años el estudio de las expresiones artísticas de Mesoamérica avanzó a una velocidad vertiginosa. En primer lugar, dejó de ser un relato descriptivo que no vinculaba las obras con el contexto social, político y religioso en el que estaban insertas, y se convirtió en un instrumento analítico de esas realidades que reveló nuevos aspectos de ellas. Y en segundo lugar, para descifrar las formas y las concepciones estéticas de una cultura, la investigación abandonó el análisis de las obras aisladas y se propuso realizar inventarios exhaustivos de la iconografía, la pintura, la escultura y los estilos arquitectónicos. Así, gracias a estos análisis fascinantes, el lector contemporáneo ha descubierto una nueva dimensión de los dioses, los gobernantes, los rituales, la pintura y el arte de las antiguas ciudades de Mesoamérica.

En resumen, la influencia más perceptible en la nueva interpretación del México antiguo es la aplicación de las teorías generales del desarrollo de la civilización a estas sociedades, y el uso intenso de métodos y técnicas procedentes de diversas disciplinas. Hoy no sólo es frecuente la presencia de equipos integrados por arqueólogos, etnólogos, historiadores, lingüistas, paleontólogos, biólogos, botánicos, astrónomos y otros expertos, sino que los especialistas de la organización social, la economía, la religión o el arte son practicantes asiduos del análisis multidisciplinario.

Los estudios sobre el virreinato

En los últimos treinta años la investigación histórica produjo también una nueva interpretación y revalorización del virreinato. Temas que antes habían sido objeto de acaloradas polémicas, como la cantidad de población indígena antes de la conquista, fueron considerados bajo otra luz al ocurrir la aparición de la demografía histórica, la especialidad que produjo los primeros análisis cuantitativos sobre el número de los antiguos habitantes y precisó las proporciones del tremendo derrumbe de la población indígena, los ritmos de su caída y la intervención de las epidemias en una de las catástrofes demográficas más impresionantes de que se tenga memoria en la historia de la humanidad. Las investigaciones pioneras de Sherburne F. Cook, Woodrow Borah y Lesley B. Simpson abrieron el camino de una nueva interpretación demográfica, económica y social de la historia hispanoamericana y fueron seguidas por nuevos análisis, basados en los archivos parroquiales, que dieron a conocer las tendencias generales del desarrollo de la población, las crisis demográficas que periódicamente afectaron su trayectoria y la composición de la estructura demográfica.

Los estudios históricos y las reflexiones teóricas de Gonzalo Aguirre Beltrán ejercieron una influencia decisiva en las transformaciones que enriquecieron el análisis de la historia social. Su estudio original, y aún no superado, sobre la presencia de los negros en la sociedad colonial fue uno de los primeros en señalar el carácter pluriétnico del virreinato y el primero en destacar la importancia demográfica, social y cultural de los negros en la formación colonial. *Medicina y magia* es un libro del mismo Aguirre que anticipó los actuales análisis sobre la historia de las mentalidades, un ensayo brillante de aplicación de nuevas técnicas de análisis y una obra que combina el estudio histórico y la reflexión antropológica de modo magistral. *El proceso de aculturación* y *Regiones de refugio* son otras dos obras extraordinarias en las que el conocimiento histórico y el antropológico se entretajan y apoyan para fundamentar una teoría del desarrollo social. Es decir, por su rigor, riqueza y originalidad, la obra de Aguirre Beltrán es una de las más innovadoras y creativas en la historiografía social contemporánea.

La investigación sobre la conquista, antes concentrada en la de los aztecas, se extendió a todo el territorio mesoamericano, de suerte que hoy disponemos de nuevos estudios que muestran la diversidad de los procesos de conquista y pacificación emprendidos por los españoles y la variedad de resistencias que opusieron los indígenas. Una obra maestra, *Los aztecas bajo el dominio español*, de Charles Gibson, impuso un modelo para los estudios etnohistóricos; rebasó los años de la conquista militar, y emprendió la gigantesca tarea de registrar los principales procesos de cambio, transformación y reorganización que produjo la dominación española en el área central del

imperio mexica durante los tres siglos del virreinato. Una ambición semejante, presidida también por los enfoques de la etnología y los métodos de la historia, alienta las obras de Victoria Reifler Bricker y Nancy M. Farriss sobre los mayas de Yucatán. Ambas muestran que en este complejo proceso de cambio, adaptación y sobrevivencia, la religión, una mezcla sincrética de creencias nativas y santos y ceremonias cristianas, y las antiguas relaciones indígenas de solidaridad, tuvieron un papel decisivo en la conservación de los pueblos y la identidad indígena.

La mayor penetración y la variedad de métodos que hoy caracterizan el análisis de las comunidades indígenas en la situación colonial, es resultado de la interacción entre los enfoques de la etnología y los métodos del historiador.

La aplicación de estos enfoques al periodo inmediatamente anterior a la invasión española y las décadas siguientes ha permitido comprender con mayor profundidad los cambios dramáticos que la conquista impulsó: la fractura de estructuras fundamentales de la organización indígena y la continuidad y capacidad de adaptación de las culturas indígenas en la situación colonial. En lugar de la imagen que se tenía de un mundo indígena inerte, estos estudios muestran pueblos e individuos en constante transformación, plenos de iniciativas y empeñados en la afirmación de sus identidades.

Una muestra de los nuevos temas y métodos que hoy atraen a los historiadores es *La colonisation de l'imaginaire*, el excelente libro de Serge Gruzinski que analiza el proceso de occidentalización de los pueblos indígenas a través de la transformación de la memoria, la penetración de las ideas religiosas europeas y la introducción de la escritura alfabética.

Otro cambio notable, provocado por los enfoques de las ciencias sociales que hoy vivifican a la historiografía, es la reconsideración de las rebeliones, las explosiones de malestar y las violencias que se manifestaron en la población indígena y rural. Al abandonar los enfoques que interpretaban a esas rebeliones como resultado de causas generales (la liberación política del yugo español –la más socorrida de las interpretaciones liberales– o la lucha contra la explotación económica –la más socorrida de las explicaciones marxistas–), estos estudios mostraron las perturbaciones profundas que afligían a los pueblos indígenas; iluminaron procesos de descomposición social de comunidades y grupos sociales, y descubrieron en los movimientos religiosos antes subvalorados reacciones poderosas de defensa, reorganización, nativismo, recomposición y salvación milenarista de los grupos indígenas.

Además de esta historia que reconstruye el pasado de los vencidos, otra aportación de las investigaciones publicadas en las tres últimas décadas es la reinterpretación de la historia económica del virreinato. Una de las tesis principales de la gran obra de François Chevalier, *La formación de los grandes latifun-*

dios en México, la que sostiene que la hacienda y el latifundio eran entidades económicas de tipo feudal, regidas por la autosuficiencia y los ideales de prestigio de sus propietarios, ha sido superada por una serie de estudios que muestran que estas unidades de producción nacieron para satisfacer el mercado interno, estaban orientadas a la ganancia y obedecían a una lógica económica determinada por los factores internos de producción y su vinculación con el conjunto de la economía comercial. Así, al poner el énfasis en los factores de la producción, la composición de los mercados, el movimiento de los precios, la comercialización, las ganancias y las fuentes de crédito, estos nuevos estudios han proporcionado la primera visión sólida del funcionamiento económico de la hacienda; una idea más clara de los vínculos que unían a la agricultura comercial con el conjunto de la economía; una explicación de la dependencia de los agricultores hacia el crédito que monopolizaban la Iglesia y los comerciantes, y un sustento económico para explicar la importancia de los latifundios y de la propiedad de la tierra en la consolidación de la oligarquía colonial.

Las investigaciones sobre la minería, el comercio y la hacienda pública fueron portadoras de cambios igualmente revolucionarios. De manera semejante a lo que ocurrió con el estudio de la población y de la economía agrícola, estos cambios fueron inducidos por el descubrimiento de datos cuantitativos que permitieron establecer los ascensos, las caídas y las tendencias a largo plazo de los fenómenos observados, y por la aplicación del análisis económico a los datos construidos por el historiador. Gracias a estos cambios en el enfoque y en las técnicas de análisis, hoy se tienen series de producción de plata para los principales centros mineros, series más largas de la plata quintada en las cajas reales de los distritos mineros, y series, también largas, que informan sobre la plata exportada a España.

Apoyados en estos datos, y en los análisis cualitativos emprendidos por David A. Brading, Peter Bakewell, Harry E. Cross, Phillip L. Hadley y otros investigadores, hoy podemos ratificar la tesis de Ángel Palerm, quien hace tiempo afirmó que el descubrimiento de las minas de plata fue el factor decisivo en la comercialización y monetización de la economía de Nueva España, el sector que indujo el cambio mayor en la estructura económica del virreinato y se convirtió en “el principio organizador y dominante de la economía colonial”. La mercancía dinero creó un medio de cambio general que impulsó el desarrollo del sistema mercantil, el cual a su vez ligó al centro minero con los productores de bienes manufacturados en Europa y con los productores de insumos y mercancías del interior de Nueva España.

Las series de datos cuantitativos más abundantes reconstruidas por los historiadores corresponden al comercio exterior y a la Real Hacienda. Hoy se

dispone de las nutridas series de comercio exterior establecidas por Pierre y Huguette Chaunu, Antonio García Baquero, Lutgardo García Fuentes, Eufemio Lorenzo Sanz y otros estudiosos. Estos datos y los estudios centrados en los comerciantes que se apropiaron en buena medida del comercio exterior e interior descubrieron la importancia crucial de este grupo en el conjunto de la economía, su situación privilegiada como acaparadores del dinero líquido y su dominio progresivo, gracias al capital de que disponían, de todos los sectores productivos: agricultura, minería, pequeñas empresas y artesanías. Es decir, contra la idea antes prevaleciente de que los dueños de la tierra eran el grupo económico dominante del virreinato, estos estudios demostraron que el capital mercantil era el eje director de la economía, y los comerciantes el grupo más poderoso de la sociedad colonial.

Otro avance en el conocimiento de la economía lo propició el trabajo de John J. TePaske y Hebert S. Klein, en el que lograron reconstruir la serie de ingresos y egresos de la Real Hacienda de Nueva España para los tres siglos del periodo colonial.

Vistos en conjunto, los estudios acerca del virreinato destacan por la solidez de sus fundamentos, por la diversidad y amplitud de sus temáticas, por el número de obras maestras producidas y por la reinterpretación que ofrecen de los tres siglos coloniales. Las obras primeras de Silvio Zavala y los estudios académicos de la década de 1950 iniciaron la revalorización de este periodo, que figuraba como la etapa negra de la historia mexicana, como la época del oscurantismo y la explotación española. Pero puede decirse que los múltiples e innovadores estudios publicados en los últimos treinta años acabaron por borrar esa imagen y produjeron otra, más objetiva, plural y compleja. Así, por ejemplo, el conjunto de estudios consagrados a la conquista, la colonización, el mestizaje y la interacción entre indígenas, europeos y negros ofrece, a nivel continental y mundial, un análisis original del choque y el intercambio entre culturas y grupos étnicos diversos, que al coincidir en un territorio y en un tiempo precisos, forjaron una sociedad nueva, integrada con los contenidos profundos de las diversas culturas participantes, pero distinta a sus matrices originales.

El análisis de la formación económica colonial, enfocado a través del estudio sectorial y comparado de la agricultura, la ganadería, la minería, el comercio, el sistema fiscal y la política económica, ha puesto al descubierto la peculiaridad del proceso económico mexicano. Por otra parte, contra el efectismo simplificador de las caracterizaciones anteriores que se limitaban a condenar el sistema de explotación colonial, la investigación reciente descubrió la lógica económica del encomendero, el desplazamiento de éste por los nuevos agentes de la economía mercantil, la integración subordinada de la economía

indígena a la nueva economía dominante, así como las crisis, los ciclos, las fluctuaciones y los tiempos cortos y largos de la dinámica económica. En otras palabras: por primera vez los procesos económicos se explicaron a partir del conocimiento de sus estructuras propias, y por primera vez este análisis de las fluctuaciones económicas sirvió para explicar el comportamiento de los individuos y la formación de complejas organizaciones familiares y sociales. No es casual que las mejores cronologías disponibles para medir los cambios temporales del virreinato, aparte de la consabida sucesión de virreyes y dinastías españolas, sean la de la producción minera y agrícola, la del movimiento de los precios, la de los intercambios comerciales y la de los desplazamientos de la población.

Asimismo, el estudio del pensamiento y la formación de la conciencia criolla el análisis de los valores familiares, sociales, artísticos, científicos y patrióticos que contribuyeron a forjar el alma criolla ha sido fundamental para explicar la creación de ese *ethos* criollo que comenzó por exaltar la tierra del origen; que inició la recuperación del pasado indígena para levantar sobre él una nueva legitimidad acerca de la ocupación del territorio; creó símbolos religiosos y culturales que obraron como lazos de identidad en un cuerpo social minado por las diferencias, y construyó una conciencia histórica que le asignaba a la patria criolla un destino original, grandioso y bendecido por Dios. Éstas y otras revalorizaciones del virreinato tienen el mérito de haber impulsado una reintegración progresiva del pasado colonial en la historia nacional y una comprensión cada vez más aguda de la importancia fundacional de ese periodo en la formación histórica de la nación.

La diversidad, calidad y profundidad de los estudios dedicados a la historia mexicana en los últimos treinta años suscita la pregunta sobre los factores que han conducido a estos resultados. En forma preliminar, aventuraría los siguientes intentos de explicación:

I. *El encuentro de los testimonios históricos con los métodos y enfoques de las ciencias sociales.* En la mayoría de las áreas del conocimiento histórico donde verificamos un avance, se observa que éste se debe a la aplicación de los métodos y teorías de las ciencias sociales al material empírico acumulado por los historiadores. En el caso de los estudios sobre el mito, el ritual, la agricultura, los símbolos del poder o la formación del Estado en el México antiguo puede con tatarse que el avance del conocimiento fue posible por la presencia de testimonios fidedignos y por la aplicación a ellos de nuevas técnicas de análisis. Esta combinación es la que se ve en el estudio de la historia de la demografía, la etnohistoria o la historia económica del virreinato, o en el caso de la historia política y de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX. En estos ejemplos observamos que la confluencia de datos históricos bien estable-

cidos con nuevas teorías, o la presencia de nuevas fuentes, analizadas con técnicas modernas, produjo explicaciones nuevas de aspectos antes considerados herméticos o huidizos (los mitos, el ritual, el simbolismo religioso); dio cuenta de la composición y el funcionamiento de los complejos sistemas económicos, la organización social o el tejido político, o abrió perspectivas en campos donde la historia no conseguía penetrar y para los cuales las ciencias sociales habían desarrollado enfoques y técnicas precisas, capaces de desbrozar y arar bien esos suelos.

En el pasado se dieron confluencias entre las teorías y los métodos de las ciencias sociales y el análisis de los problemas históricos; particularmente los enfoques de la economía, la antropología y la ciencia política se utilizaron para estudiar diferentes procesos y épocas de la historia mexicana. Sin embargo, lo que distingue a la investigación histórica de los últimos treinta años es la aplicación de los métodos de las ciencias sociales a casi todos los campos y épocas de la historia mexicana y la presencia de dos resultados importantes derivados de esa interacción. En primer lugar, el relato histórico dejó de ser exclusiva o predominantemente descriptivo y se volvió más analítico, más dedicado a descubrir la composición y las relaciones internas que determinaron la existencia de un sistema económico, de una estructura social o demográfica, de un régimen político, de una ideología o de un conjunto de creencias. En segundo lugar, esta orientación de los estudios históricos provocó los descubrimientos y los avances que me parecen más significativos en el desarrollo de la investigación histórica mexicana: el descubrimiento de las estructuras y relaciones económicas, sociales, políticas, religiosas o ideológicas que de modo profundo modelan las formaciones sociales a través de largos periodos, descubrimiento que nos ofrece una nueva dimensión tanto del conjunto social como del individuo en la historia, tanto de los procesos que abarcan largos periodos temporales como de las crisis y disrupciones que los modifican. Por este camino, el estudio de la historia se ha convertido en un análisis más complejo y refinado de la sociedad y de los grupos e individuos que la componen, en un ejercicio más completo de comprensión de la dinámica social. Por otro lado, la continua comunicación con las teorías y los métodos de las ciencias sociales ha hecho más rigurosos los procedimientos mediante los que el historiador identifica su objeto de estudio, selecciona los métodos y las técnicas para analizarlo, revisa la relación entre sus propuestas teóricas y los datos de la realidad, y expone finalmente sus conclusiones. Es decir, quiéralo o no, el historiador tiene ahora frente a sí un marco conceptual que opera como una pantalla que registra, verifica y evalúa sus diversas operaciones intelectuales. Lo peor que le puede ocurrir es no mirar esa pantalla, y no registrar los signos que la iluminan.

II. *El profesionalismo creciente de los historiadores.* El desarrollo del gremio mexicano de historiadores en un medio de competencia internacional los ha obligado, entre otras cosas, a romper los estancos disciplinarios que antes los mantenían amarrados a áreas diminutas y sin relación con el desarrollo científico general. Al contrario de lo que ocurría hace quince o veinte años, hoy los historiadores que destacan en la historia mexicana están abiertos a los métodos, las técnicas y los desarrollos teóricos de las ciencias sociales, conocen las diferentes formas en que otros historiadores han utilizado estos instrumentos y ellos mismos son ya ejemplo del uso de múltiples técnicas y enfoques aplicados con éxito al análisis histórico. Puede decirse que esta apertura y el dominio de métodos desarrollados por otras disciplinas, es uno de los factores que han enriquecido la investigación histórica mexicana, dotándola de nuevos instrumentos para observar las diversas fases, ritmos y formas del desarrollo de las sociedades en el tiempo.

III. *La pluralidad del ejercicio de la historia.* Las aportaciones concretas que se aprecian en la historia antigua, colonial, moderna y contemporánea revelan un ejercicio plural del oficio de historiador. Plural en el sentido de que por buena historia no se entiende hoy sólo la historia política, por ejemplo, sino que se acepta como historia válida y necesaria la de la demografía, de la economía o de las mentalidades, del mismo modo que se ha consolidado la historia regional y local, la biografía, etcétera. Plural, también, en el sentido de que ya no está en cuestión el problema de los ismos, la afiliación a tal o cual teoría o práctica de la historia, sino la calidad y la significación de los resultados. Plural, en fin, porque los historiadores provienen de diversos orígenes y medios sociales, tienen tradiciones intelectuales diferentes y se inscriben en distintas afiliaciones políticas e ideológicas. Desde la década de 1960, en casi todos los centros académicos occidentales, la pluralidad de las interpretaciones de la historia se apoyó tanto en una relación intensa de la historia con las ciencias sociales como en la aparición de nuevas generaciones de historiadores provenientes de las clases medias.

Esta pluralidad –un fenómeno que no existía hace treinta años– es responsable de nuevas relaciones y actitudes en el medio donde laboran los historiadores. Por ejemplo, la pluralidad de interpretaciones de la historia ha incrementado la competencia entre distintos enfoques y corrientes de pensamiento lo cual, a su vez, ha promovido la tolerancia, la aceptación de interpretaciones distintas a las que profesamos, y la confrontación intelectual –no personal– de los resultados. Es decir, ha creado las bases para trabajar en un medio intelectual menos asfixiante, más abierto.

El ejercicio plural de la historia, la diversidad de acercamientos que hoy se hacen al pasado, ha ampliado también la dimensión de lo histórico. Puede

constatarse que los estudios sobre los sistemas de cultivo y las formas de vida campesina en el México antiguo; sobre las mentalidades indígenas, los mitos, las prácticas religiosas populares, los trabajadores, las mujeres y los marginados en el periodo virreinal; los dedicados a las revueltas y a las sublevaciones campesinas, y los estudios de historia local y regional en los siglos XIX y XX han democratizado la comprensión y la práctica de la historia. Bajo el estímulo de estos nuevos enfoques, el universo de la realidad histórica se ha ampliado y diversificado, al mismo tiempo que se derrumbaron los tabúes que impedían penetrar, con los instrumentos del historiador, sectores inmensos del mundo material, económico, político, social, mental e ideológico que habían escapado a las prácticas y reflexiones del historiador.

IV. *La dedicación a nivel internacional a la historia mexicana.* Mencione antes que los historiadores mexicanos trabajan en un medio de competencia internacional. Debo agregar que este hecho tiene una significación aún mayor, pues la participación de historiadores de otros países en los estudios acerca de la historia mexicana es hoy tan considerable y significativa en calidad y en cantidad que puede decirse que, para los historiadores mexicanos, es la que fija los niveles de competencia y profesionalismo, la que señala los paradigmas científicos, los desafíos intelectuales y las metas de calidad por alcanzar.

Confieso que no había percibido este fenómeno y que fue la redacción de esta reseña la que me hizo verlo con claridad. Hace treinta años, cuando comencé a estudiar historia, la situación no era ésta. La participación de los historiadores extranjeros en la elaboración de la historia mexicana era escasa, aunque importante, sobre todo la de los norteamericanos. Pero los paradigmas científicos, los problemas por investigar, los debates, los temas y los campos de cultivo los determinaron, en su mayoría, los historiadores y las instituciones de investigación mexicanos. Hoy se vive una situación diferente. A todas las áreas de nuestra historia se dedican investigadores e instituciones del extranjero. Ya es frecuente que las obras de referencia básica y las síntesis sobre la historia de México y de América Latina sean empresas concebidas, dirigidas y realizadas en otros países, como lo ejemplifica en forma admirable el *Handbook of Middle American Indians* y la más reciente *Cambridge History of Latin America*. El registro y la evaluación de las novedades bibliográficas se hace también metódicamente, en el exterior, y en los últimos años buena parte de los simposios y las reuniones dedicadas a discutir problemas de interpretación del pasado o temas de actualidad de la historia mexicana se organiza y realiza fuera de nuestras fronteras. Esta amplia participación, desde el punto de vista del conocimiento, es sin duda positiva, puesto que a ella se deben algunos de los

avances más notables en el esclarecimiento del pasado y el desarrollo vigoroso y plural de la historiografía mexicanista.

Sin embargo, si bien es verdad que hay adelantos en el conjunto de los estudios históricos sobre México, no es menos cierto que también se advierten retrocesos, inconsistencias y fallas en la investigación histórica mexicana y en las instituciones dedicadas a ella. Estos desfases entre el desarrollo general de los estudios históricos en el mundo y el desarrollo de los estudios históricos en México, los percibo en los siguientes hechos.

Desistimiento y pérdida de dirección en las instituciones encargadas de la enseñanza, la investigación y la difusión de los conocimientos históricos

Al contrario de lo que ocurría hace veinte o treinta años, cuando las instituciones académicas mexicanas tenían la iniciativa en la planeación de las grandes empresas de investigación, en la formación de nuevas generaciones y en la difusión del conocimiento histórico, hoy no se observa ese impulso promotor y creativo.

Por lo que se refiere a los centros de investigación, no debe olvidarse que en los últimos treinta años nacieron y se consolidaron los institutos y las áreas especializadas de ciencias sociales, y que en casi todos estos centros se dedicó un lugar especial a la investigación histórica. Crecieron las instalaciones, los recursos, las bibliotecas y el número de investigadores, pero estos crecimientos no se correspondieron con la cantidad ni la calidad de las investigaciones. En la mayoría de estos centros una idea equivocada del quehacer científico separó la investigación de la enseñanza y le otorgó condiciones favorables a la investigación exclusiva, sin establecer reglas precisas sobre la productividad, los rendimientos y la evaluación del trabajo. En casi todas estas instituciones es notable una separación cada vez mayor entre investigación y enseñanza, y el predominio de los intereses corporativos e individuales sobre los más amplios de las instituciones y de la función social de la historia en la tarea de conocer y explicar la realidad nacional.

Otro aspecto negativo que creció y se multiplicó en los centros de investigación y enseñanza histórica durante las décadas de 1970 y 1980 fue la pérdida de los antiguos niveles de rigor y exigencia académica, y su progresiva sustitución por prácticas populistas, ideológicas y gremiales. Durante estos años se modificaron sustancialmente los programas de enseñanza de la historia, se crearon nuevas cátedras y seminarios, se le dio un lugar desmesurado al “marco teórico”, y la mayor parte de estas reformas adquirió un tinte ideológico dominado por posturas izquierdistas, afiliadas a diversas corrientes que

se autodenominaron “marxistas” y que, contrariamente a los principios del propio Carlos Marx, antepusieron tales posiciones ideológicas a los rigores de la investigación. Así, aun cuando la nueva generación de profesores e investigadores que irrumpió en los centros académicos inauguró espacios abiertos a concepciones de la historia antes sustraídas de la vida académica, su interés no se centró en la construcción de los cimientos de formas renovadoras de la enseñanza e investigación de la historia, sino más bien en el desmantelamiento de los antiguos valores académicos, y en la imposición de prácticas populistas en ambas tareas. En las cátedras y seminarios que entonces se crearon predominó el adoctrinamiento a partir de una sola escuela, y a veces, de un solo texto. Al sumarse y entretenerse estos acontecimientos, correlativamente disminuyeron los requisitos para seleccionar el ingreso de profesores e investigadores, así como las exigencias en la elaboración de tesis, artículos y libros.

Esta caída de los requisitos básicos de la investigación fue acompañada, especialmente a partir de la década de 1960, de una irrupción de ideologías como las llamadas “teoría del modo de producción asiático”, “teoría de la dependencia”, “funcionalismo” y otras modas semejantes. Lo alarmante no fue la aparición de esas corrientes, sino la ausencia de debate y de crítica a sus propuestas metodológicas, y su consiguiente imposición a casi todos los campos de la investigación histórica. El resultado fue que la mayoría de las investigaciones realizadas bajo esos postulados no aumentó nuestros conocimientos sobre los problemas que buscaba explicar, aun cuando sí son testimonio de las maneras de pensar y de los intereses que movían a sus autores. Es decir, en lugar de intentar comprender y explicar lo que nos precedió, los historiadores trasladamos al pasado las confusiones de nuestro presente. En este sentido Silvio Zavala recordaba las grandes diferencias que separan a las dos últimas generaciones de historiadores. La anterior, dice Zavala, era muy modesta: “pensaba que el pasado es un campo muy grande, muy difícil, en el que apenas podemos encontrar algunas verdades”. En cambio, “la actual (...) me parece petulante. Sabe y dicta todo (...) Le regala al pasado sus modelos, sus ideas, su lenguaje gremial”. Terminaba estas consideraciones con la siguiente reflexión sobre la historiografía reciente: “con el tiempo va a pasar que una parte por lo menos de esta historiografía del siglo XX indicará más sobre el siglo XX que sobre los siglos anteriores que pretende estudiar”.

En cuanto a la enseñanza de la historia, no ha habido respuesta para satisfacer las demandas de la nueva universidad de masas, y la enseñanza de las minorías ha perdido calidad y orientación. No se ha producido una historia general de México para la población joven del país (que es la mayoritaria); no se ha logrado transmitir la memoria del pasado a través de los medios de comunicación masivos como la televisión o radio ni se han crea-

do los libros de texto y los manuales adecuados para pasar los nuevos conocimientos históricos a las siguientes generaciones.

Si la intensa revisión del pasado que se ha operado en los últimos treinta años ha modificado nuestra percepción del desarrollo histórico es alarmante que las instituciones no hayan promovido un ordenamiento sistemático de esas aportaciones, que permitan transmitir las en forma crítica y organizada a las nuevas generaciones. La bibliografía disponible muestra, con fuerza abrumadora, que una proporción grande de la nueva literatura histórica sobre México se produce en el extranjero y se escribe en otras lenguas. Dada la actual carencia de recursos para adquirir estas obras en las bibliotecas mexicanas, y la barrera que presentan los idiomas extranjeros para muchos profesores e investigadores, se infiere que sólo un porcentaje muy pequeño del conjunto de profesores e investigadores mexicanos está al corriente de lo que se realiza en el mundo sobre la historia de su país.

Por otra parte, como las revistas mexicanas de historia y ciencias sociales no informan regularmente sobre lo que se está produciendo fuera de las fronteras nacionales, ni exhaustivamente sobre lo que se publica en el país, resulta que la mayoría de los lectores potenciales carecen de información precisa acerca de las obras que enriquecen el conocimiento sobre México. Y reitero, lo que se produce en el extranjero es considerable tanto en número como en calidad; puede decirse con certeza que una gran parte de los profesores e historiadores actuales de México ignora enfoques, técnicas y conocimientos que transforman el estudio de la historia mexicana. Consecuencia de esto es que en los últimos quince años ha surgido una separación profunda entre el conocimiento histórico especializado y el conocimiento asequible a la mayoría de los profesores de historia, y una brecha más honda aún entre investigación y enseñanza. En otros términos significa que las actuales generaciones de mexicanos que estudian en los ciclos básico y medio del sistema educativo no se forman con los últimos conocimientos que nutren el saber histórico, y que las próximas generaciones tendrán aún menos posibilidades de acceder a esta formación histórica avanzada. al ampliarse la distancia entre el conocimiento que produce la investigación de punta y el que se difunde a través del sistema educativo.

Los desequilibrios observados entre la producción de conocimientos, su transmisión al sistema educativo y su difusión hacia el público general indican que debemos revisar tanto el funcionamiento interno de los centros de enseñanza e investigación, como sus relaciones con la sociedad y la nación. ¿Nuestras escuelas de historia tienen un buen plantel de profesores, un programa de estudios adecuados y sistemas efectivos de enseñanza? ¿Nuestros centros de investigación tienen altos rendimientos en producción y calidad? ¿Su pro-



ductividad justifica la inversión que se hace en ellos y su costo social? ¿Las investigaciones que se realizan responden a demandas y necesidades científicas probadas? ¿Dichos trabajos, además de beneficiar a sus productores, tienen efectos en otros grupos y en otras áreas, fuera del ámbito académico? Éstas y otras preguntas son parte del debate sobre nuestra primera y más importante universidad y están conectadas con la discusión más general acerca de la reforma del sistema educativo y de la crisis en que se encuentra actualmente la producción de conocimientos.

Los desafíos del presente y del futuro

Es claro que si queremos que nuestros centros de investigación produzcan conocimientos científicos importantes y se eleven la calidad, la competencia y el profesionalismo de la disciplina histórica debemos comenzar por hacer de estos valores parte consustancial de nuestras propias instituciones. Contra la lasitud y la alarmante ausencia de autocrítica que domina en la mayor parte de las instituciones de investigación y educación superior, debe colocarse, entre las prioridades institucionales más altas, la calidad de la investigación, la selección rigurosa de las generaciones de estudiantes y de investigadores, la imposición de requisitos cada vez más exigentes para la elaboración de tesis, artículos y para la publicación de libros, y el ejercicio de la crítica interna y pública como una práctica normal de la investigación y la difusión del conocimiento histórico. Éstas son metas antiguas, postuladas y muchas veces puestas en práctica por diversos sectores de la comunidad académica mexicana. Sin embargo, debemos recordar que fueron combatidas y muchas veces expulsadas de la vida académica efectiva por las corrientes izquierdistas que en las décadas de 1970 y 1980 calificaron esas propuestas de elitistas y burguesas. Para que de verdad ordenen las actividades presentes y futuras tendrían que ser asumidas bajo la forma de un nuevo pacto académico, tanto por los profesores e investigadores, como por las direcciones de las escuelas y universidades. Al mismo tiempo, tendrían que instaurarse nuevas formas de enseñanza y transmisión de conocimientos para los sectores masivos y sistemas de comunicación que permitan que el conocimiento especializado pase de manera continua a los niveles básicos y medios de la enseñanza. Sin embargo, la desconexión que existe entre el sistema superior de enseñanza e investigación y el conjunto del sistema educativo es hoy tan aguda que no se ven, en el futuro inmediato, formas viables de cooperación efectiva para atender esos ingentes desafíos.

En la hora del revisionismo histórico y de la aparición de nuevas teorías del desarrollo social, en el tiempo de la experimentación intensa de nuevas técnicas de análisis y de nuevos métodos es una exigencia darles prioridad a las reuniones de historiadores dedicadas a evaluar el fundamento científico que sustenta a los nuevos enfoques e interpretaciones del pasado. Colocar en un lugar relevante de nuestras actividades de historiadores la evaluación crítica de lo que hacemos nosotros y de lo que se hace en el extranjero acerca del país es una recomendación del sentido común y una exigencia para mantener actualizada una disciplina cuyos centros de creatividad ya no son únicos e internos, sino múltiples y externos.

El buen desarrollo de la investigación histórica exige el uso de fuentes fidedignas; el recurso a métodos adecuados para precisar el objeto de estudio y comprenderlo en profundidad; la aplicación de técnicas de análisis que expliquen el hecho estudiado y su relación con su entorno espacial y temporal, y formas de explicación precisas y claras. Con mayor o menor amplitud estas exigencias de la investigación histórica se describen en los manuales de historia, pero sólo se vuelven reales cuando se expresan en el trabajo cotidiano de los historiadores, y cuando su cumplimiento se convierte, como la respiración, en ejercicio diario, en código implícito de los individuos y las instituciones de enseñanza e investigación de la historia. Cuando estos requisitos no están presentes en una obra de historia o en los libros que la enseñan, la crítica de los mismos historiadores pone en evidencia esa ausencia. Sin embargo, uno de los signos más preocupantes en los medios profesionales donde se practica la historia es la ausencia de estos códigos de conducta, como la indiferencia ante el incumplimiento reiterado de las normas básicas del arte y el abandono de la crítica como ejercicio íntimo y externo natural del oficio.

Por otra parte, ante la densa y desordenada acumulación de conocimientos históricos heredados, y ante la prodigiosa multiplicación de nuevos conocimientos, los historiadores de este final del siglo XX estarían obligados a desarrollar un esfuerzo consistente para coleccionar ese vasto legado en obras que permitan su consulta racional, su enriquecimiento y actualización progresiva, y su transmisión adecuada a las nuevas generaciones. Quiero decir que entre las prioridades de la investigación histórica mexicana, una de las más altas es la producción de obras sistematizadoras del saber histórico acumulado. Me refiero, por ejemplo, a tres, necesarias, urgentes y viables. En primer lugar, a la composición de un “Diccionario de historiadores mexicanos” que incorpore sus datos bio-bibliográficos básicos y la información sustantiva sobre sus métodos, interpretaciones y aportaciones. En segundo lugar, es asimismo urgente la elaboración de una “Enciclopedia de las escuelas y corrientes historiográficas mexicanistas”, en la que se ordenen las princi-

pales corrientes teóricas, metodológicas, científicas e ideológicas que han intervenido en la reconstrucción del pasado mexicano, tanto propias como externas. En tercer lugar, es también necesario recoger en una obra integradora los principales “Ensayos sobre la historiografía mexicana”, que son abundantísimos, están dispersos y no son accesibles a los estudiantes, los investigadores, los profesores o los estudiosos de la historia. Estas tres tareas, por su magnitud y naturaleza, deberían ser tarea propia de las instituciones dedicadas a la enseñanza y a la investigación de la historia mexicana, y es evidente que deberían ser realizadas con la colaboración de la Academia Mexicana de la Historia y el Comité Mexicano de Historiadores.

Otra tarea propia de las instituciones de investigación y docencia es la elaboración de obras que integren los conocimientos pasados y presentes en libros de síntesis. Debe recordarse que después de los grandes proyectos promovidos por Daniel Cosío Villegas (*Historia moderna de México*, *Historia general de México* e *Historia de la Revolución Mexicana*), en los últimos años no se ha hecho nada semejante, con excepción quizá de *La clase obrera en la historia de México*, coordinada por Pablo González Casanova bajo los auspicios del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. El próximo final del siglo XX debería tomarse como un pretexto adecuado para sintetizar, en una obra magna, todos los siglos transcurridos de la historia mexicana.

Aún más urgente es un programa de publicación de libros de síntesis sobre cada época de la historia mexicana, y una serie de lecturas históricas con selección de textos, como las que hace años editaba la UNAM y que inexplicablemente dejó de publicar. Si no delatara una descomposición más profunda, parecería simplemente absurdo que las universidades, ante la demanda de libros básicos para una población estudiantil en crecimiento constante, no decidan que sus institutos y escuelas los produzcan, y que los profesores e investigadores declinen participar en esta tarea. Sin embargo, es un hecho que hoy las instituciones académicas publican más libros que nunca, pero sin programa, proyecto o destinatario definidos. ¿Qué publican nuestras universidades? ¿Cuánto cuestan estas publicaciones? ¿Qué propósitos persiguen? ¿Qué público satisfacen? Éstas y otras preguntas acerca de la eficacia de la producción científica y sus efectos en la sociedad deberían ser objeto de análisis inmediato y objetivo.

Otra área del conocimiento histórico a la que se debe prestar atención y que ha descendido en sus niveles de calidad en relación a lo que se hacía antes en México, y respecto a lo que se hace hoy fuera, es la publicación de documentos y fuentes de la historia. El problema radica no sólo en que rara vez hemos superado las ediciones hechas en el siglo pasado, sino en que las buenas, publicadas en este siglo, carecen de duración en los programas

institucionales. Lo cierto es que en estos últimos treinta años se han hecho muchas publicaciones documentales, la mayor parte sin seguir un programa, de manera anárquica y sin definir con rigor sus criterios de edición. Para sistematizar este renglón básico del conocimiento histórico, sería indispensable una reunión de historiadores y editores dedicada a establecer los criterios científicos, técnicos y editoriales que normen estas ediciones, como es ya práctica común en la mayoría de las instituciones académicas de otros países. Reorganizar, con visión a largo plazo y bajo principios editoriales uniformes, la publicación de documentos de los archivos nacionales, provinciales y de las instituciones de investigación, es una tarea indispensable para el desarrollo organizado del conocimiento histórico.

Cuando acontece que tenemos más de una revista para cada época y especialidad del pasado, ocurre que la mayoría no informa, de manera crítica y suficiente, sobre lo que está sucediendo en la producción histórica mexicana, ni da cuenta de las nuevas tendencias de la investigación en el exterior. En tanto órganos de difusión y de servicio, en lugar de aceptar sólo lo que los investigadores les ofrecen, deberían ser vehículos ejemplares de la comunicación científica, instrumentos propositivos de las nuevas formas de hacer historia, y asignarle en cada número un lugar preferente al análisis crítico y a la evaluación de las tendencias de investigación pasadas y presentes. Sin embargo, salvo excepciones, y nunca de manera persistente, en nuestras revistas parece aceptarse como un hecho normal la ausencia de dirección y de trabajo editorial profesional. Algunas son ejemplo de naufragio editorial, otras del intelectual, y no pocas de ambos. Todas las revistas de historia se editan bajo el sistema de subsidio, ninguna es autosuficiente y la inmensa mayoría no vende ni el treinta por ciento de su producción. Sin embargo, las instituciones que las cobijan siguen financiando su publicación, aun cuando su periodicidad es cada vez más irregular, su calidad más baja, su aceptación más reducida y su impacto cultural más etéreo. En lugar de ser la tienda de pueblo que hoy se empeñan en imitar, donde se acumulan los productos más desiguales, ilegibles, obsoletos y sin propuestas estimulantes para el consumidor, las revistas de historia tendrían que asumir la única responsabilidad que las justifica y les otorga sentido: ser vehículo de los nuevos conocimientos, instrumento de evaluación de lo que acontece en las diversas áreas del conocimiento histórico, foro de debate de las diferentes interpretaciones de la historia, y punto de contacto entre el ejercicio pasado de la historia y las prácticas del presente.

Las inconsistencias, las anomalías y las deformaciones que desde hace tiempo se observan en las actividades de investigación, enseñanza y difusión de la historia mexicana son resultado, en su mayor parte, del mismo desarrollo de las instituciones académicas. Sus malformaciones no son producto de in-

tervenciones o acechanzas externas. De ahí que el enfrentamiento de esas desviaciones, y las posibilidades de su corrección, sean también asunto interno de esas instituciones. No obstante, con excepción del libro de Gabriel Zaid, que analiza las principales deformaciones del sistema de educación superior, lo más frecuente es que estos problemas no se examinen como parte del desarrollo interno de las instituciones académicas, y que las inconsistencias en la productividad, las deficiencias de la enseñanza o los fracasos en la difusión se atribuyan a la insuficiencia del presupuesto que aporta el Estado. Si no se elimina este fantasma, y no se asumen con objetividad las responsabilidades propias, es evidente que no podrá darse la toma de conciencia necesaria para reorganizar a fondo la estructura, las funciones y los objetivos de las instituciones académicas.

Otro problema, sin duda uno de los más graves, es la crisis económica y la insuficiencia de recursos en las áreas básicas de la enseñanza y de la investigación. Problema cada vez más agudo, que hoy tiene el semblante de un doble desafío. Por una parte, el descenso vertical de los salarios y los recursos para atender el funcionamiento mínimo de las áreas básicas de enseñanza, investigación y difusión, amenaza con destruir los últimos reductos del sistema académico que no han sido abatidos por la crisis. Por otra parte, parece evidente que aun cuando se aplicaran nuevos recursos al sistema universitario, éstos resultarían insuficientes, fundamentalmente porque el problema de la enseñanza y de la investigación no es sólo y principalmente económico, sino un problema de reorganización interna de ese sistema y de adecuación de sus funciones a las nuevas demandas de la sociedad y del desarrollo científico mundial. Dicho con otras palabras: para ser viable, el programa reorganizador de las instituciones universitarias y académicas tendría que enfocarse hacia una reforma profunda de la enseñanza, la investigación y la difusión científica; debe mostrar que efectivamente está vinculado a las demandas reales de la sociedad y que busca servir las con eficacia; debe estar apoyado en un nuevo sistema de financiamiento y ampliación progresiva de ingresos provenientes de fuentes distintas al gobierno, y debe probar sus bondades mediante una demostración regular y pública de sus resultados. El desafío de la institución académica y universitaria radica entonces en vivir otra vez dentro de la sociedad real, en pensar, producir y servir dentro de ella, y en relación permanente con ella.

Por otra parte, puesto que la reorganización de las universidades tomará tiempo, es indispensable que las instituciones dedicadas a la historia generen iniciativas dirigidas a incrementar sus formas de colaboración y sus ingresos, de manera que puedan enfrentar la crisis económica y la reducción de los apoyos del Estado a las tareas de enseñanza, investigación y difusión de la

historia. Si con visión realista se acepta que el “Estado delgado” no es sólo una decisión derivada de la crisis actual, sino un proyecto de largo plazo, las instituciones especializadas en la historia tendrían que contemplar su desarrollo futuro bajo una perspectiva diferente; es decir, tendrían que crear, desde ahora, las condiciones para cumplir sus funciones en el marco de una nueva situación económica. Unir los recursos de las actuales instituciones en tareas prioritarias para el desarrollo *general y nacional* de la investigación, la enseñanza y la difusión de la historia, es una perspectiva interesante y viable. Sin afectar los fines y programas de cada institución es factible integrar los recursos y capacidades de varias de ellas en tareas de beneficio común que satisfagan demandas ineludibles para el desarrollo de los estudios históricos. Por ejemplo, en la edición de las fuentes básicas de la historia mexicana se podrían establecer programas interinstitucionales dirigidos a publicar las antiguas y las nuevas colecciones con criterios editoriales comunes, bajo direcciones colegiadas y con recursos múltiples, y de esta forma asegurar la publicación continua y ordenada de las grandes colecciones de fuentes que apoyan el conocimiento histórico. El Archivo General de la Nación debería ser la cabeza natural de todo proyecto dirigido a crear un sistema normativo de edición de fuentes históricas.

La publicación de las obras mayores de investigación, y de las síntesis y colecciones de libros de historia, también podría ser objeto de nuevos acuerdos de publicación entre empresas editoriales e instituciones académicas. Mediante estos convenios los costos de edición quedarían a cargo de las editoriales y los de investigación los absorberían las instituciones. En los países europeos ésta es la práctica general que se ha adoptado. En algunos, como en Francia, estas bases han servido para promover una venta comercial de los libros de historia en una escala nunca vista antes, y para ofrecer al público nuevas colecciones y formas de difusión del saber histórico.

La formación de especialistas en historia, el desarrollo de un programa de becas de posgrado, el intercambio regular de profesores e investigadores con otros países, el apoyo a los grandes proyectos de investigación, la mejora y actualización de las bibliotecas, son áreas donde se requieren nuevos acuerdos y solidaridades entre las instituciones, ya que ninguna por sí sola podría satisfacer estas demandas. Sin duda, uno de los compromisos mayores es formar a las siguientes generaciones de historiadores y aportarles los conocimientos adecuados para participar en una de las épocas de mayor cambio y crecimiento de la disciplina histórica. Pero, nuevamente, la tarea de trabajar para el futuro requiere un cambio radical en la organización actual de las instituciones, una disposición para ver más allá de los muros propios y unir los variados recursos existentes en programas que contemplen el desarrollo



nacional de la investigación. No puede pensarse en un desarrollo progresivo ni general de la investigación histórica sin atender la situación de las instituciones que enseñan y producen conocimientos históricos en el interior del país, donde las limitaciones son aún más críticas que en la capital. Con la participación de las instituciones regionales y de las asentadas en la capital podrían establecerse acuerdos para obtener recursos sustantivos que pongan en marcha nuevos programas para la formación de las futuras generaciones de historiadores, para impulsar y actualizar los sistemas de enseñanza a escala nacional, y para crear nuevas formas de intercambio académico y de servicio en las áreas de bibliotecas y archivos.

Las necesidades y las demandas de la investigación y la enseñanza histórica están claramente establecidas por la realidad. Lo que no está claro es si, en las instituciones y en los individuos que forman la abstracción que llamamos investigación, docencia y difusión de la historia, existe la voluntad para asumirlas y la capacidad para hacerlas efectivas.



EL TIEMPO Y LA HISTORIA

MIGUEL LEÓN-PORTILLA*

Con mucho gusto participo en esta serie de charlas sobre el historiador frente a la historia. En la mía voy a tratar dos temas que, en el fondo, son sólo uno: el historiador y la conciencia del pasado, y luego, en particular, la conciencia del pasado indígena. El tema es uno porque abarca la problemática de la captación e integración del tiempo en la conciencia, tanto del tiempo presente como más complejamente del tiempo pasado que es el objeto de la historia. Al atender al pasado prehispánico de Mesoamérica ilustraré con un ejemplo esta problemática.

Comprendo que filosofar sobre la historia es difícilísimo. La historia, como otras disciplinas, es objeto de tanta reflexión, de tantas consideraciones, que casi resulta temerario pensar en nuevas filosofías en torno a ella. Es un hecho que la auténtica investigación histórica implica filosofar. No es un mero evocar acontecimientos o sucesiones de ellos, indicando sus fechas precisas. La verdadera historia, en el sentido de quehacer historiográfico, es búsqueda de significaciones. Al historiador le interesa esclarecer las relaciones que puede haber entre diversos acontecimientos, precisar causas y efectos.

El que investiga sobre el pasado toma ante todo conciencia de que el objeto de su atención no es algo estático o fosilizado sino que se sitúa en el tiempo, más precisamente en momentos determinados del tiempo. El historiador, en consecuencia, tiene que habérselas con el tiempo. Éste, aunque estemos inmersos en él, se nos presenta como abierto a una suma de interrogantes. La primera cuestión sería preguntarse, ¿qué es y qué significa existir en el tiempo? Sin sentirlo, estoy dedicando ahora mi tiempo a hablar acerca del tiempo.

*Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Una reflexión preliminar: la conciencia del tiempo

Haré una reflexión. Todos nos damos cuenta de que existimos en un universo temporal. También los mesoamericanos lo sabían. Pensaban que existían en una edad o en un sol que llegaría a su término, se destruiría y daría lugar a una nueva edad. Nosotros tenemos conciencia de que todo cambia, de que hay un continuo paso de energía a materia. Hay quienes dicen que después, en una especie de palpar cósmico, la materia vuelve a transformarse en energía; vuelve en su concentración, a estallar. Sin adentrarnos en tales consideraciones, es verdad que todo cambia.

Ahora bien, concentrémonos en nuestra conciencia. Si todo cambia, es que yo también cambio. Yo cambio, en todo y en cuanto a todo. Cuando uno va siendo ya un *huehue*, “un viejo”, y alguien le dice, “estás igualito”, ello quiere decir que no se está ya tan bien. ¡Cómo va a estar igualito! Uno mismo se ve en una foto, y en un espejo. “¡Qué barbaridad!”, dice uno, las canas y el tiempo están ahí a la vista. Cambiamos en todo, en cuanto a todo. Pero aquí reside lo interesante: nos damos cuenta del tiempo y del cambio. Tenemos conciencia de ello como si estuviéramos en una atalaya. Nuestra conciencia es capaz de percibir el cambio. La medida del cambio, expresado así, en forma sumaria, es el tiempo.

Ustedes me están oyendo; al hablar estoy produciendo una serie de modulaciones que el aire transmite. Causo cambios en el aire; ellos golpean sus membranas auditivas. A través de su sistema nervioso, se transmiten a su cerebro. Todos esos ruidos, transformándose en cierta corriente nerviosa, que afecta sus neuronas, conforman palabras que ustedes entienden. Se han integrado en sus cerebros secuencias de significaciones. De lo que eran sucesiones de ruidos cambiantes, ustedes toman conciencia, y haciendo una integración, captando el cambio, perciben significaciones. Esto vale también para una sinfonía; acaso un *rock and roll*, un *progressive rock*... o, tal vez mejor, la Séptima de Beethoven. Es una secuencia de sonidos armónicos. Ustedes se dan cuenta de que son armónicos porque los han integrado en su conciencia. Integran en ella los mismos temas sinfónicos que Beethoven concibió e integró en su mente.

En toda conciencia de cambio, como desde una atalaya, se hace una integración para captar y entender; como en el cálculo infinitesimal, se da el salto al límite. Pensemos, por ejemplo, en una serie de uno, más un medio, más un cuarto, más un octavo, etcétera. Sabemos que va a llegar a dos, pero si siguiéramos haciendo esta forma de adiciones nunca llegaríamos a dos. Damos el salto, eso es integrar. La conciencia integra el cambio, lo que va aconteciendo

en el día, en un mes, a lo largo de los años. Los psicólogos, los biólogos, los filósofos, estudian y quieren saber qué es la conciencia, pero el hecho es que ella integra el cambio y, por consiguiente, abarca la sucesión de los tiempos.

El historiador y la toma de conciencia del tiempo pasado

Lo dicho vale para todos los humanos, pero para los de nuestra profesión, los historiadores, la cosa es aún más compleja. Resulta que nosotros pretendemos integrar el tiempo que ya no existe. Si es difícil a veces enterarse bien de lo que está ocurriendo, digamos integrar, comprender adecuadamente los cambios que percibimos y así entenderlos, imagínense querer integrar en la conciencia lo que ocurrió en la época del supremo gobernante de los mexicas, el señor Acamapichtli. Y eso si pensamos en acontecimientos no tan lejanos. Pero si atendemos a los olmecas del primer milenio a. C., la pregunta parece complicarse. ¿Cómo puede pretender un historiador saber de hechos tan lejanos?

Como si pensara en esto fray Juan de Torquemada, al comienzo de su *Monarquía Indiana*, nos dice, respondiendo en parte a nuestra pregunta:

Es la historia un enemigo grande y declarado contra la injuria de los tiempos, de los cuales claramente triunfa. Es un reparador de la mortalidad de los hombres y una recompensa de la brevedad de esta vida...

Ella [la historia] nos da la noticia y declara y muestra lo que en diversos lugares y tiempos acontece. Los montes no la estrechan, ni los ríos, ni los años, ni los meses, porque ni está sujeta a la diferencia de los tiempos ni del lugar... (Prólogo general y primero a la *Monarquía Indiana*.)

A todo los humanos nos limitan el tiempo y el espacio. Si estoy aquí en la Ciudad Universitaria, no estoy en Xochimilco y, si me voy allá, tampoco estoy en Iztapalapa. Ahora bien, resulta que el historiador que se halla en un sitio determinado pretende alcanzar con su conciencia, no sabemos cómo, ámbitos lejanos en el tiempo y en el espacio.

Torquemada nos dice que eso es propio del que cultiva la historia: ella es recompensa de la brevedad de la vida porque ni los tiempos, ni los lugares la limitan. Ésta es la cuestión: ¿cómo puede un historiador lograr esto? El historiador tiene que integrar acontecimientos de ese tiempo pasado que ya no están a su alcance. Lo que quiere integrar, es decir, abarcar y comprender, pertenece a una cultura lejana, a tiempo en diversos grados lejanos. Para intentar realizar su tarea, si es, por ejemplo, un mesoamericanista, tendrá que tomar en cuenta aquellos vestigios que han quedado por allí dispersos, para ver si con ellos puede armar algo, puede integrar algo. Esos vestigios incluyen desde

una vasija rota, tal vez piedras con inscripciones, un montículo porque a lo mejor hay allí una pirámide, un monumento, un códice, además de lo que expresó en castellano Bernal Díaz del Castillo, o lo que escribió Bernardino de Sahagún. Con esos vestigios y testimonios hará su integración. Una vez, un amigo mío burlón me dijo: “ustedes, los historiadores, nada más van juntando cosas y así arman su obra”. Porque él es ingeniero, yo le respondí: “también ustedes, con ladrillos, cemento, varillas y otras cosas arman su edificio, su puente o cualquier otra estructura”. Nosotros los historiadores tenemos que hurgar, buscando vestigios para lograr lo que es nuestro objetivo; integrar en nuestra conciencia lo que fue un tiempo pasado. Una prueba de haberlo logrado será que nadie vaya a decirnos luego: “fíjese que me encontré este otro manuscrito que no encaja con su supuesta integración, es decir, con la imagen que nos ofrece de ese pasado. Significa ello que lo que usted nos presenta es tal vez mera invención. ¿Es usted un novelista?” Me gustaría serlo también, digo yo. A los novelistas les sobra y basta con su imaginación.

Allá, donde estoy, en París, un colega mío de El Colegio Nacional, Carlos Fuentes, estuvo varios años como embajador. Durante ese tiempo escribió más de una obra. Gran ventaja suya fue que, para hacerlo, no tenía que consultar archivos ni bibliotecas. Aunque, a veces, sus novelas tocan temas históricos, él no tiene el mismo afán de precisión que a nosotros nos acompaña en nuestra búsqueda.

Ahora bien, supuesto el caso de que el historiador logre reunir todos los vestigios que se requieren, para integrarlos, así como están ustedes integrando en su cerebro este ruido –palabras– significaciones que les hago llegar, ¿en qué consistirá realmente su aportación?, ¿será una mera imagen muerta del pasado? Su tarea es bien difícil. El profeta Ezequiel en cierto modo ilustra lo que debería ser ella. Describe él con vivos colores una singular experiencia que tuvo. He aquí sus palabras:

Fue sobre mí la mano de Yahvé y llevóme fuera y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos... y vi que eran sobremanera numerosos sobre el campo y enteramente secos. Y me dijo, hijo del hombre: ¿revivirán estos huesos?

Y yo respondí: Señor Yahvé, tú lo sabes. Y él me dijo: Profetiza sobre esos huesos y díles, huesos secos, oíd la palabra de Yahvé. Yo voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis...

Entonces profeticé yo como se me mandaba y se oyó un ruido y hubo un agitarse y un acercarse huesos a huesos. Miré y vi que vinieron nervios sobre ellos y creció la carne y los cubrió la piel, pero aún no había en ellos espíritu.

Díjome entonces Yahvé: Profetiza al espíritu, profetiza... Ven, oh espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos huesos muertos y vivirán. Profeticé como me mandaba y entró en ellos el espíritu, y revivieron y se pusieron en pie; era un ejército grande en extremo. (Ezequiel, 37, 1-14.)

El profeta, recibiendo la inspiración de Yahvé, insufló el aliento de vida y entonces se integró la vida en esos huesos secos y muertos. Ésta es, metafóricamente expresada, la misión del historiador. Si no va más allá del tepalcate y el documento, no será más que un mero acumulador de materiales para la historia. Los conocemos. Son los zurcidores de resúmenes de documentos. Los hay entre nosotros. Ensartan unos tras otros huesos muertos, sin aliento de vida, resúmenes de documentos sobre encomiendas, esclavitudes y otros temas. No tienen ellos el soplo de vida. Lo que ofrecen en realidad no es historia porque allí no hay vida alguna. Para que los huesos, los tepalcates, los testimonios orales, los documentos, revivan, hace falta el soplo que integra lo antes disperso y muerto. Como todo ser humano integra en su conciencia el tiempo de su propia experiencia, el historiador es en cierto modo el más ambicioso de los humanos porque quiere integrar los momentos de vida del pasado sin que el tiempo ni el espacio lo limiten. El proceso es parecido, nada más que, por supuesto, no se presentan ante nosotros fácilmente los documentos, como las palabras que estoy diciendo o como la sinfonía que podemos escuchar. Tenemos que seguir vericuetos para reunirlos, analizarlos y valorarlos.

¿Cómo podrá el historiador integrar el pasado, objeto de su estudio?

Si me intereso por estudiar una cultura prehispánica tendré que ir en busca de los vestigios y testimonios que hay de ella. Iré a zonas arqueológicas, a archivos en pos de fuentes escritas. El objetivo es reintegrar la vida a un pasado que se antoja muerto. Integrarlo no quiere decir demostrarlo. En la historia no podemos demostrar, como en las ciencias fisicomatemáticas. Creo que la persona que diga que podemos hacerlo es un poco ingenua.

La historia es ciencia. Sí y no. Sí lo es porque tiene sus formas científicas de proceder. No procedemos ciegamente. Tengo yo un manuscrito en náhuatl del siglo XVI. Debo ver si en el archivo está junto a otros documentos que lo esclarecen. Haré su paleografía de la manera más fiel. Habré de traducirlo. Luego tendré que situarlo en su contexto. Veré qué relación puede tener ese manuscrito con otros. Todo esto es, metodológicamente, científico. Pero la historia no es ciencia en cuanto que no establece ley alguna y en cuanto que no tiene una forma fácil de comprobación.

No puedo decir que la imagen que he integrado corresponde científicamente a lo que ocurrió en el pasado. La única forma que tenemos de comprobación respecto de la integración que hemos hecho de esa imagen, si hemos tenido el genio de insuflarle la vida, es que no exista el peligro, por lo menos inminente, de que llegue otro investigador con otros vestigios o testimo-

nios válidos, y no tomados en cuenta por nosotros, que lo lleven a integrar una imagen diferente respecto del mismo acontecer. Ésa es la piedra de toque.

Por su parte el historiador, en su integración del pasado, puede llegar a saber mucho más que aquellos que lo vivieron. Piensen ustedes, por ejemplo, en la invasión de Normandía, en el famoso día D, cuando los aliados penetraron en Francia. Fue la víspera del colapso de los nazis. Los soldados que desembarcaron allí, sabían mucho menos acerca de la significación de sus propios actos que el historiador que integra la información al respecto y le insufla el soplo de vida. Podrá decir uno de esos soldados: “yo estuve allí, fui el encargado de tales y cuales operaciones...” El historiador puede conocer el trasfondo de lo que ocurrió. No tendrá la vivencia del soldado, pero puede haber reunido cuanto aportan los archivos de las diversas potencias que participaron en esa acción bélica. Así le es dado recobrar la significación

¿Cómo puede un historiador integrar elementos dispersos en los relatos y testimonios acerca de la batalla? ¿Integrar toda la información que tenía el alto mando, con sede en Washington, y la que tenía Londres y la que poseían los alemanes, y los rusos y los franceses? La documentación en decenas de archivos de varios países es el conjunto de huesos secos, pero sin los cuales nada es comprensible. El historiador puede armar su gran imagen y esa gran imagen es la integración de los hechos. El historiador insufla vida a los testimonios; recrea desde perspectivas que nadie había tenido nunca antes. Muchos riesgos de equivocación puede haber, claro está. Por eso la investigación de un tema requiere la participación de otros historiadores para abarcar los huesos aquellos, los testimonios dispersos, no sea que queden sueltas muchas calaveras y después no se sepa a quienes pertenecían.

Un pasado que integrar: el de la cultura náhuatl

En náhuatl, *tiempo* se dice *cáhuil*. Hay aquí varios distinguidos nahuatlato que no me dejarán mentir. Tenemos el verbo *cahua* que quiere decir “dejar”. Entonces *cáhuil* es lo que se deja o queda. Para el pensamiento náhuatl el tiempo va dejando un sedimento. Ese sedimento es lo que nos interesa a los historiadores. El gran historiador que en el mundo occidental se considera al lado de Herodoto, en un plan de reflexión profunda, como padre de la historia, Tucídides, tiene en su obra una frase que considero espléndida y muy pertinente en nuestro contexto. Declara en su *Historia de la guerra del Peloponeso* cómo ha reunido, con prolongado esfuerzo, los testimonios con los que apoya e integra su obra, y cómo por ello piensa él que resistirá a los embates del tiempo. Lo citaré en su original griego. He aquí lo expresado por Tucídides acerca de

su obra, en la que ha integrado cuanto le fue dado alcanzar acerca de la guerra del Peloponeso. A pesar de que su trabajo se sitúa en el tiempo y se refiere a sucesos ocurridos en un tiempo anterior, es ella:

Ktéma te eis aiei. Mállon e agónisma es to paráxrema acouein sunkeítai:

Poseción para siempre. No como una declamación para ser oída de momento, así ha sido compuesta esta historia (Tucídides, *Historia*, libro I, XXIII, 4).

Busca el historiador que su aportación, su integración significativa de los vestigios testimoniales acerca de hechos ocurridos en el pasado, resista a la prueba del tiempo. No ha trabajado él como un declamador para ser oído de momento. Su obra será posesión para siempre. Ésta es la meta. No quiere decir eso que no puede haber otra visión desde otra perspectiva de aquí a cincuenta años. Lo que interesa es que, al menos, como posesión para siempre, aquello que el historiador elucubró y presentó como integración, pueda verse a la luz de cien años después como coherente. Paso ya al tema de la cultura náhuatl.

Justamente en el mundo náhuatl tenemos un historiador muy conocido, don Fernando de Alvarado Tezozómoc, descendiente directo de los *tlahtoque* mexicas. Él, al principio de su obra, escribió:

In yuh quilhtotiaqueh, in yuh quitlallitiaqueh yn intlahtol ihuan otechmachiyotiliaqueh texamahuan in huhuetqueh, in illamatqueh...

Lo que dejaron dicho, lo que vinieron a asentar en su relato, lo que nos vinieron a enseñar a nosotros en sus papeles, los viejos, las viejas. Como un relato se hizo y para nosotros lo dejaron y no fenecerá, siempre quedará en sus papeles, en sus relato ... (Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexichyotl*, 1975, p. 4-6.)

Las palabras de Tezozómoc son como un eco de ese anhelo que expresa Tucídides de que permanezca lo que se ha querido dejar, transmitir, como integración de una conciencia histórica.

Para el historiador mexicano que busca acercarse al pasado mesoamericano, éste le resulta a la vez apartado y cercano. Para nosotros es muy lejano en el tiempo. Pero, por otro lado, Mesoamérica no está muerta. Perdura en muchos de los elementos del ser mexicano. Absurdo sería decir que todos los mexicanos somos indígenas. Tanto como afirmar que somos españoles. Somos mexicanos, consecuencia del encuentro de los dos mundos. Hay muchos indígenas en México en los cuales lo mesoamericano perdura de múl-

tiples formas. También, de algún modo, algo de lo mesoamericano es perceptible en nosotros mismos. en nuestra sensibilidad, en nuestra manera de hablar, de pensar, creer, comer... Estamos acercándonos en tales experiencias a un pasado conjuntamente lejano y cercano.

Mesoamérica fue una auténtica civilización. Llegó a tener centros urbanos, incluso verdaderas metrópolis como Teotihuacan, Tula, México-Tenochtitlan; complejas formas de estratificación social; creaciones extraordinarias en el campo del arte; un calendario un diezmilésimo más preciso que el que nos rige hoy en día. En Mesoamérica se desarrollaron varias formas de escritura, entre ellas la de los mayas clásicos que permitió expresar fonemas y morfemas de toda índole, es decir, palabras con diversas funciones en la oración, tales como sustantivos, adjetivos y verbos.

Fue ésta una civilización que floreció, hasta donde podemos saberlo, en aislamiento. Si hubiera habido algún contacto de verdadera importancia, se habrían encontrado vestigios de él. No los hay ni respecto de las plantas que se cultivaban, ni en lo que concierne a animales domesticables; tampoco en la concepción del mundo, creencias, cómputos calendáricos y escritura. En Mesoamérica se dieron formas de desarrollo autónomo, en plan de alta cultura, por lo menos desde el segundo milenio a. C.

Sobresale así ella entre las más antiguas civilizaciones que ha creado la humanidad, como las de Egipto y Mesopotamia, la del Valle del río Indo y la del Valle del río Amarillo en China. Esas civilizaciones son las que crearon los estilos originales y propios de vivir, pensar y creer, que habrían de teñir las futuras trayectorias de las principales ramas de la humanidad. La mayoría de los mexicanos somos herederos de dos de esos estilos originales de existir: el de Mesoamérica indígena y el del Mediterráneo. Este último, a partir de su florecimiento original en Egipto, ejerció luego su influencia sobre las islas griegas y la Hélade. Más tarde, enriquecida con el conjunto de creaciones extraordinarias de los griegos, esa misma gran corriente de cultura floreció de manera distinta en Roma, la conquistadora de Hispania, Galia, Germania y otras muchas tierras. La herencia greco-romano-judeo-cristiana, en su versión hispánica, convive en nosotros con el legado de Mesoamérica. Por ello, para la mayoría de los mexicanos poseedores de esta doble herencia de cultura, las creaciones mesoamericanas prehispánicas nos son a la vez cercanas y lejanas.

En el caso del historiador cuyo interés es integrar una imagen coherente de las antiguas culturas de Mesoamérica, incluyendo específicamente la de los pueblos de idioma náhuatl, su tarea no es fácil aunque disponga de testimonios valiosos, como los monumentos arqueológicos con inscripciones y pinturas y también de unos cuantos códices prehispánicos, aproximadamente quince.

¿Es esto básicamente lo que integra el conjunto de las fuentes al alcance de los mesoamericanistas? ¿Qué diremos acerca de los textos, recogidos más tarde, como los que transcribió Bernardino de Sahagún a partir de los testimonios de sus viejos informantes? Sabido es que Sahagún era un misionero que, como tal, quería cambiar en los indios sus maneras de pensar, creer y obrar. A su vez, los cronistas indígenas como Chimalpahin y Tezozómoc, cuando escribieron, ya estaban cristianizados. Se habían formado en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco.

Consideraciones muy semejantes pueden formularse respecto de todos los otros frailes e indígenas que, unas veces en forma independiente y otras en colaboración, redujeron a escritura latina el contenido de antiguos códices o las palabras preservadas por la tradición oral. Es obvio que en todos esos casos existió siempre el riesgo de interpolaciones o de diversos géneros de contaminación, debidos a influencias eurocristianas. Esto, como parece claro, abre la puerta a buen número de cuestionamientos críticos respecto al origen prehispánico y carácter genuino de la antigua tradición de todos esos textos transcritos en lengua indígena, pero valiéndose ya del alfabeto latino.

Integrar la imagen de una antigua civilización con el riesgo de que, en los testimonios acerca de ella, estén entretejidos elementos de dos tiempos culturales radicalmente distintos

Estamos haciendo referencia a “dos tiempos culturales radicalmente distintos”. Hablar de “dos tiempos culturales radicalmente distintos” significa que estamos tratando con dos procesos históricos tan distintos entre sí como el de la antigua cultura de Mesoamérica y la del Mediterráneo en su versión hispánica. Son tan diferentes esos dos procesos históricos que resultaría grotesco aplicar las periodizaciones de sus respectivos tiempos al otro contexto de cultura. Para ilustrar esto pienso en aplicaciones, ciertamente absurdas, como serían éstas: referirse al Periodo Clásico mesoamericano, como la “Edad Media” o, viceversa, hablar de los primeros siglos del Medioevo europeo, describiéndolos como “Periodo Clásico”.

No hay duda de que el historiador, que ha escogido como tema de sus investigaciones el pasado prehispánico de México, siempre que acuda a los testimonios, bien sean en lengua indígena o en castellana que se redactaron en el periodo colonial, tiene que habérselas con fuentes en las que confluyen efectivamente dos tiempos culturales radicalmente distintos. ¿Significa esto que el historiador mesoamericanista debe entonces prescindir de esas fuentes? ¿Deberá limitarse sólo a los testimonios de la arqueología y a lo que pueda derivar de los pocos códices prehispánicos? Si se limitara sólo a esto, quedarían

en la oscuridad muchos aspectos de grande importancia, incluso respecto de los vestigios materiales que se conservan. Ello es patente en ejemplos como los de la significación de la metrópoli de Tula y del recinto del Templo Mayor de México-Tenochtitlan. Sin los textos en náhuatl de la antigua tradición, pero transcritos ya con el alfabeto, no conoceríamos la ubicación en el tiempo y el significado de Tula, la metrópoli del sacerdote Quetzalcóatl. Tampoco sabríamos que el Templo Mayor de Tenochtitlan es simbólicamente la “Montaña de la Serpiente”, el *Coatépétl* donde se reactualizaba el nacimiento portentoso de Huitzilopochtli.

Mucho de la antigua cultura resultaría incomprendible si el historiador mesoamericanista prescindiera de los testimonios indígenas que se elaboraron durante el periodo colonial. Su problema no debe resolverse restringiendo arbitrariamente el acceso a determinadas fuentes, haciendo a un lado aquellas en que pueden haberse infiltrado interpolaciones u otro género de contaminaciones de procedencia eurocristiana. Su verdadero problema es encontrar cómo situarse con sentido crítico ante fuentes en las que se entretujan tiempos culturales radicalmente distintos.

Para alcanzar esto, varios caminos se abren al historiador. Uno –que guarda relación directa con las secuencias del tiempo– es confrontar esos testimonios transcritos, ya en el periodo colonial, con los más antiguos, es decir, los indudablemente prehispánicos. El estudio de la iconografía en pinturas, bajo-relieves y otros monumentos, las inscripciones en estelas y en diversos objetos, el contenido de los códices o libros pictográficos, pone al descubierto lo que puede describirse como la trama y la urdimbre de un gran tejido cultural que se fue entrelazando a través de los siglos. Más allá de los cambios que se produjeron en el ser cultural de Mesoamérica, desde el preclásico hasta la llegada de los españoles, hay elementos que subsisten como características en la trama de ese gran tejido en el que se configura el estilo propio de esta civilización.

Entre los rasgos y elementos que perduran y que pueden considerarse como piedras de toque para aquilatar la pertenencia a lo mesoamericano están los siguientes: cuentas calendáricas de 260 y 365 días; ciclos de fiesta: regidos por el calendario; escritura glífica; concepción cíclica del mundo; imagen espacial, con orientaciones cósmicas, pisos celestes e inferiores; dualidad divina; interrelaciones en el mundo de los dioses; atributos de ellos; idea y simbología de la muerte y el más allá; concepto de los destinos de que son portadores los distintos momentos y periodos; idea del sacrificio como “merecimiento”, en el que los dioses y los hombres participan dentro de un fluir de energía cósmica y divina; géneros de sacrificios, ofrendas y ceremonias; formas de expresión que abarcan paralelismos y empleo de metáforas de

uso constante en varias lenguas mesoamericanas; sistemas de organización social y política en los que se reflejan concepciones como las de la dualidad, los destinos, y el pensamiento cíclico; normas de comportamiento; sentido comunitario...

De estos rasgos y elementos hay diversas formas de expresión, explícita o implícita, en los testimonios de la época prehispánica, es decir, en la iconografía, las inscripciones y los códices. Confrontar con ellos, como con piedras de toque, el contenido de los textos en lengua indígena redactados en el periodo colonial sobre la base de la tradición oral y el contenido de códices hoy desaparecidos, es uno de los procedimientos que cabe seguir con propósitos de análisis y valoración críticos. Testimonios de tiempos y lugares distintos que convergen –a pesar de diferencias secundarias– pertenecen a la trama de un mismo tejido cultural. Lo dicho es sólo un ejemplo de cómo –integrando lo que coincide de tiempos distintos– es posible llegar a forjarse una imagen coherente y críticamente defendible de tal o cual institución o aspecto del pasado mesoamericano.

Así, una vez más, el investigador americanista tipifica en su tarea el gran problema que concierne a todos cuantos hemos hecho profesión de estudios de la historia. Ese gran problema es el de encontrar críticamente la metodología más adecuada para integrar una imagen significativa de desarrollos culturales alejados en el tiempo. La meta es integrar esa imagen de secuencias temporales remotas, de suerte tal que lo alcanzado pueda resistir la prueba misma del tiempo. Implica ello que, consumado su trabajo, no ocurra que otro historiador contemporáneo suyo o de tiempos posteriores encuentre otros testimonios o descubra tales fallas en el empleo que se ha hecho de los ya conocidos, que muestren que la imagen alcanzada no es en realidad integración de un tiempo pasado sino más bien fruto de una mera imaginación.

Habérselas con el tiempo es tarea difícil y a veces muy fatigosa. Pero a la vez quien hace profesión de esto, es decir, el historiador que se sitúa frente al tiempo, incluso el de momentos muy remotos en el pasado, está ensanchando, primero en su conciencia y luego en la de sus contemporáneos, el saber del hombre acerca de sí mismo. Lo que realizaron los antepasados es experiencia humana que, no por repetido deja de ser verdad, ilumina en muchos aspectos la significación del presente. “Maestra de la vida es la historia”, se repite a veces como un ritornelo que llega a cansar. Maestra, y también, como lo decía fray Juan de Torquemada, con olación de la brevedad de la vida es la historia. A ella ni el espacio ni el tiempo la limitan.

Terminaré ya esta reflexión. Hablar del historiador ante la historia nos ha llevado, en este caso, a inquirir en qué consiste la posibilidad de acercarnos al pasado. Los tiempos pasados no existen ya. Ingenuo es creer que el historia-

dor puede ofrecer algo así como una fotografía o una película, imagen en movimiento, en la que se contemple el pasado. Películas y fotomontajes se pueden producir muchos con pretensiones de historia. Tarea diferente es pretender integrar una visión coherente de aconteceres pretéritos. De lo que en el pasado ocurrió sólo quedan algunos vestigios materiales y a veces también diversas formas de testimonios de la palabra. Estos últimos, en el mejor de los casos, nos revelan lo que otros pensaron acerca de ese pasado en el que actuaron y vivieron. En lo que toca a vestigios materiales éstos se nos muestran como los huesos esparcidos después de la batalla, como aquello que contempló el profeta Ezequiel. Cráneos y huesos que no tienen ya vida. Tampoco la tienen los vestigios materiales o los meros testimonios de la palabra acerca de aconteceres en el pasado.

El profeta Ezequiel tuvo que insuflar un aliento de vida sobre esos huesos dispersos. El historiador, para convertir en historia los vestigios del pasado y los testimonios de la palabra de los muertos, tiene también que insuflarles un aliento de vida. Solo así podrá hacer realidad la obra histórica. Una “historia verdadera”, como la que quiso escribir Bernal Díaz del Castillo, que se valió de esa expresión para titular su libro, tiene que ser eso: relato henchido de vida y a la vez capaz de resistir a las pruebas del tiempo. El historiador que alcance esto habrá realizado la que debe ser su más grande ambición en la Tierra: escribir en verdad historia y, hasta donde ello es posible, escribir historia verdadera.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALVARADO TEZOZÓMOC, Fernando, *Crónica Mexicáyotl*, edición y versión de Adrián León, 2a. edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975.

EZEQUIEL (profeta) en: *Biblia de Jerusalén*, México, Editorial Porrúa, 1986.

TORQUEMADA, Juan de, *Monarquía Indiana*, edición preparada por el Seminario sobre fuentes de la tradición indígena a cargo de Miguel León-Portilla, 7 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983.

THUCYDIDES, *History of the Peloponesian Wars*, 2 v., Oxford Classics, Oxford University Press, 1978.



APRECIACIÓN SOBRE EL HISTORIADOR FRENTE A LA HISTORIA

SILVIO ZAVALA*

En esta conferencia quiero relatarles aquellas cosas de las que me acuerdo, después de ciertos años de ejercer el oficio. Mucho se discutía hace tiempo acerca de si la historia es o no ciencia, si se considera parte integrante de las disciplinas científicas. Tiempo después apareció la gran escuela alemana de Wilhelm Dilthey (cuyas obras tradujo Eugenio Ímaz para la edición del Fondo de Cultura Económica), y de otros filósofos de la historia, que decían que podía ser ciencia, pero una ciencia distinta, una ciencia humana, y que no debíamos confundirla con las ciencias matemáticas o con las ciencias naturales. Llegó también y muchos de ustedes deben haberse topado —así como Sancho y Don Quijote, por los caminos de España, se encontraron con la Santa Madre Iglesia—, con la historia económica y social, y eso es algo que tendremos que revisar ahora.

Ante todos estos problemas siempre he tenido una actitud un poco distinta; me he inclinado, tal vez a causa de ciertos consejos de la historiografía española, a comparar la tarea del historiador con la del artesano. Escojo este símil pues hacer historia es una especie de oficio, un oficio tan noble, digamos, como el del platero. Una vez definido este quehacer como un oficio artesanal, distingo entre el platero que hace obras, que produce objetos de tal o cual calidad, y el artesano que explica el arte de la platería y da consejos, aprovechando su experiencia, para explicar qué es y qué se entiende, o entiende él ser un platero. Por eso distingo entre el historiador que hace sus objetos, sus obras, y aquel que se especializa en examinar las posiciones de los historiadores en el tiempo o la de los tratadistas de la historiografía. En español tenemos, gracias al Fondo de Cultura Económica, una línea muy amplia de estos libros tan sensatos que tratan sobre la historiografía griega. De suerte que en la actualidad el puro campo de estudio de la historiografía es amplísimo y no puede ser dejado de lado por los historiadores.

* El Colegio de México.

En cuanto a este segundo aspecto del arte de la historia, he hecho algunas incursiones de tiempo en tiempo, y lo que ahora puedo presentar es un breve resumen de algunos casos que me han llamado la atención. No hace mucho vino a México un historiador de origen inglés, Peter Bakewell, a quien le debemos un excelente estudio sobre la minería de Zacatecas. El doctor Bakewell quería conversar conmigo precisamente sobre nuestro arte, y la conversación, con el humor inglés por una parte y con mis años de trabajo por la otra, no dejó de tener cierto contenido y algunas dificultades. Yo la recogí en un trabajo que llamé “Conversación sobre historia” que se publicó primero en inglés –tal como Bakewell la captó– y después en español, como yo la percibí, y apareció en las *Memorias* de El Colegio Nacional, en el tomo X, número 1, del año de 1982. Me refiero a este trabajo porque, si se fijan en él, verán que ciertos asuntos han sido tratados también en un libro que fue editado posteriormente: *The New History and the Old, Critical Essays and Reappraisals*, por Gertrude Himmelfarb, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts and London, England, 1987.

Yo en mi conversación había señalado que existen, actualmente, la que podríamos denominar una manera antigua de hacer historia y otra que ha aparecido después. Señalo esto porque en la presente conferencia vamos a tener que fijarnos en el libro de Gertrude Himmelfarb, que desde su título plantea la misma cuestión; si bien mi conversación tuvo lugar antes de aparecer esa obra, es interesante observar la coincidencia de que dicha historiadora plantea la misma problemática, trata el mismo tema. También podemos hacer algunas comparaciones entre lo que ella dice y lo que yo le comenté a Bakewell. Mencioné que, en Estados Unidos de América, desde fines del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX se había recibido la influencia del trabajo de los seminarios alemanes; esta influencia penetró en Estados Unidos, en primer término en la Universidad Johns Hopkins, en Baltimore, donde, como todos sabemos, había buenos profesores formados en esa escuela. Clarence H. Haring preparó, en la Universidad de Harvard, a importantes investigadores como Lewis Hanke. Herbert Eugene Bolton realizó un enorme trabajo sobre las fronteras y el sudoeste de Estados Unidos, dejando libros fundamentales. William Spence Robertson trabajó más bien la época de la independencia. De los historiadores más jóvenes, con mucha capacidad de trabajo y de comprensión del pasado, mencionaré a Arthur Scott Aiton, de la Universidad de Michigan, autor de la excelente y documentada biografía del primer virrey de Nueva España Antonio de Mendoza, impresa en Durham, Duke University, N. C., en 1927. Están también los trabajos muy importantes que hizo France Vinton Scholes para la Carnegie Institution de Washington, D. C., sobre la historia de la península de Yucatán en el periodo hispano. Hay que comprender que para

nosotros los historiadores de los países de habla española de América, sobre todo en el periodo que vino después del franquismo cuando hubo cierto aislamiento. una buena investigación, bien orientada, basada en fondos documentales que no estaban a nuestro alcance como eran, principalmente, los del Archivo de Indias, representaba mucho, tanto por la manera de ver las cosas como por las fuentes utilizadas. Por eso los historiadores de Estados Unidos que hacían ese esfuerzo y nos permitían consultar sus trabajos nos ayudaban a mejorar y ampliar nuestros propios estudios.

Otra cosa que le dije a Bakewell en relación con esto, y que venía del pasado no muy inmediato, es que la historia era vista como una historia política, de los estados de los hombres de gobierno, de las leyes, etcétera, pero todavía no terminaba el siglo XIX cuando ese enfoque empezó a cambiar, y principalmente en Europa apareció el movimiento que se llamaba “historia de la civilización”. Yo tuve en España un maestro distinguido de ese movimiento, don Rafael Altamira, autor de la primera historia de la civilización española entendida en la nueva forma. Después de esta mirada más amplia a la historia que no sólo discurría sobre el fenómeno político, sino sobre el económico, el social, y cultural –hasta de la pintura se hablaba en estos libros– ha venido una fuerte tendencia, de índole económica y social, que ha llevado, con el tiempo, a la historia cuantitativa: de curvas de precios, de producción y circulación de metales, de cifras de población aunque sean inventadas, de embarques, etcétera.

Fue considerada entonces como la corriente más importante y casi la única, lo cual no es cierto. Después se ha tendido (y esto, particularmente en Estados Unidos), a reducir el enfoque, a buscar al hombre pequeño, que dejó una huella menuda en un pequeño archivo notarial y a sostener que ésa es la verdadera historia. Si observamos por qué y cómo ha pasado esto no damos cuenta muy bien del camino recorrido, de sus etapas, pero no tenemos por qué aceptar todas las conclusiones, pues si bien por una parte amplían el examen a las capas de la población que antes solían ser olvidadas, y este aspecto es positivo, por la otra pretenden desconocer la utilidad de comprender las ideas generales de una época, de conocer el papel de los hombres importantes en ella, el funcionamiento de las instituciones; en suma, la complejidad de la realidad histórica que afecta a esos mismos estratos modestos de la población, que se rescatan como el objeto único del examen retrospectivo.

Yo he advertido, en un congreso reciente, que la ignorancia deliberada de esos aspectos de la historia no debe presentarse como una virtud metodológica. Recuerdo que todavía hace unos cuantos años (en medio de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial), había colegas que repetían que el error de la historiografía tradicional había sido fijarse en los estados y en

las guerras, y lo decían, precisamente, en esa coyuntura cuando todos teníamos que estar pendientes, entre otras cosas, de quién iba a ganar esa contienda, hecho que era de suma importancia para el mundo que iba a continuar viviendo. Por eso le comentaba yo a Bakewell que sin desconocer las razones y los aciertos de ciertos modos actuales de historiar no debemos pensar que van a quedar en su conjunto como una verdad duradera. Creo que la pluralidad en los enfoques de la historiografía es conveniente para el mejor y más completo conocimiento y comprensión de la historia.

Después de estos comentarios de orden general sobre el arte de la historia, quisiera hacer alguna referencia a lo nuestro, a lo que nos pasa con la historia de México. Este examen surgió de una petición que me hicieron para que diera una conferencia en un liceo internacional en Saint Germain, ubicado en las afueras de París, donde ingresan grupos de estudiantes seleccionados que, además de hacer su curso de estudios secundarios al estilo y con el método impuesto en Francia para sus propios liceos, quieren lograr una visión más amplia. Hay grupos de español, grupos de alemán, grupos de inglés, y claro, yo tuve que hablarle al grupo de español. Esta otra conversación sobre historia mexicana está incluida también en la *Memoria* de El Colegio Nacional, en el volumen del año de 1987, y de ella voy a traer unas breves referencias para que meditemos sobre el problema. Se refiere, como digo, a la época española y a la historia mexicana, y explicaba yo por qué nos resulta difícil poder entender un periodo amplio de nuestra historia y manejarlo con cierta cordura. Esa etapa comienza en 1519-1521 con trágicas guerras de conquista y termina en 1821 con otra larga —once años— guerra de independencia que puso término a la dominación política hispana. Se comprende que si bien nadie puede dudar sensatamente de que el contacto entre gentes y culturas estaba creando un nuevo pueblo y otro marco de civilización, no iba a ser fácil que los habitantes de la Nueva España entonces, y luego del México independiente, pudieran asimilar fácilmente las complejidades de esa historia. Cuando llega la crisis de la independencia, en algunas plumas este conflicto aparece como si fuera una reconquista de la soberanía perdida a raíz de la llegada de los españoles; en otros casos es visto como una reclamación de los derechos de los criollos, descendientes de los conquistadores y pobladores que, se decía, habían sido desplazados por los metropolitanos, y privados de los derechos que les correspondían en el reino ganado por sus mayores. De esta suerte, una tesis ligaba la idea de la independencia con el pasado indígena, como si fuera a renacer ese pasado a través de la independencia, y la otra tesis, ya dentro del marco hispano, señalaba que los derechos de los conquistadores y pobladores criollos y de sus descendientes nacidos en la tierra no habían sido respetados. Los peninsulares ocuparon los puestos

principales y no trataron a los americanos con la deferencia que merecían, los cuales reclamaban por ello. Ésta debía ser la “tesis criolla” de la independencia y se encuentra muy claramente expuesta, como sabemos, en los libros de fray Servando Teresa de Mier.

Bien, yo en esa plática ampliaba algo más el tratamiento de las dificultades que nos causa el estudio de la época española, de sus complejidades, y los errores que cometemos cuando estamos frente a esa etapa. Ustedes pueden verlo, si tienen paciencia, con más amplitud en ese texto, y hoy sólo quiero mencionarlo brevemente, al pasar, con algunas de estas citas. Lo que sí puedo decirles es que varias gentes nos damos cuenta del problema y hasta hemos escrito acerca de él de cuando en cuando. Voy a leerles una opinión de un escritor fino pero que no era historiador, sólo tenía sentimientos hacia la historia, que era Mauricio Magdaleno. Vamos a ver lo que escribió, comenzando por esto que acabamos de mencionar. Para él había en la Nueva España un conjunto de pueblos que encontraron las huestes de Hernán Cortés, el azteca, el maya, el zapoteca, el mixteco, el otomí, el totonaca, el purépecha, el llamado tipo de occidente, etcétera. Estos pueblos dejaron grandes monumentos que hoy apreciamos. Pero en lo que él no está de acuerdo es en el aspecto de los orígenes del mestizaje mexicano. Yo he aconsejado, sobre todo en los últimos tiempos, que tengamos mucho cuidado, porque no son, como se dice, dos troncos; existen en efecto los dos troncos, pero muy subdivididos y multiplicados. Yo puedo verlo con facilidad puesto que mi área nativa es la maya y advierto las enormes diferencias que hay con Michoacán, con Veracruz o, sobre todo, con el centro. Siempre hago notar que, desde la llegada de Pánfilo de Narváez, que trajo al negro con viruela, hecho que influyó terriblemente en la epidemia que diezmó a los defensores de Tenochtitlan, la raza africana estuvo influyendo en nuestra historia. Después se multiplicó y, aunque sea difícil de creer, en Zacatecas hubo a veces más negros que españoles y que indígenas. Es una realidad la llegada del tronco africano. Y luego, cuando se abre la ruta del Pacífico, arriba el tronco oriental, sobre todo a Puebla, en particular a los obrajes donde trabajaban los filipinos. De suerte que yo opino que esa creencia de que sólo somos fruto de dos elementos que se mezclan es limitada. Hay más. Estos indígenas que enumera Magdaleno dejan grandes monumentos que apreciar, conforman el tronco indígena, y él quiere revisar la estructura del tronco hispánico. Hay desdén que frecuentemente trata de borrar siglos enteros de formación nacional como son los llamados de la Época Colonial y explica: “a bandazos vamos navegando”, y si para el siglo XIX las culturas indígenas existieron apenas si dudosamente, para el nuestro la obra social, política, económica y cultural de la Colonia, tres siglos de punta a punta, no pasan de ser un absurdo vacío. Claro, Magdaleno no está de acuerdo y por

eso lo escribe; yo apunto a continuación, en ese trabajo, que coincido con Magdaleno y otros autores en hacer una pregunta, ¿le conviene a México como nación seguir en la cuerda de la “leyenda negra”, negando todo ese pasado hispánico, viendo en él solamente aspectos negativos o deficientes? ¿O sería una posición más inteligente, más verdadera y más conveniente abrir los ojos para recoger los valores de ese pasado, y sin perjuicio de las opiniones de conservadores, de liberales o de gentes del día de hoy, pensar que México necesita reconocer este aspecto de su existencia porque, además, es el que le permite acercarse a los otros pueblos de Iberoamérica? Quien vio esto muy claramente fue José Vasconcelos. A México le conviene sentir que marcha en la historia en compañía y no aislado, como un ente totalmente distinto y raro en el mundo, lo que no es cierto. Tenemos, por fortuna, esa comunidad de lengua, esos elementos históricos y culturales en común con otros pueblos de Iberoamérica, y creo que esto también le da a México más fuerza en el panorama general tan difícil en el que vivimos. Recuerdo la duda, propuesta por un agudo pensador brasileño, acerca de que no estaba muy seguro de que el “pueblo mexicano” en sus circunstancias presentes fuera viable.

Para volver al planteamiento general del estado de la historiografía voy a hacer un comentario sobre otro artículo mío relativo al problema del que trata el historiador. Apareció en un número de la *Gaceta* de la UNAM, de esta Universidad, en la página 19, correspondiente a la que llaman quinta época, volumen 1, número 68, del 27 de septiembre de 1982. Hago un análisis sobre el tiempo del historiador. Lo enfoco así: puede decirse que el historiador tropieza con el tiempo, los problemas del tiempo son la tarea del historiador. Está por una parte la vida de la persona que escribe esa historia, las transformaciones de su propio modo de ver las cosas. Al lado de ese tiempo que yo llamo *personal*, está el tiempo que llamo *social*, el de la vida que se está desarrollando en torno de uno; a mí me tocó, por ejemplo, ver muy de cerca la Guerra Civil Española y después la Segunda Guerra Mundial. Yo no había creado nada de eso, era nada más una persona que pasaba por esas experiencias del mundo o de las naciones. Son éstas las fuertes realidades de la sociedad del tiempo en que el historiador vive y créanme ustedes que influyen en su visión. Cuando, en 1947, ya terminado el segundo conflicto mundial, pude volver a Europa, traté muy de cerca a los historiadores franceses de ese momento, precisamente a los fundadores de la gran revista de los *Annales*, a Braudel, por ejemplo, que hizo su gran obra sobre el Mediterráneo, y todos ellos habían pasado por severas experiencias. A tal punto que Braudel había estado varios años prisionero en un campo de guerra de los alemanes. Y el compañero de Lucien Febvre, fundador también de la revista de los *Annales*, el gran historiador social Marc Bloch, había entrado en la resistencia francesa y fue fusilado por los ocupantes

alemanes de Francia. Ya ven ustedes que también nos sucede eso: no escogemos ni los años en que vamos a vivir (los de la persona) ni tampoco lo que ocurrirá en el tiempo social que acompaña a ese lapso que es nuestra propia vida: on fuerzas enormes que, como dicen los franceses, *bouleversent le monde*, trastornan, revuelven el mundo, y allí está uno metido; muy extraño sería ese personaje historiador si no captara todas esas experiencias que se le acercan. Por eso hablo del tiempo social en que se desarrolla la vida del historiador. Pero, para acabar de complicar las cosas del tiempo del historiador, está el hecho de que su afición o profesión lo lanza al *tiempo ido*, hacia otra gente que ya ha pasado, con la salvedad de que los gustos de los historiadores actuales lo conducen a veces a hacer lo que llaman “historia contemporánea”, y se ponen a escribir sobre personas y acontecimientos muy cercanos a su tiempo. Pero aun en ese caso, si se cogen el periodo de la Revolución Mexicana, por ejemplo, ésta tiene sus años de haber ocurrido y muchos de sus grandes hombres y mujeres ya han fallecido es decir, que incluso en ese caso se puede decir que es un tiempo *histórico*, es un tiempo pasado, de generaciones que ya han pagado su tributo a la muerte. Quizá por eso decía yo que, en última instancia, puede observarse que la tarea del historiador está en la convergencia del tiempo personal y del tiempo social que le toca, con esa tercera dimensión, la del tiempo pasado que analiza, para así incorporarlo a sus propias vivencias. Aquí está el *quid* de la cuestión: hay dos tiempos que dialogan a través de la persona del historiador, lo que ocurrió antes y lo que acontece ahora, y de qué manera se realiza ese diálogo, con qué cualidades, con qué facultades, ese hombre o mujer mira desde el tiempo de hoy hacia atrás, cómo lo hace y qué deja como fruto de ese esfuerzo; todas ellas son cuestiones que ayudan algo a pensar en el problema general del historiador frente al tiempo, sobre todo ante el tiempo pasado.

Esto me lleva de nuevo al libro de Gertrude Himmelfarb que está basado en experiencias, sobre todo, de la historia inglesa. Al lado de ellas vienen sus reflexiones, en algunos casos, de orden general, las que sí tienen significación para quien desde hoy quiera ver ese problema que la autora aborda, *the new history*, es decir, lo que ahora se piensa, y *the old*, la que se pensó, no muy vieja pues puede datar de tres o cuatro décadas apenas. En este importante trabajo es posible ver algunos ejemplos con respecto al problema, que ya mencioné, de que se hacía la historia de las instituciones, de los estados, de las guerras, de los reyes, de las leyes, etcétera, y que actualmente, en cambio, lo que importa hacer es la historia económica y la historia social. Ella dice muy bien “que suplemente”, “que complete”, “que amplíe” lo que antes se veía. Como me pasa a mí, ella está de acuerdo con esto; debo decir que a veces he practicado esta historia, así ocurre en un libro mío que se llama *Los esclavos indios en la*

Nueva España (México, El Colegio Nacional, 1968 y 1981), en el cual no se puede decir que estoy haciendo biografías de grandes personajes; estoy en ese campo de la historia social y de los hombres colocados en el piso de esa historia, no en las alturas. Por eso ella dice muy bien “que suplemente”, “que amplíe”, como lo quería Humboldt y como lo aceptan otros historiadores del tiempo actual. El propio Altamira ha querido hacerlo. Y dice ella con mucha finura “pero que no suplante” lo que se entendía como historia. Vean ustedes ese diálogo entre la antigua historia y la nueva historia que ella acepta; y ha escrito también un libro, que ya tradujo el Fondo de Cultura Económica, sobre la pobreza en Inglaterra. Es historia social y la hace bien, con cuidado, pero ella está consciente de que, además de esa pobreza, hubo leyes inglesas sobre la pobreza, hubo partidos políticos que se situaron, que tomaron una posición ante ese problema, es decir, que no se puede ver desde un solo ángulo como si se borrara la existencia de la otra forma de ver la historia.

Luego ella se plantea un problema muy importante que se conecta con la idea de progreso. Le parece que en algunas de las etapas y de las formas de la nueva historia no hay progreso, sino más bien hay regresión, es decir, lo que ya se había visto con más claridad antes, de pronto se oscurece, se olvida, y el historiador se coloca mal ante problemas que ya habían sido vistos mejor. Esto es muy importante para reflexionar sobre nuestro oficio de historiar. Ella pone como ejemplo la posición de un historiador inglés muy importante, Thomas Macaulay, en *History of England*, editada en 1848 y 1862. El comentario realmente es muy acertado: dice que la historia de Macaulay comúnmente se ve como una exaltación del progreso; frente a la historia –dice ella– que es “un triste testimonio de la regresión cultural de nuestros propios tiempos”. ¿Por qué? Porque algunos quieren una historia sin el Estado, una historia en donde ya no se haga caso de las leyes, de los parlamentos, que tanto importaron en la historia. A ella le parece que esto no es realmente progreso, que es una modificación que hace regresar la historia en vez de hacerla avanzar. Pero el punto central del libro está en otro párrafo que, gracias a la doctora Gisela von Wobeser aquí a mi lado, podrán escuchar leído bien en español, cuando está escrito en inglés, y dice así: “este mundo presente, éste que estamos viviendo, ¿qué títulos tiene para creer que es la cúspide de la humanidad?; tiene uno, que está vivo, y los otros ya murieron, eso es cierto. Los griegos, los romanos, los españoles, todos... Eso sí, estos últimos están todavía vivos y pueden hablar y escribir, ésa es la ventaja que tienen”. Y ella hace esta pregunta tremenda: “pero tú, mundo moderno, mundo actual, ¿quién eres para pretender ser el último peldaño de la historia; para pretender que te puedes erigir en juez de aquellas situaciones y personas y de todo lo que sucedió y tratarlos compasivamente porque vivieron antes...? Fíjense ustedes que eso la lleva a hacer la

pregunta: “¿Y tú, mundo actual, quién eres?” Y aquí da a continuación la respuesta, que es tal vez el nervio y la enseñanza fundamental de este libro. Claro que las ideas de ella no son únicas; ese modo de ver la historia existe en el mundo actual; junto a esa otra situación pretenciosa que dicta la ley a las gentes del pasado, hay otros modos de sentir la historia en el presente. Lo importante es que escuchen ustedes ese análisis que ella hace, ese ensayo de respuesta para quienes se han preguntado qué es este mundo de hoy, de fines del siglo XX.

Razona que las experiencias de esta centuria difícilmente nos permiten tener cualquier complacencia acerca del presente y menos aún del futuro. Una visión pesimista, incluso apocalíptica, conviene más naturalmente a una generación que ha aprendido con gran pena que los más impresionantes descubrimientos científicos pueden ser puestos al uso más destructivo; que la prosperidad material tiene a veces una relación inversa con la calidad de la vida; que una política social generosa puede crear tantos problemas como los que resuelve; que aun el más benigno de los gobiernos sucumbe bajo el peso muerto de su burocracia al mismo tiempo que los menos benignos son ingeniosos en inventar nuevos y horribles medios de tiranía; que las pasiones religiosas se exacerban en un mundo que es crecientemente secular y que las pasiones nacionales crecen en un mundo que es fatalmente interdependiente; que los países más avanzados y poderosos quedan prisioneros de un puñado de terroristas primitivos; que nuestros principios más queridos: libertad, igualdad, fraternidad, justicia, y aun la paz, han sido degradados y pervertidos de maneras que nuestros antepasados no hubieran imaginado jamás. En cada caso estamos confrontados con promesas destrozadas, con esperanzas oscurecidas, con dilemas irreconciliables, con buenas intenciones aniquiladas, con una elección entre males, con un mundo inclinado al desastre, y con los clichés familiares, que son todos verdaderos, y que parecen desmentir las ideas del progreso.

Ya ven ustedes que esta imagen del fin del siglo XX no puede decirse que sea benigna; por el contrario es crítica y lógicamente lleva a la gente a pensar que si nuestro mundo tiene tales dificultades, y las tiene a finales del siglo XX, debemos ser un poco más tolerantes, un poco más modestos cuando estamos viendo las otras épocas, las que hemos dejado atrás. Olvidemos sobre todo la soberbia, la creencia de que ya llegamos a la perfección del género humano —que somos los maestros, nosotros—, mientras todos los que nos antecedieron fueron aprendices que nada más prepararon nuestro mundo.

Ahora bien, yo creo —y esto he tenido que pensarlo bastante cuando se hizo un trabajo internacional grande en la UNESCO bajo la dirección del científico brasileño Paulo Carneiro sobre la historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad— que tampoco se puede decir que todo cae en

saco roto. No, eso no es cierto, las generaciones pasan, sufren, mueren, pero también dejan, o principios, o realidades, o aplicaciones de las ciencias que los que vienen después pueden tomar para su beneficio. Por eso la idea del progreso no es completamente equivocada y hay cierto mérito en reconocer también esos valores, esas realizaciones que el pasado nos deja y que hacen más fácil la vida actual. Yo acabo de tener un ejemplo: me decían “usted estudia y admira a esos religiosos del siglo XVI que hablaron de libertad, que lucharon por ella, pero tenían esclavos en su casa...” Pues bien, la esclavitud se vivía en el siglo XVI, era parte de la sociedad, y estos religiosos, cuando les llegaba el momento de morir, generalmente los liberaban en sus testamentos. Yo le contesté a mi interlocutor, “mire usted, ¿no piensa acaso que –como decían hace cien años– culpas son del tiempo y no de España? ¿No cree que hay formas en la vida que uno practica, a veces sin darse cuenta, y que luego otras gentes, de generaciones posteriores, nos van reprochar...?” Estimo que con esto ya se aclara un poco el tema que deseaba conversar con ustedes, que es esa manera, la mejor posible, de entablar el diálogo desde ahora, en las circunstancias en que vivimos, con las épocas del pasado. Pero sí debo decir (creo que aquí hay personas que han trabajado conmigo bastantes años y no pensarán que es una improvisación), que yo no soy un historiador proselitista; a mí me ha costado mucho trabajo, como artesano de la historia, acercarme a estos temas, encontrarlos, reflexionar sobre ellos. Sin embargo, yo no me creo poseedor de grandes verdades que vaya a transmitir y mucho menos voy a pedirles que las sigan, ésa jamás ha sido mi actitud.

Para hacer fructuoso el diálogo del que se ocupa el oficio del historiador hay que utilizar todos los elementos a nuestro alcance, los más válidos posibles, para salir de estas dificultades y problemas que nos plantea la historia; pero también, como ustedes lo han visto, el tiempo presente trae consigo sus limitaciones que son de considerar en cuanto influyen en ese diálogo con los tiempos pasados. Creo que esto es todo lo que tenía que decirles.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

EL HISTORIADOR FRENTE A LA HISTORIA
CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES

1991



HISTORIA POLÍTICA

ÁLVARO MATUTE*

I

La teoría y la práctica de la *nouvelle histoire française* proscibieron tres ramas de la historiografía tradicional: la política, la militar y la diplomática. Se trataba de historias de minorías, de personas, de protagonistas y no de multitudes, de masa, de mayorías. El siglo XX no podía ver con buenos ojos las historias de pocos, las historias de negociaciones o decisiones tomadas en mesas de discusión, aunque sus efectos alcanzaran a millones de seres. Practicar cualesquiera de esas tres ramas de la historiografía podía ser mal visto; hacerlo implicaba asumir un tradicionalismo o estar en la retaguardia. La larga duración se imponía sobre la historia *événementielle*. Y sin embargo...

No reprocho a los creadores de los *Annales* su reacción contra lo tradicional, sobre todo en la medida en que se llegó al abuso erudito, a la historia sin sentido, a sobredocumentar hechos baladíes, fuesen éstos de orden político, diplomático, militar o de cualquier otro tipo de género historiográfico. La reacción de los historiadores de los *Annales* era justificada; no obstante, no en todas las latitudes podía resultar sano prescindir de las historias política, militar y diplomática. Me refiero de manera principal a los países que no han resuelto su presente, no propiamente en el aspecto militar, que resulta ser el más coyuntural pero, sin lugar a dudas, en el ámbito político tanto interior como exterior. Es decir, mientras la relación entre el presente y el futuro políticos de un país no haya sido dilucidada, el escudriñar su pasado en esos renglones es necesario. Me refiero, por igual, a los ámbitos políticos interno y externo, en la medida en que muchos países no han esclarecido su situación política y pueden ser presas fáciles de las grandes potencias, hecho que podría modificar sustancialmente su situación interna. Entonces, conocer el pasado político propio es tarea inminente e imprescindible.

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Asumir lo anterior implica declararse partidario de considerar que la historia no es científica, al estar determinada por el presente. Si sólo debe interesar el pasado por el pasado mismo, todo aquello que le dictan el presente y el futuro a la conciencia del sujeto pertenecerá a la esfera de las ideologías y no a la del conocimiento puro. Sin embargo, a estas alturas de la historia, quién puede afirmar que no hay aunque sea una mínima dosis de ideología en todo producto humano hecho para ser comunicado, incluido, desde luego, el acto de escribir historia. Por cierto, la historia política puede ser más abiertamente ideológica que la que se preocupa en esclarecer cómo se vestía, qué comía o cómo hacía el amor la gente, o cuánto se cobraba de interés cuando se prestaba dinero, etcétera. Hay siempre factores ideológicos, de mayor o menor magnitud, cosa que el análisis historiográfico debe esclarecer. Hay ideología porque hay una persona llamada historiador detrás de lo escrito y la ideología es consustancial a todo sujeto.

El presente que lo determina puede provenir del Estado o de la sociedad civil, o de la relación entre ambas instancias. Es posible que el primero haya determinado un mayor número de producciones historiográficas que tienden a explicarlo y fortalecerlo, o incluso a debilitarlo o tratar de destruirlo. Sin embargo, también hay expresiones provenientes de la sociedad civil que acaban por enfrentarse al Estado. Si es éste el factor determinante, el historiador puede ser un intelectual orgánico a su servicio; si es la sociedad civil, es un intelectual sin más y su función es crítica.

Todo esto viene a colación por la necesidad de hacer historiografía política. Ciertamente, quien se ocupa de la historia política está interesado en el presente y en el futuro de su entorno; de ahí surge su inclinación por el pasado. Hace poco más de diez años Arnaldo Córdova expresó, no sin razón, que “la historia es maestra de la política”.¹ Puedo asegurar que quien examina con cuidado un aspecto político del pasado puede obtener una gran claridad para entender cuestiones o situaciones políticas del presente.

II

No quiero, sin embargo, bordar en el vacío. Creo que la historia de la historiografía contemporánea de México puede ser pródiga en ejemplos de lo que estoy afirmando. Voy a referirme, no sin incurrir en cierto maniqueísmo, a dos en particular: Daniel Cosío Villegas y Jesús Reyes Heróles.

En Historia, ¿para qué?, México, Siglo XXI, 1980, 245 p., p. 131-143.

Es público y notorio que cuando escribió Cosío Villegas su célebre ensayo *La crisis de México*² le hacía severos cuestionamientos al Estado, desde la perspectiva de la sociedad civil. Su condena al presente como traidor del pasado lo llevó, después de atender diversas opiniones, a querer conocer mejor el pasado. Uno de sus comentaristas, José Revueltas, señaló que Cosío no tenía en cuenta la historia.³ No sé si ese comentario fue el decisivo, pero el hecho es que en 1948 Cosío Villegas inició, en El Colegio de México, el Seminario de Historia Moderna de México, con el que se proponía elaborar una macrohistoria del porfiriato y la República restaurada, que contemplara los aspectos económico, social y político.⁴ Y en efecto, lo hizo. Durante más de veinte años, don Daniel, rebasando sus propias expectativas, produjo un monumento historiográfico dentro del cual él mismo recreó más de cuarenta años de vida política interior y exterior de México. Cosío Villegas logró hacer de sí mismo una interesante simbiosis de historiador y comentarista político. No es el primero, ni será el último, ya que la historiografía mexicana y la de otros países está llena de ejemplos como el que nos ocupa. ¿Cuántos participantes de la Revolución Mexicana se convirtieron en sus propios historiadores? ¿Cuántos escribieron la historia de la Revolución en diarios y después la recogieron en libros? El historiador político y el periodista están muy cerca uno del otro, a veces totalmente fundidos, de manera que cuesta trabajo hacer el deslinde. Me atrevo a decir que cuando se leen las páginas, sobre todo de los dos volúmenes de *El porfiriato. Vida política interior*, se tiene la impresión de estar leyendo los periódicos del día a través de uno más de los comentaristas políticos de entonces. El haber hecho esta lectura entre 1970 y 1971, cuando se dio un gran momento de Cosío Villegas en las páginas de *Excélsior*, permitía comparar esas dos dimensiones del hombre preocupado por el acontecer político presente y pretérito. Permitía conocer las reacciones de don Daniel frente a lo cotidiano de hoy y a lo cotidiano del porfiriato.⁵

Muchos colegas, sobre todo politólogos, se resistían a aceptarlo y tal vez a entenderlo. Para los más puristas, Cosío Villegas carecía de metodología. Para otros, sí la tenía pero era *voluntarista*, es decir, centraba su análisis en los carac-

² Aparecido por primera vez en *Cuadernos Americanos*, año VI, n. 6, marzo de 1947. Recogido por su autor en *Extremos de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 9-43.

³ José Revueltas en Stanley R. Ross, *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*, 2 v., México, Secretaría de Educación Pública, 1972 (SepSetentas, 21-22), v. I, p. 172-180.

⁴ Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980, 318 p., capítulos VII y VIII. Ver también Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*, México, El Colegio de México, 1990, 395 p. (*Jornadas*, 117), p. 291-311.

⁵ La producción periodística de entonces de Daniel Cosío Villegas está recogida en *Labor periodística*, México, Ediciones Era, 1972, 405 p.

teres individuales de los políticos. Creo no equivocarme si afirmo que se referían al Cosío del periódico, no al historiador, aunque, efectivamente, como buen liberal era personalista y voluntarista. Sin embargo, poseía el don especial para, con su gran experiencia, saber qué era lo que había que analizar. Cosío es un maestro indiscutible de la historiografía política en la medida en que, sin teoría explícita, no dejó fuera ninguna figura pública significativa, a saber, el presidente, los secretarios de Estado, los miembros de las cámaras, los gobernadores, los periodistas, en fin, todos aquellos que están en la toma de decisiones, que ejercen el poder, que tienen algo que decir. Acaso víctima de su método reconstructivo y de la ausencia de fuentes primarias confiables, no incluyó en su análisis a interlocutores de alto rango del poder, cual fue el caso de los dignatarios de la Iglesia católica, *id est* monseñores Gillow y Mora del Río *et al.* Sin embargo, quien quiera adentrarse en lo que es el mundo del poder público, debe leer las casi dos mil páginas de los últimos tomos de la *Historia moderna de México*. No se arrepentirá. Son una lección de análisis y reconstrucción política. Son también una expresión a la vez comprensiva y contestataria de lo que sucedió en el porfiriato. Todo a partir de un eje, que es el propio Porfirio Díaz. De ahí que, cuando comentaba lo que sucedía al final del sexenio de Díaz Ordaz y durante el de Echeverría, lo tuviera siempre en la mira, porque el sistema político mexicano es presidencialista y, si se prescinde de la persona que ejerce el poder, no se entiende. Es imposible comprenderlo a partir sólo de elementos estructurales. La psichistoria hace mucha falta.

Es fácil suponer que al final de su vida Cosío Villegas quedara satisfecho de haber logrado la comprensión del sistema político mexicano mediante la reconstrucción de la política porfirista. Ésta le dio el perfecto marco de referencia para obtener, desde lo casuístico, la gran estructura. A partir de un análisis empírico exhaustivo es posible llegar a la construcción de un modelo. No es la ciencia política la que determina un modelo para ser llenado por la historiografía, sino a la inversa, es la reconstrucción historiográfica la que permite la elaboración del modelo. Si alguien quiere “cientifizar” el porfiriato o alcanzar una abstracción aun mayor, allí está el material empírico que le puede servir de punto de partida. Si trata de hacer las cosas al revés, puedo asegurar que no van a funcionar. Se debe llegar a la abstracción; difícilmente es posible partir de ella. Finalmente, es la realidad la que propone sus modelos. Y por cierto, a ese británico que fue don Daniel nunca le interesó la abstracción, ni le hizo falta. Claro está que el abuso de lo casuístico puede llevar al investigador al solipsismo, si se queda solamente en ello, es decir, en el caso aislado. Esa concreción puede resultar aun más abstracta que cualquier modelo teórico. En realidad, todo depende de las preguntas que se le hacen al

pasado y/o al presente. Si se reconstruye sin interrogaciones, la respuesta no tiene sentido, porque no existe. Si se comienza con preguntas ajenas, abstractas, tampoco se llega a las respuestas, porque no se sabe cómo buscarlas. Simplemente, no se encuentran. Cosío Villegas perteneció a esa estirpe de hombres políticos que descubrieron en la historia el surtidor de respuestas, así como en el siglo XIX lo hicieron Mora, Zavala y Alamán.

Anuncié antes que trataría el caso de Jesús Reyes Heróles. Es interesante contrastarlo con el de Cosío Villegas. Lo es porque en Reyes Heróles encontramos a un magnífico ejemplar de intelectual orgánico. Tal vez el mejor que produjo el siglo XX mexicano. Hombre político, destacó como estudioso del liberalismo mexicano. Más que historiador de la política fue historiador del pensamiento político. Esto es diferente. Si mi esquema funciona y a Cosío lo impulsa la sociedad civil y, por ello, analiza el comportamiento de los políticos, a Reyes Heróles lo motiva el Estado y por eso se interesa en explicar el pensamiento político de los individuos. No es lo mismo hacer que pensar, porque a veces el pensamiento enmascara la acción, la justifica, la ideologiza, en suma. Para el Estado mexicano era vital reconstruir sus tradiciones, aquello que lo sustenta. Reyes Heróles lo encontró en el liberalismo y particularmente en lo que estableció como liberalismo social, es decir, un liberalismo que se aparta de los modelos europeo y norteamericano y que se adapta a la circunstancia mexicana, que no podía tener un pensamiento político calcado de fuera sino uno matizado por sus peculiaridades. La realidad social mexicana no podía darse el lujo de tener un *laissez faire* absoluto, más bien debían imponérsele limitaciones aunque sin perder de vista la libertad de acción. No pretendo reducir a fórmulas breves un texto de la riqueza y complejidad de *El liberalismo mexicano*.⁶ Se trata de una obra que ofrece dificultades por lo complejo de su arquitectónica, sobre todo en el volumen segundo, y por su tesis de la continuidad del liberalismo de 1857 en la Revolución Mexicana, que omite de su análisis el periodo del porfiriato cuando el liberalismo coexistió con el positivismo y tuvo una metamorfosis fundamental, que no puede ser preterida como si este periodo fuese un abismo entre Reforma y Revolución. Eso es historia oficial y, por consiguiente, no es verdad científica. Las tesis de Reyes Heróles están dirigidas a sustentar la ideología del Estado mexicano. No quiero, con esto, descalificarlo, sino expresar la diferencia sustancial que existe entre su obra y la de Cosío Villegas. Ambas hacían falta. El Estado requiere de elementos ideológicos para sustentarse; la sociedad civil necesita de elementos analíticos para ponerle límites a la acción del Estado. Tal vez, si no

⁶Para una excelente crítica de *El liberalismo mexicano*, véase la reseña de Charles A. Hale "Examen de libros", en *Historia mexicana*, v. XII, n. 3 (47), enero-marzo de 1963, p. 457-463.

se rompe el equilibrio, la relación es armónica, hasta donde esto sea posible; si no, la “dictadura perfecta” a que hizo referencia Mario Vargas Llosa deja de tener el calificativo y se queda con el sustantivo a secas, con el consiguiente deterioro de la sociedad civil.

Así como es necesario conocer la reconstrucción de la acción política en un amplio momento histórico, según lo hizo Cosío, es menester conocer también la que realizó Reyes Heróles, acerca de cómo se fue construyendo e integrando una serie de pensamientos que a la postre conforman una ideología sustentante. “La integración de las ideas”, como él llama a su proceso, es clave para captar cómo ve un ideólogo del Estado la herencia que éste recibe del pasado y cómo la amalgama consigo mismo, de acuerdo con su propio devenir.

Daniel Cosío Villegas y Jesús Reyes Heróles, aun cuando miembros de generaciones distintas, tienen en común el hecho de haberse acercado a la escritura de la historia por necesidades semejantes, aunque impulsados por motivos diferentes. Ninguno de los dos había tenido, antes de serlo, la formación de un historiador profesional. Lo que quiero dejar bien claro es que se hicieron historiadores porque experimentaron la necesidad de escribir historia, no porque antes de enfrentarse a esa posibilidad hayan querido ser historiadores de lo que sea. Dicho en pocas palabras, ninguno de los dos estudió historia. Con ello se convirtieron en eslabones de una larga cadena de historiadores pragmáticos, que por razones vitales investigan y escriben, pero que su actividad original había sido otra, en particular la política. Eslabones, pues, de una cadena que en el México independiente se remonta a los citados Mora, Zavala y Alamán, y que en la Revolución Mexicana tiene numerosos ejemplos. Y después de Cosío y Reyes ¿qué pasa? Que ellos son puentes entre el pragmatismo político historiográfico y la práctica de la historiografía en instituciones académicas. De hecho, ellos ya escriben desde dentro de instituciones, acceden a lo académico por ser éste el espacio *ad hoc* para poder realizar su propósito, pero no son académicos permanentes, sino que entran y salen de la academia según las circunstancias. Siempre conjugan la historia con la acción,⁷ dentro del Estado o en el periodismo político, y cuando es necesario retornan a la academia. Para concluir esta parte, se puede parafrasear a Arnaldo Córdova expresando que, en su caso, la política es maestra de la historia.

⁷ Reyes Heróles, “La historia y la acción”, en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 202 p. (SepSetentas 126), p. 173-198.

III

¿Pero qué sucede con las nuevas generaciones? ¿Hay alguien que desde afuera, es decir, desde la sociedad civil o desde el Estado pueda arribar a la academia con buen éxito? En principio no habría ni que dudarlo, ni restringir el derecho que existe de hacerlo. Pero hay que tener en cuenta la sofisticación que la propia academia ha establecido, no para que los de fuera no puedan llegar a ella, sino para cumplir con los requisitos fundamentales de elaborar productos de validez científica, aunque exista el infranqueable factor ideológico.

Por otra parte, pese a la *nouvelle histoire*, a miembros más jóvenes de la academia no les debe estar vedado el investigar la política, aunque carezcan de experiencia política. Es decir, sus conocimientos no son empíricos sino teóricos, esto es, adquiridos en las lecturas. Aquí entran en funciones las teorías y el conocimiento historiográfico de diferentes realidades, tanto actuantes como acontecidas, de manera inmediata o lejana, en tiempo y espacio, que ayudan a explicar realidades igualmente pasadas o presentes, propias o ajenas.

Hay una interesante novedad producida en el medio mexicano, aunque no es exclusiva de él, y es la operación inversa que se ha dado entre el quehacer político y el intelectual. Si bien lo clásico era esperar que fuera el político quien rompiera el silencio y se convirtiera en historiador, en los dos últimos decenios, varios académicos—historiadores— e han convertido en políticos, sin abandonar del todo el quehacer intelectual. El ya varias veces citado Arnaldo Córdova ha sido diputado federal. Lorenzo Meyer ejerce una labor periodística muy encomiable y su influencia en la opinión pública es notoria. Enrique Krauze y Héctor Aguilar Camín cuentan con órgano, de expresión muy tomados en cuenta por la clientela de los dos ámbitos, esto es, del Estado y de la sociedad civil. Incluso es muy sintomático que Krauze haya declarado alguna vez su politización, dejando atrás el purismo que pretendía en su polémica con Enrique Florescano y con varios de los autores de *Historia ¿para qué?*⁸

Esta situación ha puesto de manifiesto que tanto historiadores como politólogos han ido conquistando un espacio como personajes que influyen en el poder y, por consiguiente, de acuerdo con Weber, ejercen una *vocación política*, aunque en principio sus armas son las que utiliza la crítica, como diría Marx. No me refiero al intelectual que abandona su quehacer para insertarse en la administración pública, sino de quien usa sus conocimientos, no sólo para establecer una verdad sino para influir con ella en la toma de decisiones funda-

⁸ Enrique Krauze, *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1983, 194 p., p. 15-38. Hizo la autorrectificación en una entrevista a Roberto Vallarino en *Uno más uno*. No tengo la fecha.

mentales. Es un cambio cualitativo de interés con respecto al siglo XIX, en el cual no había espacios académicos y el intelectual-político usaba el libro y el artículo para seguir haciendo política.

En este punto cabe destacar que uno de los temas más frecuentes de la historiografía política mexicana contemporánea, así como de la ciencia política, es el Estado. No es que los mexicanos hayamos incurrido, como sugiere Alan Knight, en una “estatolatría”; no somos adoradores del Estado, sino que la magnitud del Estado mexicano, pese a su disminución económica actual, es enorme y por ello toda referencia histórico-política lo incluye. Es difícil no incurrir en la historia del Estado, ya que éste ha acaparado muchas funciones que la sociedad civil no ha asumido. Es de esperarse que en los próximos años, y dada la abundancia de textos sobre el Estado mexicano, comiencen a aparecer otros sujetos histórico-políticos como tema de investigación, de manera que la débil sociedad civil sea conocida en su formación histórica.

Si bien la historiografía política siempre pecó de una fuerte dosis de empirismo, no todo surgió de ahí. Hace más o menos un par de decenios, Moisés González Navarro, historiador formado en la sociología, acudió a la sabiduría weberiana para explicarse y explicar realidades histórico-políticas mexicanas. Es particularmente interesante la aportación al conocimiento de la distinción entre caudillismo y cacicazgo, en la obra de su discípulo Fernando Díaz Díaz.⁹ Como puede advertirse, antes de anunciar que se tratará de cotejar a Antonio López de Santa Anna con Juan Álvarez lo cual podía haber dado lugar a dos biografías casuísticas, se procura entender a dos figuras históricas a partir de una conceptualización llena de significado, que hace referencia a diferentes tipos de dominio en realidades sociales concretas. La aportación de González Navarro y de Díaz al conocimiento histórico-político es doble, en la medida en que Santa Anna tipifica a un caudillo y Álvarez a un cacique y esto ayuda, de manera muy efectiva, a conocer mejor la realidad política del siglo XIX y a entender las circunstancias concretas de los dos personajes, más allá de su simple descripción. Antes bien, está presente la fusión de las conductas y acciones políticas con la explicación, si se quiere científica, de esas realidades encarnadas por el caudillo y el cacique. Y no sólo eso. Además de iluminar sobre dos personajes y situaciones concretos, se abre el panorama para conocer cómo funcionaban, en otras épocas, los mecanismos de poder, de dominación carismática, por ejemplo, de Porfirio Díaz frente a un Álvarez de la Cadena, o de Álvaro Obregón frente a un José María Sánchez.

⁹ Fernando Díaz Díaz, *Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*, México, El Colegio de México, 1972, 354 p.

Además de hacer públicos mi entusiasmo y adhesión a este tipo de historiografía de apoyo sociológico weberiano, creo importante consignar que su aportación significa un paso serio hacia adelante por lo que toca a un conocimiento profundo de la sociedad mexicana en sus expresiones de poder. La historiografía política se enriquece en la medida en que los rasgos típicos de dominación, que se manifiestan en algunos prototipos políticos, ayudan a establecer continuidades y rupturas, progresos y retrocesos y, en suma, a enriquecer el análisis de la realidad política en diferentes tiempos y espacios. (Entre paréntesis debo señalar que, para mí, caudillismo y cacicazgo no son formas pretéritas de dominación política, ni tampoco que el caudillismo sea necesariamente una forma retardatoria, pero ése es otro asunto.)

Se trata de una historiografía interdisciplinaria muy saludable. Si bien siempre he sido partidario del deslinde entre lo que es y lo que no es historiografía, deslinde que me parece fundamental, esto no es contradictorio con estar abierto hacia la colaboración entre dos o más disciplinas. Creo que la historia tiene por objeto establecer cómo sucedieron las cosas; la sociología, explicar cómo sucedieron, desde la sociedad, y la ciencia política mostrar las relaciones y mecanismos del poder y su entorno. La amalgama de los tres elementos, dentro de una buena narrativa, puede resultar muy esclarecedora, como lo ha sido en otras obras del propio Moisés González Navarro, por ejemplo, su *Anatomía del poder en México (1848-1853)*.¹⁰ Durante los últimos veinte años, de hecho, ha habido un interesante intercambio entre estudiosos de uno y otro campo, gracias al interés por el estudio del pasado de sociólogos y politólogos que han devenido historiadores, así como el de uno que otro historiador que se interesa por el presente/futuro.

Aparte de la tipología política, hay otro sector de interés en la historiografía política contemporánea –por lo menos de interés para mí, claro está– y es el constituido por las aportaciones de la prosopografía. Esta palabra rimbombante puede significar algo tan simple como biografía colectiva o también algo tan conceptual como análisis múltiple de línea de curso.¹¹

No es propiamente un “último grito de la moda”, porque, sin pedanterías ni nada semejante, Luis González la ha practicado en nuestro medio de manera eficaz, lo mismo que politólogos que han escudriñado el pasado como Peter Smith y Roderic Ai Camp e historiadores como François-Xavier Guerra y Richard Sinkin, entre otros. La prosopografía es una metodología y a la vez práctica de análisis de enorme utilidad para el campo político, ya que tiene

¹⁰ Moisés González Navarro, *Anatomía del poder en México*, México, El Colegio de México, 1977, 498 p.

¹¹ Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 289 p., p. 61-94.

como fin el conocimiento de las relaciones que los grupos políticos establecen entre sí, ofreciendo la posibilidad de explicar la acción de los grupos políticos, de acuerdo con sus orígenes sociales y su proceso formativo. En las obras de algunos de los autores mencionados se puede ver con claridad cómo opera el mundo de las relaciones políticas, ya se trate de casos de herencia, de compadrazgo, de generación, de regionalismo, etcétera. La prosopografía es un instrumento muy valioso para estudiar a los políticos de todos los tiempos, que estén unidos por situaciones externas, como la composición de un congreso, por ejemplo, o también para desentrañar relaciones que se intuían pero no se tenían muy claras acerca de la integración de un gobierno. Asimismo, funciona para conocer las raíces de una generación, sus nexos escolares, su proceso formativo, entre otros aspectos. Creo que en particular los libros recientes de Camp y el muy celebrado de Smith son muestras fehacientes de los alcances de esta metodología.

La historia política de México tiene como temas fundamentales los siglos XIX y XX. Al menos aparentemente, ya que se han producido trabajos que abarcan la totalidad de los tiempos mexicanos, desde la etapa prehispánica, sobre la cual Alfredo López Austin nos ha iluminado con libros y artículos; la colonial, acerca de la que, no hace muchos años, un grupo del Instituto de Investigaciones Históricas, bajo la guía magistral de Woodrow Borah, publicó un texto importante sobre el gobierno provincial. Pero los siglos XIX y XX son el campo de su predilección. En los últimos años, una tónica, si no preponderante al menos muy significativa, es la que ha tratado de establecer las relaciones entre los grupos oligárquicos y el poder o, expresado de otra manera, de desenmascarar a las oligarquías y explicar cómo los prestamistas, más que los burócratas y militares, eran quienes detentaban el poder.¹² Esta llamada de atención es pertinente porque, de manera tradicional, el inmediatismo, o sea la tendencia a sólo ocuparse de los tiempos más recientes, había dominado la historiografía política, produciendo desdén por los tiempos más remotos. Y aquí puede estar el punto de unión entre lo que destacué al principio y el avance de la historiografía política en México, que no es otra cosa que la recuperación del tema político por la historiografía, ventilada por los aires de los *Annales*. De los que he mencionado como temas que se investigan ahora, no hay ninguno que pudiera ser rechazado como historia *événementielle*, es decir, de hechos menudos, aislados y únicos, sino que se trata de una historia de relaciones; si bien le hace falta tender puentes que iluminen trayectorias

¹² En ese sentido van los trabajos de Bárbara Tenenbaum, por ejemplo, *México en la época de los agiotistas, 1821-1857*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 235 p., y los de Leonor Ludlow, entre otros investigadores.



de gran longitud, ya hay avances que permitirán el establecimiento de conductas políticas tradicionales y modernas, por ejemplo, a través del estudio de fenómenos como el cacicazgo, que ha llamado la atención de sociólogos, historiadores, antropólogos y politólogos.

Además está el compromiso. El interés vivo por la acción política que nos abarca a todos. En el conocimiento de su historia pueden encontrarse claves para incidir sobre la modificación de nuestra realidad. Es muy difícil ser aséptico en esta especialidad. El viejo pragmatismo político, pese a la academización de nuestro trabajo, sigue ahí. Ciertamente, muchos somos observadores de momentos del pasado o de periodos de larga duración a los que dedicamos nuestros esfuerzos de investigación, y con respecto a la actualidad no somos ni burócratas ni ideólogos de partido. Aspiramos a ser ciudadanos y, por ello, no perdemos de vista nuestro propio acontecer. En historiografía política no es posible abstraerse del presente aunque no nos dediquemos profesionalmente a escudriñarlo. Pero aunque no entendamos lo que pasa, ni tengamos claves para esclarecer nuestra realidad circundante, es pecaminoso no tratar de entenderla, no seguirla, no sentirse involucrado en ella, no saber que las decisiones de pocos afectan a muchos, y entre esos muchos, a nosotros. Nuestra conciencia de historiadores nos obliga al diálogo del presente con el pasado, con cualquier momento del pasado. Si eso no ocurre es que no hay ni ciudadano ni historiador.



HISTORIA CUANTITATIVA

HORACIO CRESPO

La llamada “historia cuantitativa” es la materia de esta reflexión; materia cuyos alcance y terreno propios, su vocación y sus límites, suscitan alguna inquietud, en tanto que no se define por un objeto. En su misma designación está presente la referencia a un método, lo cual ha suscitado cierto escándalo –felizmente ya amortiguado con la legitimidad otorgada por varias décadas de trabajo y resultados– entre los cultores de Clío quienes categorizan la historia en hechos únicos, irrepetibles, o dicho de otra manera, esencialmente *cuantitativos*, sin posibilidad de cuantificación.

Se trata, primero, de mostrar cómo el desarrollo de nuevas postulaciones teóricas en la historiografía posibilitó su aparición, en ese momento pleno de cuestionamientos y dudas que siguió a la Primera Guerra Mundial. Momento signado, en lo que hace a nuestra disciplina, por el desmoronamiento de las certidumbres que proporcionaban el idealismo historicista y el positivismo, y por el crecimiento y maduración de las posiciones críticas que –si no las únicas, las más radicales y finalmente productivas– tuvieron su punto de expresión más coherente e influyente en la revista *Annales*, fundada por Lucien Febvre y Marc Bloch en 1929.

A comienzos del siglo XX, una suerte de compromiso –por lo demás, característico de la época– se había establecido, en términos del cual los historiadores adherían a la teoría “idealista”, con su distinción tajante entre historia y ciencia, y su confianza en la intuición como el arma última con la que el historiador podía “hacer hablar al pasado”. Mientras, en la práctica, esos mismos historiadores fundaban su método sobre el postulado fundamental de la escuela positivista, que colocaba a la investigación histórica frente a dos objetivos principales: uno, el descubrimiento de “hechos nuevos”, precisos y verificables, ya que estaban persuadidos como J. B. Bury –el sucesor de Lord Acton en Cambridge– de que “una reunión completa de los menores hechos de la historia humana finalmente dará sus frutos”, y el otro la eliminación del error respecto de esos mismos “hechos” a través del ejercicio metódico de la “crítica histórica”. Puente tendido sabiamente entre Ranke y Comte

por Lord Acton, quien en la presentación de esa pretendida *summa* del conocimiento histórico que era la *Cambridge Modern History* pronosticaba en 1902 que esa obra, edificada sobre tal contubernio, sería “el mapa y la brújula del siglo por venir”. Como a toda grandilocuencia apodíctica, los opacos hechos se encargaron de darle un mentís.

A la insatisfacción producida por la fatal caída en el círculo vicioso del subjetivismo y el relativismo, excluyentes de toda noción de verdad objetiva, y propios del idealismo historicista, con la consiguiente exclusión de los historiadores de la preocupación por las grandes cuestiones teóricas que agitaban la época, se sumaron la creciente pasión pedantesca por el detalle desprovisto de toda significación, el descriptivismo rampón y la obsesión por el hallazgo de causalidades cada vez más mecanicistas. Esto hizo que la historia como disciplina fuera naufragando en mediocridad y desprestigio cada vez más acentuados: sin negar las grandes obras de los maestros del siglo XIX, su herencia asfixiaba y cerraba todo horizonte a la investigación creativa.

Por otra parte —y esto fue analizado y reconocido por Febvre en distintas oportunidades—, el profundo cambio del clima espiritual general espoleado por la inmensa revolución en la física y en otras ciencias naturales; la renovación que supuso la teoría de la relatividad; la bancarrota del mecanicismo; el ascendente, difuso pero profundo, del intuicionismo vitalista de Bergson, fueron creando un marco dinámico en el que fue imposible la sobrevivencia del híbrido historicismo positivista. La historia también se aprestó a vivir su propia revolución copernicana y a reformular epistemológica y metódicamente sus condiciones de cientificidad. La sólida tarea de Henri Berr y su escuela de síntesis histórica en Francia, la reacción sociologizante basada en el pragmatismo de algunos historiadores estadounidenses, el aumento de la influencia del marxismo, el avance de algunas jóvenes ciencias del hombre y, finalmente, el fecundo y decisivo trabajo de los *Annales*, constituyeron los afluentes autónomos pero vigorosos de la “nueva historia”.

¿Cuáles fueron, en síntesis apretada, las propuestas elaboradas por los *Annales* y compartidas por un número creciente de historiadores, en Francia y en otros países? En primer lugar, un giro capital en la raíz epistemológica del quehacer historiográfico. En palabras de Lucien Febvre: “No existe el Pasado, ese hecho dado —el Pasado—, esa colección de cadáveres de la que el historiador tendría por función encontrar todos los ejemplares para poder fotografíarlos e identificarlos uno a uno. No existe el Pasado que engendra al historiador. Existe el historiador que hace nacer la historia” (L. Febvre, Introducción a Ch. Morazé, *Trois essais sur histoire et culture*, 1948, p. VIII). El historiador deja de ser el escriba pasivo de los acontecimientos pretéritos, el *medium* a través del cual se expresa el legado secular de la humanidad, y se

convierte en un interrogador comprometido con las causas del presente, que construye problemáticas y diseña hipótesis. “Un documento, repetía Marc Bloch, es un testigo, pero los testigos raramente hablan sin que se les pregunte... Desde el momento en que nos proponemos obligarles a hablar, aun contra su gusto, se impone un cuestionario. Tal es, en efecto, la primera necesidad de toda búsqueda histórica bien llevada” (M. Bloch, *Introducción a la historia*, p. 54).

Pero junto con este cambio radical de actitud respecto a la posición del historiador frente a su materia, la materia misma se ensancha prodigiosamente. Los límites que impone el documento escrito deben ser sobrepasados; deben aprovecharse todos los testimonios de la actividad humana: lenguajes, signos, formas del paisaje, sistemas de reparto de tierras, técnicas, joyas y utensilios, juegos, fiestas. Y la amplitud de las fuentes se corresponde con el cambio de vocación de la disciplina entera: ya no sólo historia política, historia de los grandes acontecimientos, historia de la evolución del estado, sino una historia abarcadora de multiplicidad de fenómenos y procesos, camino hacia la historia *total*, en la que todo lo que pertenezca al dominio humano cabe dentro de los límites de lo historizable. Ampliación de los problemas, democratización –valga la licencia– de los objetos de estudio, imaginación metodológica, ésa es la gran tradición de los *Annales* que ha informado a seis décadas de logros historiográficos fundamentales.

Imaginación metodológica. Éste es un rasgo esencial. Si los *Annales* comparte con Henri Berr la crítica rigurosa al historicismo positivista y la refundación epistemológica de la historia, lo verdaderamente original de la empresa de los primeros fue el caudal de novedades metodológicas que inspiró y el ímpetu con que éstas fueron promovidas. Incluso sería difícil señalar una adscripción teórica cerrada tanto para Febvre, como para Bloch: en realidad, fueron mostrando la historia que proponían en la práctica, en sus obras y en la de los allegados, en sus críticas, comentarios y reseñas, en sus indicaciones de fuentes y archivos, en la amplitud temática de la revista. En sus páginas, desde el *Lutero*, de Febvre, aparecido en 1928; *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, de Bloch, en 1931; *La sociedad feudal*, del mismo, en 1939; el *Rabelais*, de Febvre en 1943; la fundamental obra póstuma de Marc Bloch, *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'historien*, aparecida en 1949, el mismo año en el que Braudel publicó su *Mediterráneo*, durante dos décadas de trabajo fecundo –a pesar de la guerra y de la trágica y heroica muerte de Marc Bloch en 1944–, se construyeron los pilares que consolidaron la nueva escuela histórica francesa.

La renovación metodológica se vio impulsada también por la estrecha relación planteada con el conjunto de las ciencias sociales y humanas: con la geografía –disciplina formadora de Febvre y en la que destaca la gran influencia de Vidal de la Blache–, la psicología social, la antropología, la sociología,

la arqueología, la economía. Préstamos interdisciplinarios, mutuos aprendizajes, trabajos colectivos formaron parte del programa de acción que se concretó, a partir de 1947, en la VI Sección (Ciencias Económicas y Sociales) de la Escuela Práctica de Altos Estudios en París dirigida por Fernand Braudel. Por la amplitud de sus temáticas y la fluidez experimental de sus métodos, en este programa se reflejó toda la potencialidad de la renovación historiográfica. Y aquí fue donde el desarrollo de la historia cuantitativa tuvo su principal soporte y escenario.

Aunque pueden rastrearse otros antecedentes, más en la forma que en la esencia, como podrían ser las obras de Took, Rogers y D'Avenel sobre precios en Inglaterra y Francia, la historia cuantitativa es deudora, en la base de su posibilidad misma, del fermento teórico y de la acción práctica de los *Annales*. Sin embargo, ni Febvre ni Bloch, los “padres fundadores”, fueron historiadores cuantitativos. El impulso hacia el número provino de otro sociólogo, economista e historiador estrechamente ligado, hacia el final de su vida, a los *Annales*, François Simiand, y de la obra de su discípulo Ernest Labrousse. Su primer libro, *Esquisse de l'histoire des prix au XVIIIe. siècle*, aparecido en 1933, estableció un modelo de historia cuantitativa, pleno de rigor y sustancia. Su siguiente libro, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, de 1943, tuvo una inmensa repercusión y promovió que muchos historiadores jóvenes se volcaran, a partir de 1945, a la investigación cuantitativa, desbordando inclusive los marcos de la historia económica que le diera nacimiento. La historia cuantitativa –y vale la pena disipar el malentendido– no es sinónimo de historia económica, aunque sea en este sector del conocimiento histórico donde nació y donde sus aplicaciones prácticas se hayan extendido más, quizás con mayores resultados.

La historia económica es un método, una forma de ordenamiento y utilización de los datos históricos, una exigencia de rigor en el planteamiento del objeto, las hipótesis y sus comprobaciones. Su campo de trabajo es extenso y abarca prácticamente todos los terrenos en los que las posibilidades de medición no estén radicalmente excluidas por el objeto mismo de posible investigación.

Las fuentes de la historia cuantitativa son de varios tipos y es en relación a ellas que se establece el primer conjunto importante de problemas para la disciplina. Una elemental clasificación puede desglosarlas en dos grandes grupos: fuentes organizadas numéricamente de manera expresa y deliberada, y fuentes susceptibles de dicha organización pero que en su presentación original no lo están.

Las primeras, por lo general de origen institucional, se clasifican a su vez en dos tipos, por sus características concretas y formas de utilización crítica. Unas fueron el resultado de una finalidad utilitaria inmediata; entre ellas

están los padrones, censos fiscales y militares, relaciones de precios de mercado, estado y evaluación de las cosechas, informes sobre las más diversas materias o actividades, etcétera; carecen de orden sistemático, y su información es muy susceptible de acusar sesgos marcados, tanto por sus objetivos expresos como por las condiciones de su producción. Este tipo de fuente numérica caracteriza al periodo pre-estadístico aunque, obviamente, puede existir en el periodo estadístico, es decir aquel en que ya hay recopilación orgánica de datos numéricos, levantados sistemáticamente, dirigidos hacia un asunto específico, con determinada periodicidad, con homogeneidad; en suma, con metodologías, científica y técnica, adecuadas. Las otras, el segundo tipo de fuentes conocido bajo la designación de *estadística*, surgen directamente relacionadas con el estado moderno –desde las centralizadas monarquías absolutistas–, y sus necesidades crecientes de información para la planeación, control y conocimiento racional de su actividad y de la sociedad sobre la que ejerce su poder. Además, el desarrollo económico capitalista produjo una expansión necesaria del conocimiento estadístico, muchas veces generado por empresas o grupos privados de la más diversa índole.

El segundo grupo de fuentes está constituido por aquellos conjuntos documentales relativos a fenómenos individuales reproducidos en una escala masiva: registros demográficos civiles, registros parroquiales, actas jurídicas y notariales, protocolos de hipotecas, declaraciones de impuestos, transacciones diversas con tierras o propiedades raíces, registros comerciales, de precios, de transportes, inventarios, contabilidades, documentos de autoridades educativas, de profesores y alumnos, de autoridades militares, etcétera. La elaboración estadística de estos materiales es posible por su carácter repetitivo y por sus rasgos comunes que permiten homogeneizar la información para que sea seriada y utilizada sistemáticamente. Estas segundas fuentes son el objeto privilegiado de la actividad de investigación de la historia cuantitativa.

La organización numérica serial de fuentes documentales requiere de varios pasos que permiten la apreciación crítica de las mismas y de su potencialidad informativa, así como la selección de las técnicas más adecuadas para su completa estructuración y utilización. Deben ser analizados la naturaleza y el origen de la masa documental para evaluar el sentido y escala de los sesgamientos que pudieran presentarse. También es necesario determinar la representatividad del material, siempre cuestionada por las destrucciones “ciegas” producto de los azares del paso del tiempo y, mucho más grave, en ciertas oportunidades por el carácter mismo de la información. Debe ser tenido en cuenta el tipo intrínseco de los datos, y su posibilidad de estandarizarse para que resulte una masa homogénea sujeta a los análisis posteriores. Muchas veces se desconocen las circunstancias que intervinieron en una anotación

concreta, por ejemplo, el tipo de transacción comercial que arroja un precio, y esto genera dificultades de interpretación o un amplio campo de incertidumbre que pone en peligro la confiabilidad de la serie.

La resolución concreta de estos problemas anunciados en forma muy general es inherente y específica de cada investigación estadístico-histórica y debe ser abordada en el marco casuístico del trabajo emprendido, atendiendo a todos los lineamientos y precauciones que forman el bagaje básico para el tratamiento de fuentes cuantitativas. La delicada cuestión de las pesas y medidas, de las unidades de cuenta, de las monedas utilizadas y su valor, de las modificaciones de las tasas impositivas, etcétera, también debe enfrentarse de forma ajustada y precisa –y para ello un cierto arsenal de erudición es imprescindible– para que no resulten inservibles grandes esfuerzos de investigación y recopilación previos. La añeja preocupación metodológica de la crítica de las fuentes –tan cara a los historiadores tradicionales, desde los epigrafistas a Ranke– reaparece así metamorfoseada en una técnica más o menos compleja de selección, admisión y ordenamiento de datos en una serie de unidades homogéneas y, por lo tanto, comparables, en un *continuum* cuya diacronía, precisamente, los introduce en la temporalidad histórica.

La construcción de una serie cuantitativa reposa sobre una base epistemológica, que radicaliza el cambio de actitud de los historiadores al que ya nos hemos referido anteriormente. El documento que aparecía como testigo insoslayable de un acontecimiento único y distinto, el “hecho” histórico –soporte del historicismo positivista– inscrito en una cronología preestablecida fundada sobre la legitimidad que otorgaba la preeminencia de lo político –y dentro de ésta, el orden secuencial del Estado y sus avatares–, se convierte entonces en un dato que vale en función de su naturaleza repetitiva, y es comparable, a través de la unidad-tiempo establecida, por la coherencia interna de la misma serie a la que pertenece. Es el valor relativo respecto del conjunto lo que otorga significación al documento, y no su supuesta relación íntima con lo real-acontecido en el pasado.

Ya no es el documento el que establece las reglas del juego frente a un usuario pasivo extasiado por su revelación: “Dejar que el documento, y sólo el documento, hable”, esa máxima que, desde Ranke, era la regla cardinal del buen *métier*. Por el contrario, son las preguntas que el historiador plantea desde su problemática y sus hipótesis las que dirigen la búsqueda y orientan la selección del material. No queda espacio para la visión ingenua que confunde el vestigio documental –del orden que éste fuera– con la materia del pasado. El producto intelectual de la investigación histórica no es una suerte de resurrección de los tiempos pretéritos, sino una construcción científica estructurada sobre una teoría, un problema, hipótesis y demostraciones rigurosas.

La materia no es el pasado; éste no existe. Son sus vestigios suerte de cantera documental aprovechable para hacer luz sobre determinados problemas que se plantean en nuestro tiempo presente. De esta formulación se pasa a la construcción de modelos explicativos que deben ser sucesivamente probados, confrontados con las pruebas documentales, corregidos y vueltos a reelaborar; en historia cuantitativa se diseña el paso lógico para la operación científica. Ecos de aquella apasionada crítica de Febvre a Louis Halphen, arremetiendo contra los jirones –todavía hoy no del todo desechados– de las seguridades positivistas:

Porque, en fin, los hechos... ¿A qué se llama los hechos? ¿Qué hay detrás de la palabrita “hecho”? ¿Pensáis que los hechos están dados en la historia como realidades sustanciales que el tiempo ha enterrado más o menos profundamente, y que se trata de desenterrar, limpiar y presentarlos bellamente iluminados a los contemporáneos? O se trata de una repetición por su cuenta de la frase de Berthelot ensalzando la química inmediatamente después de sus primeros triunfos –la química, *su* química, la única entre todas las ciencias, decía orgullosamente, que *fabrica su objeto*. En este punto Berthelot se equivocaba. Porque todas las ciencias fabrican su objeto. Vale para nuestros predecesores, los contemporáneos de los Aulard, los Seignobos, los Langlois, vale para esos hombres a los cuales la “ciencia” imponía tanto respeto (y que lo ignoraban todo sobre la práctica de las ciencias y sus métodos); para ellos es correcto creer que un historiador es un hombre al que basta poner debajo de su microscopio un trozo de cerebro de ratón: inmediatamente se ocupa de hechos diferenciados, de hechos indiscutibles, de hechos “ya a punto”, por decirlo así; lo único que tiene que hacer es alinearlos en sus cajones [...] Hubiera sorprendido mucho a nuestros antepasados historiadores diciéndoles que un historiador, en realidad, fabrica primero el objeto propio de sus investigaciones y de sus hipótesis, con gran despliegue de delicadas técnicas y sutiles colorantes [...] Bien se hubiera sorprendido, sí, a nuestros mayores, denominando a los hechos, como un filósofo contemporáneo, “clavos en los cuales se cuelgan las teorías”. Clavos que hay que forjar antes de clavarlos en la pared. Y tratándose de historia, es el historiador quien los forja. No, como dice Halphen, “el pasado”. O, mediante una extraña tautología, “la historia” (L. Febvre, *Combates por la historia*, p. 177-178).

Disponemos ya de la serie rigurosamente construida. Comienza la segunda fase de la labor del historiador cuantitativo: la del tratamiento analítico de los datos. El primer problema que se plantea, el de los límites de comparabilidad de la serie cronológica, tiene una gran importancia. La serie numérica, no bien ha sido construida siguiendo todos los requisitos críticos, nos presenta datos de carácter homogéneo, por ende comparables, y por eso mismo nos

sumerge de inmediato en una ilusión peligrosa: pensar que, de disponer de fuentes, sería posible prolongarla sin que exista ninguna otra limitación para la operación. El solo hecho de pertenecer a la serie parecería asegurar la comparabilidad de todos los datos, o sea, que pertenecen a un *continuum* de iguales. Por ejemplo, podría construirse una serie de precios de ganado desde el siglo V a nuestros días, o del carbón desde el siglo XI al XX, o como hizo D'Avenel, del ganado de cerda desde el siglo XIII al XIX, y decidir que estamos comparando clases homogéneas. Inclusive, para eliminar los problemas de la diferente naturaleza de las unidades monetarias podría plantearse el criterio propuesto por P. Usher en 1932 de referir todo el estudio estadístico a la comparación de intercambios entre unidades físicas: un buey es siempre un buey, una tonelada de carbón es siempre una tonelada de carbón. Pero aun en este último caso, como bien lo ha señalado Witold Kula, no nos aseguramos la igualdad que legitime la comparación, ya que la equivalencia sólo resulta formal. En el dilatado periodo de tiempo que abarcarían esas hipotéticas series, las características físicas de los bueyes cambiaron notablemente, así como el poder energético del carbón depende del lugar de extracción, la profundidad del yacimiento, etcétera. Pero, además, cómo equiparar el valor de tracción de un buey en una sociedad agrícola, donde significaba el máximo de energía aplicable a las labores del campo, con su valor en otra en la que existe el tractor con motor diesel, o el poder calórico del carbón antes y después de la Revolución Industrial. La cuestión de los límites cronológicos de una serie –resuelto el problema de las fuentes– debe ser decidida en función de elementos cualitativos ajenos a su exclusiva estructuración formal, o sea de variables dependientes de la entera estructura social y económica, so pena de caer en “el anacronismo –que es como alertaba Marc Bloch– entre todos los pecados respecto de la ciencia del tiempo el más imperdonable”.

Un segundo problema de método es el de los agrupamientos de la información. Siempre existirá cierta heterogeneidad entre los datos reunidos dentro de un mismo rango, o sea que las unidades que lo integran se diferencian entre sí en muchos aspectos. Lo esencial para garantizar un procedimiento analítico correcto es que presenten rasgos o tendencias homogéneas respecto al problema que se está analizando. Por ejemplo, si agrupamos unidades de explotación agrícola, es evidente que ninguna será absolutamente semejante a otra; de todos modos si estamos analizando la disolución de la comunidad aldeana de unidades familiares autosuficientes, podemos agruparlas en segmentos cuyos rangos se definirán por la capacidad, o no, de autosuficiencia en el consumo, de producir excedentes mercantiles, así como por la cantidad de trabajo empleado en la producción, deficitario o excedentario de la fuerza de trabajo familiar; esto a su vez indicará contratación de trabajo asalariado o venta de la potencialidad de trabajo no utilizada, respectivamente.

La historia cuantitativa obtiene sus resultados a través de la manipulación de datos numéricos que, por su naturaleza intrínseca, generan una suerte de culto a la exactitud que puede encubrir el carácter de los elementos que se manejan. Esta forma de expresión nos obliga a tener siempre presente que toda cifra es –más allá de su forma numérica– un *concepto* y que, en materia histórica, siempre constituye una aproximación. Por ejemplo, la afirmación de que la producción de azúcar en México, en 1899, fue de 75 056 toneladas no indica más que un orden de magnitud, al igual que decir que la población del estado de Morelos en 1895 era de 159 355 habitantes. Si el dato numérico fuera un reflejo de tipo fotográfico de lo real, podríamos preguntar qué día, e inclusive a qué hora, se producía ese número. El mismo absurdo de la pregunta nos indica, *contrario sensu* la naturaleza del dato. En realidad, el verdadero interés de ese tipo de información radica en su valor indicativo: “orientarse en la escala de las magnitudes es un resultado fundamental y suficiente en el examen de los fenómenos sociales de carácter masivo...” (W. Kula, *Problemas y métodos de la historia económica*, p. 282).

Por esta razón es preferible usar cifras relativas en vez de absolutas, cuando se presentan resultados analíticos, así como emplear medias ponderadas, medias móviles y escalas logarítmicas, que eliminan las distorsiones de las medias aritméticas y permiten observar tendencias con mayor claridad. También es importante la elaboración de coeficientes, que señalan la relación entre dos magnitudes extraídas de la fuente o hechos con las mediaciones de ésta. El historiador cuantitativo debe utilizar para los análisis histórico-estadísticos toda la gama del instrumental técnico estadístico moderno. Existe una inclinación a considerar que la escasez o ausencia de materiales documentales, que el historiador encuentra en muchos casos, sólo permite el uso de técnicas estadísticas elementales. Por el contrario, los métodos más sofisticados son los que pueden corregir o suplir el carácter fragmentario o defectuoso de las fuentes utilizadas. Es más, creo que una de las posibilidades más fructíferas de la historia cuantitativa la constituye el desarrollo de su propio instrumental técnico-estadístico. Para ello, el historiador debe tener una formación especializada o contar con el auxilio de expertos para adaptar métodos a sus propias necesidades o desarrollar nuevas herramientas de trabajo estadístico.

Witold Kula llama “licencias” permitidas al historiador cuantitativo a las infracciones a las normas básicas de la estadística, con respecto al manejo de datos, por los problemas del material que utiliza. De esta manera, el uso de interpolaciones o extrapolaciones, que en otras circunstancias resultarían forzadas, los agrupamientos heterodoxos de información, la utilización de coeficientes por analogía de situaciones, etcétera, pueden ser aceptados siempre y cuando –para permitir un control efectivo sobre el rigor y la validez de

los resultados— se explique y subraye con toda claridad la licencia cometida y se justifique debidamente el procedimiento adoptado, para demostrar que no condujo a conclusiones con un margen de error intolerable.

El uso generalizado de la computadora ha constituido un auxilio fundamental para el desarrollo de la historia cuantitativa, ya que permite abordar enormes masas de material, cuya escala en cuanto a volumen de trabajo necesario para su procesamiento las dejaba fuera del alcance de la investigación. También ha posibilitado una renovación de los métodos, especialmente en lo que hace a la facilidad y rapidez con las que puede someterse el material a diversas pruebas estadísticas, su graficación e, inclusive, su edición. Sin embargo, la computación puede provocar la ilusión de pensar que más allá de sus innegables ventajas técnicas, la facilidad de manipulación de los datos produce mecánicamente resultados. Como bien afirma LeRoy Ladurie, lo que cuenta no es la máquina sino el problema, y éste debe ser planteado y resuelto por el historiador. La excelencia del trabajo cuantitativo sigue reposando en el correcto planteamiento del objeto de investigación, la validez de las fuentes, el adecuado diseño del cuadro de hipótesis, la imaginación metodológica y el rigor de los procedimientos de análisis.

El tipo de resultados que produce la historia cuantitativa está estrechamente relacionado con su posición epistemológica y con sus recursos metodológicos. El historiador tradicional, formado en el culto al hecho individual, mira con profunda desconfianza cualquier generalización en materia histórica. Al desconocer la ley de las grandes magnitudes no puede apreciar el valor cognoscitivo y el poder probatorio de las generalizaciones obtenidas mediante la misma. Debemos subrayar que el objetivo principal de la disciplina es situar a la sociedad en la escala de los cambios, medir las progresiones y regresiones en dicha escala, comprender las desproporciones y los desarrollos desiguales y facilitar las comparaciones espaciales y temporales. Sobre este programa es que deben evaluarse sus productos y sus aportes. El desconocimiento o el equivoco respecto a los propósitos de la historia cuantitativa ha llevado al ejercicio de críticas fuera de un enfoque correcto. A esas críticas cabe responder con el sabio adagio popular: “No pedir peras al olmo”. Así, sin más.

Ya vimos cómo la historia cuantitativa nació en estrecha relación con los temas y preocupaciones de la historia económica. Más específicamente, hizo de la historia de los precios su primer campo privilegiado de trabajo.

Dos fueron las razones principales para esta filiación. Primero la crisis desatada en 1929 provocó el surgimiento de un gran interés en la evolución de las fluctuaciones de los niveles de precios y de los consiguientes procesos de inflación y deflación; se constituyó entonces un Comité Internacional de

Historia de lo. Precios que dio fuerte apoyo institucional y financiero a ese tipo de investigaciones. Segundo, la naturaleza del objeto hizo completamente lógica la aplicación de técnicas cuantitativas al material de estudio. De esta forma, el instrumental de la ciencia económica, su problemática, aparato conceptual, teoría, métodos y técnicas fueron haciéndose presentes en el campo de la historia, hasta constituir ese inmenso territorio de estudios que es hoy la historia económica.

Dos grandes tendencias fueron definiéndose en el campo de los estudios cuantitativos de la historia económica: la “historia serial” según la denominación de Pierre Chaunu, y la “econometría retrospectiva”, como la ha llamado Pierre Vilar, esta última con filiaciones más complejas y derivaciones muy variadas.

La historia serial se reconoce como la sustentadora de la tradición de los *Annales* y se caracteriza por ser practicada por investigadores con formación de historiadores. Su primera preocupación distintiva es la de ejercitar una crítica exhaustiva de las fuentes, en particular cuando se trata de la construcción de series con datos anteriores a la época estadística, tal como ya hemos expuesto. Un segundo punto fundamental es la preocupación por evitar el anacronismo, destacando el carácter diferencial de las estructuras de las diversas sociedades. Su oposición central a los econométricos retrospectivos –valga la licencia de llamarlos así, y de unificarlos un tanto arbitrariamente– radica en que rechaza la universalización de las teorías económicas y sostiene que las leyes económicas sólo son válidas en el marco del sistema en el que fueron formuladas. De esta manera no existe justificación teórica que permita la extrapolación de las leyes económicas de la teoría económica actual a otras épocas y sociedades por lo que se postula la necesidad de ir construyendo las pertinentes a cada sociedad y a su funcionamiento real. Este proceso de construcción teórica debe realizarse sobre la base empírica de múltiples estudios regionales, historias de empresas, series cuantitativas muy cuidadosas de demografía, producción, precios, etcétera.

La base metodológica de esta tarea está en el ejercicio de control de las hipótesis explicativas globales –relativas a prolongados periodos o a grandes conjuntos espaciales– mediante una multiplicidad de estudios específicos, que permitan analizar la totalidad de las articulaciones concretas en determinada región, época y sectores de actividad: las dinámicas de coyuntura diferenciadas y coexistentes en un mismo país o espacio mayor –como, por ejemplo, el Atlántico español de Chaunu–; los elementos constitutivos de la estructura y sus posibles desfases regionales. Se ponen así de manifiesto las diferencias de ritmo económico; las tensiones entre economía y sociedad, y entre la estructura social y la coyuntura política, y la evolución de las mentalidades. Esto último, que trasciende los límites de la historia económica, ha posibilitado nuevos

campos de aplicación de la cuantificación, tanto en lo que hace a la demografía como a las variables políticas e ideológicas, con un mayor aprovechamiento de nuevas fuentes susceptibles de serialización que se beneficia por el uso de la computadora.

Una característica metodológica notable de la escuela de historia serial es el mesurado uso que hace de las técnicas e instrumentos de análisis estadístico-matemáticos, el cual generalmente no va más allá de establecer correlaciones simples entre las variables consideradas. Esta cautela no sólo ni principalmente obedece al desconocimiento de este instrumental por los formados en la disciplina histórica —como muchas veces y no muy bien intencionadamente se ha señalado— sino a reparos teóricos y metodológicos que ya hemos expuesto, en cuanto a aplicación de teorías —y su aparato analítico— no concordantes con la especificidad histórica de la sociedad estudiada.

Una recorrida a vuelo de pájaro sobre la producción principal de la historia serial nos muestra la fecundidad temática y metodológica que ha desplegado. Hemos señalado antes la importancia fundamental que tuvieron las obras de Simiand y Labrousse en el nacimiento de la historia cuantitativa. El interés inicial en la historia de los precios siguió dando sus frutos, de los que cabe destacar el trabajo de F. Spooner y F. Braudel sobre su evolución en Europa entre los siglos XV y XVIII. Pero los horizontes se ampliaban, y en esto influyó la fundamental obra de Braudel sobre el Mediterráneo de Felipe II. Hacia 1955, como indica Barraclough, se produjo el definitivo asentamiento de la influencia de la escuela de los *Annales* como orientación rectora de la historiografía francesa; desde allí se irradió cada vez con profundidad y extensión mayores hacia el exterior. A la vez, comenzó a hacerse sentir la fecunda acción de la VIe. Section de l'École Pratique des Hautes Études.

Debemos mencionar algunos trabajos. En principio, *Seville et l'Atlantique*, la monumental indagación de Pierre y Huguette Chaunu sobre los registros de la Casa de Contratación, que reconstruyó todo el movimiento de la navegación española en el nuevo espacio marítimo abierto hacia América, todavía insuficientemente explorada por los historiadores de este lado del océano. Esta obra, aparecida entre 1955 y 1960, fue seguida por *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVIe., XVIIe., XVIIIe. siècles)*, publicada también en 1960. El ejemplo de Chaunu, alumno de Braudel, inició toda una serie de investigaciones acerca de los tráficos marítimos; entre ellas puede citarse la de P. Jeannin sobre el Sund; la de R. Romano y F. Braudel acerca del puerto de Livorno; *L'alun de Rome* de J. Delumeau, que presenta la innovación metodológica de que, a través del seguimiento de las ventas mundiales del alumbre, producto indispensable en la fabricación de paños, pudo efectuarse una primera aproximación a la marcha secular, entre los siglos XV y XVIII, de la industria textil y

su producción en diversas regiones de Europa. Del comercio a la producción, algo semejante a las ventas de mercurio como índice de la producción de plata y como control de otras fuentes, las fiscales en particular.

Los estudios regionales fueron otra de las áreas básicas de interés de la historia serial. Junto con los trabajos de George Lefebvre, uno de los grandes contemporáneos y sucesores de Simiand, Bloch y Febvre –quien con *Les Paysans du Nord pendant de Révolution Française*, de 1924, se suma al grupo de fundadores de la cuantificación histórica, en una línea que prosiguió hasta su obra póstuma, *Études orléanaistes*, de 1962–, debe destacarse el libro de Pierre Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis au XVIIIe. siècle* (1960), que no sólo aplicó el estudio cuantitativo a los precios, sino a un nuevo tipo de documentos: los registros parroquiales. La demografía histórica era un nuevo territorio abierto a la indagación de fuentes y métodos innovadores. Pierre Chaunu orientaba a un grupo de alumnos hacia la investigación cuantitativa en Normandía, poniendo su foco de atención en la producción agrícola, la población, el proceso de construcción de edificios y casas, y hacia los campos de la historia social, ya que uno de ellos se dedicó a la estadística del crimen entre los siglos XVI y XVIII. A su vez, René Bahrel, en *Une croissance: la Basse-Provence rurale (fin XVIe. siècle-1789)*, de 1961, tomaba como fuente las contabilidades eclesiásticas con sus datos acerca de diezmos, salarios, rentas de la tierra, impuestos, derechos señoriales y usura. En 1962 apareció el fundamental libro de Pierre Vilar sobre Cataluña en el despegue de la modernidad, en un esfuerzo de historia *total* singularmente exitoso. Y estas menciones podrían ampliarse hasta cubrir muchas planas. Basta decir que los intentos sobre historia social se han ampliado considerablemente, así como la aplicación de lo cuantitativo a la sociología histórica electoral, a la sociología religiosa, a la estratificación social, a la sociología cultural, una enorme extensión de dominios en los que se ha mostrado fecunda. Algunos nombres: François Furet, Adeline Daumard, J. Meyer, A. Bennassar, L. Pérouas, etcétera.

La segunda gran corriente del cuantitativismo historiográfico se originó en la década de 1940 con la obra de Simon Kuznets en Estados Unidos, la de Colin Clark en Gran Bretaña, y se continuó luego, en los años sesenta, en Francia. Kuznets, un economista nacido en Ucrania en 1901 y emigrado a Estados Unidos en 1922, centró su trabajo en el uso de sofisticados métodos estadísticos para analizar y medir el Producto Bruto Interno, valor a precios de mercado de la suma de bienes finales y servicios producidos por una economía nacional, en un determinado periodo de tiempo, computado antes de la depreciación de capital en el proceso de producción. Su obra clásica es *National Income and Its Composition*, publicado en 1941, verdadero punto de arranque de la moderna economía cuantitativa. Kuznets también trabajó en estu-

dios pioneros acerca de los ciclos económicos. En su obra hay una fuerte inclinación a dar profundidad histórica a los problemas y a utilizar métodos comparativos.

Paralelamente, en 1940, Colin Clark publicó en Inglaterra *Las condiciones del progreso económico*, en la que analiza también el producto y la renta nacional, con una enorme masa de material histórico cuantitativo proveniente de diversos países, tratado de una manera estricta y confiable. Otra obra que no podemos dejar de mencionar es la de Milton Friedman y Anna J. Schwartz, de la célebre Escuela de Chicago, con sus importantes contribuciones a la historia monetaria. En Francia, Jean Marczewski propuso, en los inicios de la década de los sesenta, un concepto de historia cuantitativa basado también en la aplicación retrospectiva de los métodos de contabilidad nacional, siendo uno de los trabajos más destacados en este campo el dedicado a la evolución del producto de la agricultura francesa entre 1700 y 1958 de J. C. Toutain.

La operación histórica estaría planteada –en términos generales, y especialmente en la concepción de Marczewski– en completar los datos cuantitativos de una matriz insumo-producto lanzada hacia el pasado hasta donde fuera posible por las fuentes, utilizando el modelo de las contabilidades nacionales actuales y sobre la base conceptual de la noción de equilibrio general. Marczewski plantea la necesidad de contar con los elementos para resolver veintidós ecuaciones que desarrollan las cinco igualdades básicas del modelo de ingreso nacional: 1. Demanda de bienes y servicios; 2. Producción interna; 3. Ingreso total de las familias (consumo privado, más impuestos directos, más ahorro); 4. Ingreso total de los distintos niveles de la administración estatal; 5. Ahorro nacional bruto (inversiones públicas y privadas, más saldo de comercio exterior).

La “econometría retrospectiva”, practicada por esos economistas historiadores, sienta la base de una reducción de la historia a la economía política, lo cual ha sido reprochado duramente por los seguidores de los planteos de los *Annales* y su “historia total” como un grave retroceso metodológico. Por otra parte, extrapola los conceptos, métodos y problemática creados por la teoría económica para analizar sociedades actuales con un grado de desarrollo capitalista avanzado al estudio de todas las sociedades, sin plantearse críticamente la validez de este procedimiento o la necesidad de contar con otro instrumental analítico e interpretativo. Ésta es la objeción metodológica fundamental que puede hacerse a esta corriente historiográfica. Además, la mayor parte de los estudios adolecen de una falta de rigor crítico en el manejo de sus datos y fuentes, una cuestión que el propio Kuznets ha reprochado.

La econometría histórica tiene otra importante expresión en lo que ha dado en llamarse *New Economic History*, que ha logrado características de una

verdadera escuela. Existe un conjunto de elementos metodológicos básicos que da congruencia y homogeneidad a sus integrantes, que también son economistas de profesión –al menos lo eran en el periodo inicial, fines de la década de 1950. La corriente se inauguró a través de la influencia catalizadora de una serie de artículos de Arthur Conrad y John Meyer, entre 1957 y 1959, acerca del tema de la economía esclavista del Sur estadounidense, que despertó gran interés en un amplio sector que rechazaba el descriptivismo y la falta de profundidad con que se desenvolvía en esos momentos la historia económica. Hubo una nueva exigencia de precisión en los planteamientos y de control del sistema de hipótesis causales alternativas, a través de una estricta formalización de estos aspectos. También se manifestó una demanda de cuantificación absoluta, dejando de lado todos los aspectos no cuantificables de los problemas estudiados. La aceptación de la teoría económica actual y la utilización retrospectiva acrítica de sus modelos y procedimientos es total. El método utilizado es el hipotético-deductivo, a través de la comprobación lógica y empírica de las variables que integran el modelo planteado como hipótesis. Uno de los rasgos metodológicos más destacados y novedosos de esta escuela es la utilización de *hipótesis alternativas* como medio de control de las explicaciones causales, o sea el uso de *modelos de simulación*, como técnica de comparación de series aun cuando la verificación directa sea imposible. Se imagina cómo hubiera evolucionado determinada situación si las estructuras, las técnicas y las circunstancias hubieran sido distintas, para comprobar si ciertos factores explicativos ya aceptados fueron realmente esenciales. El ejemplo más conocido es el de Fishlow y Fogel quienes, para evaluar la importancia del impacto de la construcción de la red ferroviaria en el ingreso nacional de Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX, partieron de la hipótesis de que dicha red *no* se hubiera construido.

La *New Economic History* también se caracteriza por su rechazo a las explicaciones globales, a las interpretaciones históricas generalizadoras del tipo de *take off*, la Revolución Industrial, la teoría de la influencia de las innovaciones técnicas en el desarrollo capitalista, etcétera, pero no propone tesis sustitutivas de ese tipo sino que prefiere moverse en el eclecticismo interpretativo. Su temática ha estado dirigida a la historia económica de los Estados Unidos, abordando los problemas principales siguientes: la medición del crecimiento económico; el impacto que tuvo la disponibilidad de tierras cultivables sobre la agricultura y en la industria, poniendo el acento, en buena medida, en la cuestión de flujo y costo de la fuerza de trabajo; los ferrocarriles y su ahorro social; la banca y los ciclos económicos, y los efectos económicos de la esclavitud. Por su sofisticado tratamiento del material cuantitativo; las dificultades conceptuales que implica, y el fuerte enraizamiento de otras escuelas historiográficas que critican a la *New Economic History* –como el marxismo o la

escuela de los *Annales*— en Europa y en América Latina, ha habido poca disposición de los historiadores de estos países a efectuar estudios siguiendo sus planteamientos teóricos y metodológicos. Lentamente, sin embargo, se ha abierto una audiencia relativamente creciente a sus novedades, algunas de las cuales son francamente impactantes.

Efectuar una revisión y un intento de balance del desarrollo y producción de la historia cuantitativa en México escapa a la intención y los límites de esta presentación. Se han producido libros importantes, ha sido difundida y, sin lugar a dudas, la historia cuantitativa tiene derecho de ciudadanía en la historiografía mexicana. Numerosos historiadores han incorporado la cuantificación a su arsenal metodológico y, por fortuna, su número sigue creciendo. Sin embargo, quiero señalar dos factores que a mi juicio han pesado negativamente en el crecimiento y maduración de los estudios cuantitativos en el país: 1. La falta de un reducto institucional estable —del tipo del que mencionamos para Francia con la *VIe. Section*— que refuerce la inquietud individual o grupal por la cuantificación, constituya archivos específicos, incentive los intercambios y dé coherencia a mediano y largo plazo a investigaciones que son por lo general largas y costosas; 2. La necesidad de dotar al historiador con el instrumental matemático-estadístico necesario para esta disciplina, lo que significaría la incorporación, en las *curricula* de formación, de asignaturas opcionales para los interesados en esta dirección. Estos procesos institucionales son lentos y difíciles, pero diría que imprescindibles si se quiere lograr la superación en los estudios de este tipo.

Más allá de las modas, la historia cuantitativa, “ese lenguaje, muy abstracto, descarnado” como lo caracterizó ajustadamente Fernand Braudel, es una realidad productiva, consolidada y viva. E instalada en la “larga duración” a la que es tan afecta, seguramente dará sus mejores frutos en esa ilusión del tiempo, cumplida y reactualizada permanentemente, que es el futuro.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

- BARRACLOUGH, Geoffrey, *Tendances actuelles de l'histoire*, Paris, Flammarion, 1980.
- BLOCH, Marc, *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- BRAUDEL, Fernand, “Pour une histoire sérielle: Séville et l'Atlantique (1504-1650)” en *Écrits sur l'histoire*, Paris, Flammarion, 1969.
- CARDOSO, Cirio F. S., y Héctor Pérez Brignoli (editores), *Historia económica y cuantificación*, México, SepSetentas, 1976 (contiene: Jean Meuvret, “Los datos demográficos y estadísticos en historia moderna y contemporánea”,



Maurice Lévy-Leboyer, “*La ‘New Economic History’*”; Robert Mandrou, “*Matemáticas e historia*”; François Furet, “*La historia cuantitativa y la construcción del hecho histórico*).

—, *Los métodos de la historia*, México, Grijalbo, 1976.

FEBVRE, Lucien, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1982.

FLOUD, Roderick, *Métodos cuantitativos para historiadores*, Madrid, Alianza Editorial, 1975.

KULA, Witold, *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, Península, 1977.

KUZNETS, Simon, *Investigación cuantitativa del crecimiento económico*, Barcelona, Ariel, 1979.

LANDES, David S. et al., *Las dimensiones del pasado. Estudios de Historia cuantitativa*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.

LE ROY LADURIE, Emmanuel, “*L’historien et l’ordinateur*”, “*La révolution quantitative et les historiens français: bilan d’une génération (1932-1968)*”, “*Du quantitatif en histoire: la VIe. Section de l’École Pratique des Hautes Études*”, en *Le territoire de l’historien*, Paris, Gallimard, 1973.

TEMIN, Peter, *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES

SERGIO ORTEGA NORIEGA*

En esta breve charla pretendo exponer algunas ideas generales sobre el enfoque propio de la forma de historiografía conocida con el nombre de historia de las mentalidades, así como algunos principios metodológicos que sugieren ciertos autores de este género historiográfico. Debo advertir que las ideas aquí expuestas proceden, principalmente, de los investigadores que integramos el Seminario de Historia de las Mentalidades que funciona en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Qué es la historia de las mentalidades

Fue por el año de 1960 cuando se difundió el nombre de historia de las mentalidades entre algunos historiadores franceses de la Escuela de los Annales. Con este nombre se designaba a cierta forma historiográfica ya conocida desde antes, pero que ahora se deseaba revitalizar y hacer de manera sistemática. La historia de las mentalidades fue bien acogida y se difundió en otros países como Inglaterra, Alemania, Italia, Estados Unidos, España y, recientemente, en México.

El nombre, historia de las mentalidades, es poco claro. Para exponer de modo más explícito en qué consiste el enfoque propio de este género historiográfico prefiero referirme a una obra clásica en este género, y señalar en ella cuál es el objetivo que se desea alcanzar. La obra, que seguramente ustedes conocen, es el libro de Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

En esta obra, Weber analiza dos hechos históricos que aparecen en el título del libro: la “ética protestante” y el “espíritu del capitalismo”. El autor refiere ambos hechos a un grupo social concreto, los burgueses calvinistas de los Países Bajos, Francia e Inglaterra, principalmente, durante los siglos XVI y XVII.

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Por *espíritu del capitalismo* Weber entiende un comportamiento económico de los burgueses. Un comportamiento habitual, constante, cotidiano, que consistía en buscar y obtener las mayores ganancias posibles, pero por medio del trabajo. Si bien el burgués pretendía utilidades, beneficios económicos sin límite, lo hacía a través de una vida racionalmente dedicada al trabajo, a la profesión propia; una vida austera, sin ocios ni despilfarros, un trabajo tenaz cuyo objetivo era ganar dinero para invertirlo y ganar más dinero.

Por *ética protestante* Weber entiende la concepción religiosa de la vida que se forjaron aquellos burgueses calvinistas. Weber dedica la mayor parte de su obra a exponer cómo se formó esta visión religiosa del mundo; sin embargo, sería prolijo reseñarla en este momento, por lo que me limitaré a mencionar sus rasgos más importantes.

El credo calvinista sostenía que todos los hombres, desde antes de existir, habían sido predestinados por Dios, unos a la salvación y otros a la condenación. Este designio de Dios era inmutable y a nadie se le revelaba. El creyente se esforzaba, entonces, por buscar un signo que le permitiera saber si él estaba incluido en el grupo de los elegidos para la salvación; ésta era su gran preocupación religiosa.

Los calvinistas de los siglos XVI y XVII encontraron este signo en las buenas obras realizadas, con las que el hombre glorificaba a Dios. El calvinismo no sostenía que las buenas obras merecieran la salvación, como enseñaban los católicos, sino que las buenas obras se producían porque el hombre estaba salvado. Eran la señal de su destino. Ahora bien, entre las buenas obras que una persona podía hacer destacaban las que se referían a su vida profesional, porque la profesión era la principal actividad del hombre; era la tarea con la que servía a la comunidad. Por consiguiente, una vida profesional intachable, metódica, constante y eficiente era el bien obrar que significaba la predestinación a ser hijo de Dios. Es decir, el calvinista creía que por medio de una vida dedicada al trabajo eficiente glorificaba a Dios y se demostraba a sí mismo que pertenecía al grupo de los elegidos.

En la obra que comentamos, Max Weber también analiza la relación que existió entre los dos hechos mencionados: el *espíritu del capitalismo* y la *ética protestante*. En un primer momento, la concepción religiosa señalada sirvió para legitimar la actuación de los burgueses calvinistas, pues este comportamiento económico, llamado por Weber espíritu del capitalismo, ya existía desde antes de la Reforma protestante, pero era impugnado por los moralistas católicos, quienes lo calificaban de avaricia anticristiana.

Además de legitimar el comportamiento económico, la concepción teológica calvinista otorgó a la ganancia un valor religioso: si la ganancia prueba que el trabajo profesional es eficiente, esta ganancia es el signo de estar pre-

destinado a la salvación. También puede deducirse que la ética protestante sirvió para afianzar y difundir el espíritu del capitalismo; que gracias al valor religioso otorgado a la ganancia, los burgueses tuvieron el más poderoso incentivo para ser profesionistas eficientes.

Así pues, establecida la interrelación entre la percepción religiosa del mundo y el comportamiento económico, ambas realidades formaron un conjunto compacto e inseparable del modo de ser de los burgueses calvinistas. La relación entre la percepción religiosa y el comportamiento económico llegó a ser un elemento propio de la cultura de este grupo burgués.

Weber afirma que esta relación entre el espíritu del capitalismo y la ética protestante funcionó de manera eficiente durante los siglos XVI y XVII. Los burgueses calvinistas se mantuvieron en la difícil tarea de vivir austeramente, dedicados al trabajo productivo. Se produjo después la descristianización de Europa, en el siglo XVIII, fenómeno que también afectó a los calvinistas; se perdió el sustrato religioso de aquella visión del mundo, pero el comportamiento económico estaba ya firmemente adquirido. Se perdió la percepción religiosa, pero fue sustituida por otra representación mental que, como apunta Weber, fue la del progreso, esa concepción del mundo en la que prima el incesante desarrollo de la civilización.

Ésta es la síntesis de la obra de Max Weber que, a mi parecer, ilustra lo que es la historia de las mentalidades, esto es, la manera propia de mirar el pasado, el enfoque específico de este género historiográfico.

Al historiador de las mentalidades le interesa averiguar la manera cómo los hombres del pasado percibieron los hechos que vivieron. En otros tipos de historiografía se analizan los hechos –y se analizan muy bien–, pero en historia de las mentalidades además de conocer los hechos, interesa saber algo más sobre los actores de los hechos; se pretende conocer de qué manera los actores percibieron lo que hicieron; de qué manera entendieron su mundo, y cómo esa percepción influyó sobre sus comportamientos, ya estimulándolos, ya inhibiéndolos.

Podemos decir que el objeto de estudio del historiador de las mentalidades está formado por una representación mental ligada a un comportamiento práctico. El objeto de estudio es un trinomio: una representación mental, un comportamiento y la relación entre ambos. Además, es preciso que estos tres elementos se refieran a un grupo social concreto y que se hayan difundido en ese grupo, de tal manera que formen parte de su cultura. Al historiador de las mentalidades no le interesa hacer biografías sino estudiar hechos sociales; así que sólo cuando el conjunto de los tres elementos se ha difundido en el grupo social conforma el objeto de estudio. Y este objeto de estudio es analizado en su perspectiva histórica, o sea, cómo se forma, cómo evoluciona y cómo desaparece.

Una aclaración pertinente es que en historia de las mentalidades se emplea el concepto representación mental y no ideología. El término ideología tiene un significado concreto en ciencias sociales: se refiere a una representación mental del mundo, pero formada con ideas claras, distintas y organizadas lógicamente en una sólida estructura racional. La ideología es un producto muy elaborado del pensamiento humano, que difícilmente puede ser asimilado por la mayoría de los individuos de un grupo social. Además, la ideología no siempre está ligada a un comportamiento práctico; hay personas que sustentan cierta ideología pero en la vida diaria se apartan de los principios que dicen creer.

El término representación mental es más amplio; no sólo incluye ideas claras, armadas lógicamente, admite también otros tipos de percepción del mundo, como son los religiosos que, en el caso mexicano, resultan los más comunes. En la obra de Weber es, precisamente, una representación religiosa del mundo la que se estudia; y esta representación mental difícilmente aceptaría el nombre de ideología. Una representación religiosa del mundo no soporta el análisis lógico, pero existe en las personas y es capaz de influir sobre sus comportamientos. El concepto de representación mental acepta muchos elementos que no se apegan a nuestra lógica cartesiana, incluso algunos meramente emotivos, pero que pueden constituir una representación mental de la realidad, capaz de regular los comportamientos de las personas. Por estas razones, en historia de las mentalidades preferimos hablar de representaciones mentales y no de ideologías.

Aportaciones de la historia de las mentalidades al saber histórico

Una vez expuesto, aunque brevemente, lo que es la historia de las mentalidades podemos preguntarnos ¿qué utilidad tiene esta forma de escribir la historia?, ¿cómo enriquece el conocimiento histórico? Son interrogaciones oportunas, a las que conviene ofrecer alguna respuesta.

La historia de las mentalidades enriquece el conocimiento histórico porque proporciona nuevos elementos explicativos de los hechos del pasado. Por ejemplo, los historiadores de la economía han analizado la relevante importancia que el comportamiento de los burgueses en los siglos XVI y XVII tuvo para la historia del mundo occidental. Ahora bien, Max Weber señala un elemento aclaratorio más: por qué aquellos hombres se decidieron a actuar así y no de otra manera. Es una explicación más, que se suma a otras, para ayudar a entender mejor el hecho histórico de la acumulación capitalista.

La historia de las mentalidades se ocupa principalmente de las formas ordinarias de la vida humana, de lo cotidiano, porque son los comportamientos corrientes los que mayor relación tienen con la percepción del mundo que

se forjan las personas. La historia se ocupa de la sociedad, y lo cotidiano forma parte inseparable de la vida social. Los historiadores no siempre destacamos la importancia de lo cotidiano en la evolución de una sociedad, aunque sabemos que la tiene. Pues bien, la historia de las mentalidades ofrece un camino para el estudio de lo ordinario en la vida de los hombres. En los libros de historia de las mentalidades encontramos temas como el trabajo, el matrimonio, la familia, la enfermedad, la muerte y muchos otros que forman parte de la vida diaria de una comunidad humana y que, indudablemente, tienen un significado histórico.

La historia de las mentalidades pone de relieve la parte humana de los procesos sociales. Todos hemos leído tratados sobre los grandes procesos económicos y sociales que son imprescindibles para comprender la historia de una sociedad, pero en los que no aparecen los hombres que los vivieron. El conocimiento de estos procesos, llamémosles “impersonales”, es necesario para comprender el pasado, pero en él falta algo, faltan la carne y la sangre. Sí, porque la historia fue forjada por hombres y mujeres como nosotros, que vivieron su vida cada día; y esta parte del fenómeno social debe estar presente en la explicación que damos quienes a ella nos dedicamos. La historia de las mentalidades ofrece una vía para destacar la parte humana de la historia: aquí los agentes son hombres y mujeres que vivieron lo ordinario: su religiosidad, sus amores, sus odios, sus miedos, sus fobias y tantas minucias más de la vida cotidiana.

Otra ventaja que brinda la historia de las mentalidades es que permite el estudio histórico de la cultura de un grupo humano. La cultura entendida en su significado antropológico –no en el sentido elitista que vulgarmente se asigna a este término– en cuanto realidad sin la cual no se concibe la vida social; pues bien, esta cultura puede ser estudiada por medio del enfoque de la historia de las mentalidades. ¿Cómo se formaron ciertos rasgos culturales de un grupo humano? ¿Cómo se transmitieron? ¿Cómo se modificaron y cómo desaparecieron? Mucho tenemos que decir los historiadores acerca de la cultura para poder explicar el devenir de las sociedades.

Aspectos metodológicos

Aunque sea en forma resumida, deseo explicar algunos aspectos metodológicos relativos a esta forma de investigar la historia. En principio preciso decir que no hay una metodología preestablecida para el análisis de las mentalidades, como tampoco existe en otros géneros historiográficos. El problema del método lo resuelve cada historiador de acuerdo con sus objetivos y sus fuentes. Pero si no podemos señalar una metodología preestablecida, sí podemos, en cam-

bio, indicar algunas recomendaciones de tipo metodológico que es necesario tener en cuenta al hacer un estudio de historia de las mentalidades.

Lo primero que podemos destacar es que los fenómenos de que se ocupa la historia de las mentalidades son de larga duración. Vimos en la obra de Weber que en el siglo XVI empezó a formarse la ética protestante, que en el siglo XVII estaba consolidada, y que el siguiente cambio significativo ocurrió en el siglo XVIII cuando desapareció la concepción religiosa y fue sustituida por otra representación mental; esto muestra que el fenómeno analizado por Weber se desarrolló a lo largo de casi tres siglos. Así pues, al planear una investigación de este tipo debe considerarse la necesidad de abarcar un periodo razonablemente largo, pues en caso contrario el investigador se expone a incurrir en serias equivocaciones, o a no encontrar algún cambio significativo en el fenómeno que analiza. Otra opción es seleccionar un periodo cronológico menos extenso, si de antemano sabemos que dentro de él ocurrió una transformación importante en el trinomio objeto del estudio.

Señalamos anteriormente que este objeto que estudia la historia de las mentalidades consta de tres elementos: un comportamiento, una representación mental y una relación que existe entre ambos. Ahora bien, para diseñar un proyecto de investigación conviene partir del comportamiento. Se selecciona entonces, en primer término, el comportamiento por analizar, que reúna las condiciones antes dichas: que sea propio de un grupo social determinado, que ese grupo pueda ser circunscrito en un lugar y que el fenómeno pueda ser seguido durante un periodo suficientemente largo. Para ejemplificar estos lineamientos supongamos que alguien se interesa por analizar las donaciones piadosas que los fieles novohispanos hicieron a la Iglesia. Se trata de un comportamiento perteneciente a un grupo social, la élite, cuyos miembros eran los únicos económicamente capacitados para fundar un convento, un templo o una capellanía. Es un grupo social identificable en cierto lugar como sería, por ejemplo, la ciudad de México, y que puede ser seguido durante toda la época colonial.

Una vez elegido el comportamiento que será objeto del estudio, se analiza el mismo a lo largo del tiempo planeado. Se constata la existencia del hecho y se verifica que, efectivamente, correspondió al grupo social escogido. Continuando con el ejemplo propuesto, en esta etapa de la investigación habría que averiguar acerca de las donaciones piadosas en la ciudad de México durante la época colonial. Establecer cuáles fueron esas donaciones, qué personas las hicieron, los montos de ellas, las condiciones puestas por el donante, y otros elementos más que puedan esclarecer el conocimiento del hecho.

En historia de las mentalidades se da prioridad al análisis serial sobre el de los hechos aislados. El análisis serial del comportamiento bajo observación,

además del conocimiento del hecho mismo, permite observar los ritmos históricos de ese hecho: en qué momento apareció el comportamiento, con cuánta frecuencia se repitió, cuáles fueron los periodos de mayor o menor incidencia, cómo empezó a declinar y cuándo desapareció. Sólo el análisis serial permite conocer e los ritmos, que mucho nos dicen acerca del grupo social de cuyos individuos procedía el comportamiento estudiado.

Después de haber estudiado el comportamiento en sí mismo, el siguiente paso metodológico es el análisis del discurso producido alrededor de él. Aquí entendemos el término *discurso* en el sentido en que lo emplea Michel Foucault, es decir, lo que se dice o en alguna forma se expresa a propósito del comportamiento sujeto a estudio. Este análisis del discurso se realiza también en forma serial y para todo el periodo escogido.

Para el ejemplo de las donaciones piadosas, el discurso se encuentra en una gran variedad de documentos. Disponemos de los documentos de fundación, en los que el donante puede expresar sus motivos o reflexiones sobre la donación. Como era frecuente hacer donaciones en el momento de testar, podemos recurrir además a los testamentos como fuentes del discurso que nos interesa. Existen también las legislaciones, civil y eclesiástica, para regular las donaciones piadosas. Si planteamos la hipótesis de que el comportamiento de estas donaciones se relaciona con la percepción de la muerte y del más allá, entonces podemos recurrir a otros documentos que contienen discurso sobre estos temas, como son los textos de los teólogos o de los canonistas, sermones y catecismos.

Ahora bien, estos documentos se organizan en series homogéneas, es decir, que contengan discurso comparable. Podemos establecer series paralelas según los tipos de documentos: una será la serie de los documentos de fundación, otra la de las leyes, otra más de testamentos y así sucesivamente. Es importante no confundir los distintos documentos, porque la clase de discurso que contienen en gran medida depende de la posición del emisor ante el asunto; cada quien hablará de las donaciones pías desde su particular punto de vista. Una cosa dirá el donante; otra, los eclesiásticos interesados en que se hagan.

Una vez establecidas las series documentales, la referente al comportamiento y las series paralelas relativas al discurso, el siguiente paso metodológico es el análisis comparativo de estas series. Éste es el procedimiento a través del cual podemos descubrir la relación entre una representación mental y el comportamiento práctico. El análisis comparativo se lleva a cabo cotejando cuidadosamente las continuidades y las discontinuidades de la serie documental correspondiente al comportamiento, con las continuidades y discontinuidades de las series discursivas.

En el ejemplo que estamos manejando podríamos encontrar lo siguiente: un largo periodo de continuidad en la frecuencia de las donaciones pías en

coincidencia con un periodo, igualmente largo, de continuidad en las series discursivas que expresan una preocupación del donante por la vida de ultratumba. Esta correspondencia entre ambos periodos de continuidad ofrece al investigador una base firme para establecer la relación entre esa percepción religiosa y ese comportamiento. Si a una discontinuidad en la serie documental como sería la disminución en la frecuencia de las donaciones, o incluso su desaparición, corresponde una discontinuidad en las series discursivas referentes a la percepción del más allá, entonces tendremos una base más para reafirmar la hipótesis de la relación entre el comportamiento y la percepción religiosa.

Las continuidades y las discontinuidades en las series documentales son los puntos claves para suscitar la reflexión del investigador, pues la correspondencia entre ellas, en las diversas series documentales, es el punto de apoyo más seguro para la confirmación de las hipótesis. Por lo tanto, su análisis en las series documentales es un elemento metodológico imprescindible en historia de las mentalidades. Este análisis es simultáneo porque continuidad y discontinuidad son correlativas; la continuidad se aprecia en relación a la discontinuidad, y viceversa. Los puntos de discontinuidad en una serie documental son especialmente reveladores para el investigador, ya que, por lo general, anuncian un momento de crisis en el grupo social estudiado; expresan que se gesta un cambio significativo en el fenómeno de mentalidad.

Es por esto que dichos fenómenos, al ser descubiertos en las series documentales, invitan al investigador a profundizar el análisis de esa coyuntura, con la promesa de que ahí encontrará el mejor momento para aprehender el cambio significativo, ese cambio tras del cual andamos siempre los historiadores.

El análisis serial de los documentos es un recurso metodológico de gran utilidad en cualquier género historiográfico. Las series, con sus continuidades y discontinuidades, encauzan la reflexión del historiador y moderan los excesos de la imaginación, pues permiten ponderar y distinguir lo que era regular y lo que era irregular en la vida de los hombres del pasado.

Limitaciones de la historia de las mentalidades

De los aspectos metodológicos antes expuestos surgen algunas reflexiones con respecto a las limitaciones prácticas que afectan a la investigación de la historia de las mentalidades. Salta a la vista que una investigación de este tipo requiere más tiempo y mayor esfuerzo que otras formas de estudios históricos. En efecto, el análisis de un periodo largo y en forma serial exige la consulta de una gran cantidad de documentos. Esto se traduce en mucho tiempo de trabajo para concluir una investigación completa en historia de las mentalidades.

A las fuentes les pedimos también muchos requisitos. Pedimos que haya información sobre comportamientos y sobre discurso; que la documentación sea lo suficientemente abundante para poder integrar las series. Si a esto le sumamos la desorganización que existe en muchos de nuestros archivos, el problema se complica aún más.

Un obstáculo digno de consideración es la forma de evaluar el trabajo de los historiadores que se está imponiendo en el medio académico. Se trata de una evaluación que privilegia la cantidad de cuartillas que escribe el investigador, y que menosprecia la calidad y la seriedad de los resultados. Esta forma de evaluación desalienta a los investigadores quienes no van a emprender proyectos de largo alcance, si lo que se les exige son muchas cuartillas en poco tiempo. El lento pero fructífero trabajo de archivo y de reflexión no cuentan en esta forma de evaluación. Si consideramos que el salario del investigador está sujeto a la suma de puntos que arroje esta evaluación, el resultado es claro: nadie va a comprometerse en investigaciones extensas, por más atractivos académicos que tengan. Y esta forma de evaluación no sólo desalienta la investigación en historia de las mentalidades; estorba a cualquier investigación medianamente seria.

Algunas de estas limitaciones pueden ser superadas por medio de una adecuada organización del trabajo. El problema de la gran cantidad de tiempo y de esfuerzo que requiere una investigación en historia de las mentalidades se resuelve por medio del trabajo colectivo. Un equipo de investigadores bien integrado puede culminar en un tiempo razonable el proyecto de investigación que sería abrumador para una sola persona.

La localización de las fuentes documentales adecuadas, aunque es un problema digno de la mayor consideración, puede resolverse por medio de una cuidadosa búsqueda en los acervos, por lo menos para el caso de la época colonial. En mi opinión, desconocemos en gran medida la riqueza de nuestros archivos coloniales; son pocos los ramos que los investigadores trabajamos de manera ordinaria. Si buscamos con cuidado en el Archivo General de la Nación y en otros repositorios encontraremos fuentes adecuadas para muchas investigaciones.

Una investigación en historia de las mentalidades, aunque tarde en rendir frutos maduros, puede organizarse en tal forma que permita a los investigadores la redacción y publicación de trabajos parciales. No importa que estos resultados parciales no reúnan todas las características del enfoque propio de la historia de las mentalidades, pueden ser en sí mismos una valiosa aportación a la historiografía. Por ejemplo, sería ya publicable el análisis serial del comportamiento social, o el de una o varias series discursivas, aun antes de llegar a la fase final del análisis comparativo entre discurso y comportamiento.

Para terminar esta breve plática quiero volver a insistir en las perspectivas interesantes que la historia de las mentalidades ofrece a los investigadores. Por ejemplo, en nuestra historia subyace un complejo fenómeno que llamamos dominación colonial; un hecho que todos reconocemos, que todos de alguna manera abordamos, pero que nadie ha osado investigar de manera directa. Un hecho que trascendió los límites temporales de la era colonial y que llega hasta nuestros días. Mucho tenemos que decir los historiadores acerca de esta forma de vida en que se calla y se obedece. Pues bien, la historia de las mentalidades nos ofrece un camino para acercarnos al estudio de este fenómeno trascendental.

Doy las gracias por su atención y les reitero que no he tenido más empeño que compartir con ustedes el entusiasmo que tengo por la historia de las mentalidades.

LA HISTORIA ECONÓMICA EN LA DÉCADA DE 1980-1990 OBSTÁCULOS, LOGROS Y PERSPECTIVAS

CARLOS MARICHAL*

El tema que me gustaría comentar es complejo, porque trata de la exploración de las bases sobre las que se asienta un campo de investigación relativamente joven en el país. En esencia, me interesa que nos acerquemos a la discusión de cuáles son los obstáculos y las ventajas de trabajar en el campo de la historia económica en México en tiempos recientes. Un repaso de las experiencias de la última década sugiere que estamos aproximándonos al momento de despejar de esta disciplina, tanto por la ya abundante *cantidad* de estudios en historia económica de México que existe, como por la mejor *calidad* de un porcentaje creciente de los análisis, que incorporan nuevas metodologías, nuevas preguntas y algunos resultados originales.¹

Que se estén logrando avances en la historia económica mexicana no implica, sin embargo, que no existan importantes obstáculos para su pleno desarrollo y maduración. En primer lugar, un problema clave, en el decenio de 1980, ha sido la dificultad para superar la crisis de los paradigmas dominantes, heredados de los años sesenta y setenta. Un segundo escollo, igualmente preocupante, ha sido la falta de coordinación entre los investigadores de esta subdisciplina y, en especial, la ausencia de diálogo entre los historiadores económicos y los economistas; sigue siendo notoria la falta de cursos e investigaciones de historia económica en las facultades de economía del país. En cambio, una tendencia mucho más favorable ha sido el descubrimiento de una multitud de fuentes nuevas para la historia económica, lo que se debe, en parte significativa, a los avances de la historia regional.

* El Colegio de México.

¹ La abundancia de las publicaciones actuales en historia económica de México puede constatarse a partir de la revisión de la sección bibliográfica del *Boletín de Fuentes para la Historia Económica de México* que editamos; son, literalmente, centenares de referencias recientes. En cuanto a la calidad, una de las formas de constatarla consiste en revisar los artículos publicados en revistas internacionales: un análisis de *Hispanic American Historical Review*, por ejemplo, nos indica que en los últimos años la historia económica mexicana está logrando una inserción en el interior de los debates científicos más estimulantes.

La crisis de los paradigmas

Actualmente, los científicos sociales, en casi todas las universidades latinoamericanas, experimentan una prolongada crisis intelectual que se vincula directamente con una crisis de los fundamentos y paradigmas teóricos que sustentan la investigación.

Dicha crisis comenzó a manifestarse de manera pronunciada desde finales de los años setenta, especialmente a raíz del cuestionamiento de los enfoques marxistas y dependencistas, los cuales habían tenido una influencia dominante entre sociólogos, politólogos, historiadores y, también, entre economistas, en las universidades de la mayor parte de América Latina. Cuando esta influencia decayó surgió una multitud de interrogantes sobre los presupuestos teóricos y aun los metodológicos que debían guiar la investigación en cada disciplina. Deseo comentar brevemente esta crisis y también sugerir por qué dicha crisis es quizá menos grave en el campo de la historia económica de lo que podría llegar a suponerse.

La crisis de los planteamientos marxistas

Durante el decenio de 1960 y buena parte del de 1970, los planteamientos marxistas tuvieron una enorme influencia en la mayoría de las universidades latinoamericanas. En el caso de la historia económica, esta influencia era particularmente clara, debido en parte al hecho de que un buen número de los pioneros en este campo tenía una filiación marxista. En el caso de México, por ejemplo, puede señalarse la contribución de una figura como Luis Chávez Orozco quien, desde la década de 1940, fue uno de los más productivos autores de trabajos sobre la historia económica de la colonia y del siglo XIX. En otros países latinoamericanos puede señalarse la influencia de historiadores marxistas como Caio Prado en Brasil, Luis Sommi y Ricardo Ortiz en Argentina, Ramírez Necochea en Chile, Moreno Fraginals en Cuba, quienes fueron algunos de los principales impulsores de la historia económica.

Asimismo, en esta década de 1960 y principios de la siguiente, la discusión acerca de los “modos de producción” cobró particular fuerza entre nuevas generaciones que trabajaban, en especial, temas de historia colonial. Este marco de referencia tenía la ventaja de ofrecer una visión amplia y comparativa, aunque también tenía la desventaja de encerrar algunos problemas dentro de una discusión que podría llegar a tener ribetes dogmáticos. Entre los mejores trabajos que se realizaron con base en algunos de los enfoques derivados de dicho marco de referencia pueden citarse los de autores como

Ciro Cardoso, Enrique Semo, Garavaglia, Sempat Assaqlourian y Chiaramonte aun cuando hoy en día estos investigadores ya no sienten la misma simpatía por el debate sobre los modos de producción, el que consideran superado en buena medida.

Por otra parte, puede señalarse que el enfoque marxista en la historiografía latinoamericana cobró fuerza a partir de un fructífero intercambio con historiadores europeos y con algunos historiadores norteamericanos marxistas o próximos al marxismo. En este sentido, es conocida la influencia de historiadores europeos marxistas de gran nivel como Witold Kula, Eric Hobsbawn, o Christopher Hill. En consonancia con ello debe notarse la difusión del marco de referencia “materialista” de la escuela francesa de los *Annales* y, en menor grado, el impacto producido por historiadores norteamericanos de corrientes próximas al marxismo como William Appleman Williams, Eugene Genovese, John Womack y otros autores menos conocidos que publicaban, por ejemplo, en la revista *Radical América*.

Desde fines de la década de 1970, sin embargo, la influencia del marxismo en la historiografía europea en particular comenzó a disminuir, en buena medida como reflejo de las discusiones que entonces se dieron acerca del papel de los partidos comunistas en Europa occidental. El concepto de eurocomunismo pareció abrir nuevas perspectivas pero tuvo escasa vigencia; se fue desmoronando, mucho antes incluso de las crisis en los países de Europa del este o del nacimiento de la *Perestroika*.

A su vez, en las universidades latinoamericanas comenzó a vislumbrarse un agotamiento de la utilidad de muchos esquemas excesivamente simples y/o dogmáticos de una especie de marxismo “vulgar”, los cuales se venían repitiendo de manera machacona en muchos cursos de economía y de historia económica. Por otra parte, dicha crisis no estuvo desligada de sectarismos ni de las serias derrotas de los movimientos de izquierda en América Latina, que se produjeron a mediados de los años de 1970.

La crisis de la teoría de la dependencia

Pero la crisis de los enfoques marxistas no era la única (en lo que se refiere a grandes paradigmas en las ciencias sociales), sino que estaba a su vez vinculada con el debilitamiento del influjo de una escuela de pensamiento, la escuela “dependentista”, que frecuentemente se identificaba con posiciones de izquierda o de carácter antiimperialista.

Aunque esta escuela tenía un apoyo teórico mucho menos sólido que el de la marxista (había surgido a finales de los años cincuenta con base en la llamada “teoría de la dependencia”, a partir de una mezcla de influencias, que

incluía las contribuciones de los economistas del desarrollo como Prebisch, Lewis, Hirschman, Furtado, y luego, Samir Amin, Teotonio Dos Santos, y otros autores), tuvo una difusión igual o más amplia que los planteamientos estrictamente marxistas en los ámbitos académicos latinoamericanos.

En lo referente a la historia económica, no hay duda que los esquemas dependentistas pronto mostraron serias limitaciones en cuanto a su poder explicativo. Su preferencia por un análisis del “sistema mundo” (para utilizar el término acuñado por Wallerstein) *no* permitía profundizar en una enorme gama de temas, por ejemplo, los de las realidades regionales y locales, la importancia de los mercados internos, la capacidad autónoma de burguesías locales para la acumulación de capitales, etcétera. Mas, en contraste con el trabajo de Wallerstein, que sin duda reflejaba una gran erudición, muchos de los trabajos sobre Latinoamérica eran algo “ligeros” en lo que se refiere a su equipaje bibliográfico y documental. Me refiero, por ejemplo, al famoso libro de Cardoso y Sunkel sobre este tema, a los ensayos de André Gunder Frank, y a una amplia gama de estudios realizados por politólogos y sociólogos que se inscribían dentro de la llamada escuela de la dependencia. Curiosamente, pocos historiadores intentaron hacer trabajos desde una óptica estrictamente dependentista, lo cual refleja, quizá, su sabiduría, o al menos su modestia y prudencia en el manejo de esquemas tan globales.

La crisis de la teoría de la dependencia en América Latina, por otra parte, también se vinculó con su escaso poder explicativo dentro de las ciencias económicas ya que, en última instancia, reducía todo análisis a un círculo vicioso, para el cual no resultaba fácil desarrollar o aplicar modelos de análisis dinámicos y complejos. Y reitero, en el campo específico de la historia económica, sus limitaciones eran especialmente notorias por su falta de atención al nuevo y tan activo campo de investigación que es la historia regional. Es decir, han sido muy escasos los intentos bien documentados de aplicar el esquema centro-periferia en los países latinoamericanos, que hayan tenido éxito, ya que no se flexibilizó o profundizó la teoría para intentar proponer un mayor acercamiento a la realidad regional, tan compleja en términos geográficos, económicos, sociales, políticos y culturales.

En nuestra opinión, el legado de la escuela de la dependencia ha resultado mucho más pobre que el de las corrientes marxistas, por los motivos señalados. Pero ello no implica que haya que descartar la utilidad de algunos de los modelos o presupuestos de los dependentistas o, de manera más rigurosa, de los mejores exponentes de la escuela de la “teoría del desarrollo”, como Gerschenkron, Bairoch, Lewis, entre otros. De hecho, la influencia de los autores mencionados ha sido muy importante en la historia económica europea, por ejemplo, en el estudio de problemas acerca de las causas diferenciales del

despegue de la revolución industrial, de las bases agrarias del capitalismo moderno, del papel del Estado dentro de economías poco desarrolladas, etcétera. Y dichos estudios de la escuela de la “teoría del desarrollo”, insuficientemente incorporados en los programas docentes de las universidades latinoamericanas, pueden todavía dar pie a importantes esfuerzos que modifiquen la forma en que vemos la historia económica de nuestros países, es decir, desde una óptica comparativa.

En la crisis actual de los paradigmas se observa que tanto los planteamientos de algunos autores de la escuela de la teoría del desarrollo económico como aquellos de los mejores exponentes de la historiografía marxista siguen ofreciendo posibilidades para el avance de la historia económica. Esto parece indicar que la mencionada crisis no es tan seria en este campo de la investigación en historia económica como en otros afines de las ciencias sociales. Que sea así me parece que se debe, en buena medida, a la alta calidad de las investigaciones realizadas por los historiadores marxistas europeos desde un punto de vista documental y analítico. Ello es manifiesto en los ámbitos académicos europeos donde se reconocen los aportes fundamentales de pensadores y escritores como Hobsbawn, Hill, Kula, Bouvier, Vilar o Fontana, para citar solamente algunos. Para el caso de América Latina, también puede mencionarse un limitado número de historiadores económicos, formados en escuelas marxistas, que han elaborado trabajos de trascendencia, pero debe resaltarse que es solamente la alta calidad de sus análisis y documentación lo que permite que sus propuestas teóricas se incorporen a las nuevas propuestas (probablemente de distinto enfoque ideológico), que surgirán en los próximos años.

No obstante lo dicho, conviene señalar que la excesiva influencia de los enfoques marxistas y dependentistas en los ámbitos universitarios latinoamericanos ha hecho que se ignore gran parte de los mejores trabajos de historia económica realizados en los Estados Unidos, Canadá, Europa, Australia y otros países y regiones que no tienen la misma impronta ideológica. En este sentido, me parece que es urgente que los historiadores económicos de México intenten recuperar “el tiempo perdido”, mediante un profundo conocimiento de las numerosas y excelentes revistas de historia económica que se publican a nivel internacional.

La historia económica como nueva disciplina en América Latina y la necesidad de estrechar lazos con las ciencias económicas

Más allá del debate teórico puede sugerirse que la historia económica en América Latina se enfrenta con importantes retos de tipo metodológico. Ello es, en buena medida, consecuencia del carácter todavía incipiente —o sea,

todavía inmaduro— de los estudios de esta disciplina en las universidades y centros de investigación. Me refiero a la relativa escasez de cursos, revistas y organizaciones profesionales de historia económica, los cuales comienzan a surgir pero todavía sin el ímpetu y fuerza requeridos.

Es posible observar que, en contraste con América Latina, en Europa y los Estados Unidos ésta es una disciplina ya consolidada o madura. Ello se debe a que existe un gran cúmulo de trabajos realizados; al desarrollo de metodologías cada vez más complejas y sofisticadas, y a la mayor cantidad de recursos humanos, académicos, bibliográficos y financieros destinados a ella.

En Europa, la historia económica comenzó a madurar ya desde la década de 1920 cuando, tanto en Inglaterra como en Francia, se inició la publicación de revistas especializadas en este terreno, por ejemplo, la *Economic History Review* (desde 1926), órgano de la asociación de historiadores económicos ingleses; la *Revue d'Histoire Economique et Sociale* (desde 1908) y *Annales* (desde 1929), en las que han aparecido los trabajos de los historiadores económicos franceses. Por otra parte en varios países como Alemania, Bélgica, Holanda, Italia y la Unión Soviética, los trabajos de historia económica se multiplicaron desde entonces, permitiendo una progresiva acumulación de estudios que hoy constituyen una vasta bibliografía.

En los Estados Unidos los estudios de historia económica también cobraron fuerza en esos años, pero no fue sino hasta la década de 1940 que se creó la asociación de historia económica de ese país y su revista, *Journal of Economic History*. Desde entonces, la producción, por académicos norteamericanos, de trabajos sobre historia económica que incluyen no sólo la de Estados Unidos sino también de la mayoría de los países del mundo, ha sido notoria y supera ampliamente la de cualquier otro país. Dicho sea de paso, el número de trabajos publicados en los Estados Unidos sobre la historia económica de México aumenta año tras año y constituye una fuente inapreciable para la investigación.

Un caso distinto al anterior y más semejante al de México es el de España, que hasta fechas recientes tenía un fuerte rezago en el campo de la historia económica. Sin embargo, desde principios de los años setenta el avance de la historia económica en las universidades españolas ha sido muy grande y se manifiesta en la multiplicación de estudios sobre industria, agricultura, comercio, finanzas y banca. estudios que comenzaron en las universidades de Madrid y Barcelona, pero que ahora se realizan prácticamente en todas las universidades españolas de provincia. Al hablar con algunos historiadores españoles, especialmente con los de Madrid, éstos señalan el papel impulsor del Banco de España que, mediante la oferta de becas y con base en los congresos y publicaciones del Servicio de Estudios del Banco, permitió una especie de “despegue” de este campo de investigación.

En todo caso, la creación de una Asociación de Historia Económica de España, a principios del decenio de 1980, y la publicación de la *Revista de Historia Económica*, desde hace ya seis años, han consolidado este campo que avanza rápidamente.

En América Latina durante la década de 1980 se produjo una profusión de trabajos sobre historia económica, pero sería prematuro afirmar que la disciplina se haya consolidado. En Sudamérica, Centroamérica y el Caribe las dificultades institucionales estuvieron estrechamente vinculadas con las crisis políticas y económicas... la persecución política, la inestabilidad universitaria, la falta de recursos y de apoyos.

En México puede afirmarse que la situación es distinta, ya que existen recursos y plazas académicas (aunque todavía sean insuficientes) y se está descubriendo que abundan las fuentes primarias. Sin embargo, todavía no se consolida la disciplina, por lo que es muy sugerente que se organicen grupos de trabajo dedicados a investigar la historia de la minería, de los precios coloniales, de las finanzas, del capitalismo regional, etcétera.

En el caso de México puede observarse también un fuerte rezago en el terreno de la historia económica en las facultades de economía. Ello incide bastante en la capacidad que tiene el gremio para plantear nuevos modelos analíticos e inclusive en el desarrollo de estudios econométricos más sofisticados.

Hoy en día, la mayor parte de los estudios de historia económica son producidos en centros y facultades de historia, lo que se refleja en el escaso manejo de teoría económica de muchos de los trabajos y en la asombrosa falta de estudios sobre la historia económica mexicana de los decenios posteriores a la revolución de 1910-1920. Es urgente que las facultades de economía impulsen un mayor conocimiento de la evolución económica reciente del país, sin el cual toda nueva teoría difícilmente puede llegar a evaluarse científicamente. En otras palabras, el "control" de los modelos teóricos en el laboratorio histórico-económico es imprescindible, a no ser que se desee vivir de esquemas intelectuales prefabricados e importados.

Las nuevas fuentes y temas de estudio

La necesidad de contar con información cuantitativa y cualitativa suficiente para evaluar los modelos teóricos me lleva al último punto que quisiera comentar: el que se refiere a la riqueza de fuentes que comenzamos a descubrir todo lo que trabajamos en el campo de la historia económica de México. Con frecuencia se escucha que las fuentes para ésta son difíciles de localizar; es cierto que muchas empresas y bancos no permiten consultar sus archivos,

también que muchas familias de empresarios tiran los suyos; es cierto que muchos ramos de documentación de historia económica han sido destruidos o se han perdido a causa de la negligencia de funcionarios que, por ejemplo, vendieron archivos estatales y, además, es cierto que muchos otros ramos no han sido todavía catalogados en los respectivos archivos.

No obstante, una revisión del número de fuentes existentes y de las nuevas que se van “descubriendo” revela que la historia económica es una de las más privilegiadas de las diversas subdisciplinas históricas, en este sentido. Nos referimos a que existen archivos de empresas y archivos públicos –como los notariales y judiciales–, que han proporcionado una cantidad insospechada de materiales para la historia económica; archivos de la Iglesia que comienzan a explotarse, y un gran número de archivos institucionales que anteriormente no llamaban la atención de los investigadores o no eran accesibles.

Claro está que frecuentemente la labor de catalogación es tan formidable que hace difícil la utilización del archivo a corto plazo. Hay que recordar, por ejemplo, el ramo de *Aduanas* del Archivo General de la Nación (AGN), con sus 9 000 cajas sin ordenar aún, o el ramo de *Tabacos*, del mismo archivo que, con sus 15 000 cajas sin catalogar no puede ser consultado con eficacia o, inclusive, los ramos de *Real Hacienda* o *Hacienda Pública*, tanto de los archivos de los estados como del AGN, que apenas comienzan a organizarse.

Pero también debe subrayarse el gran esfuerzo que se está haciendo para su catalogación. El AGN acaba de editar una guía de sus fondos que es equiparable con las mejores del mundo y que abre enormes posibilidades al investigador. En ese mismo archivo se llevan a cabo actualmente diversos proyectos conjuntos de catalogación; por ejemplo, en proyecto conjunto con el Instituto Mora se está ordenando el material referente a alcabalas de la Dirección General de Rentas, para el periodo 1820-1860 (alrededor de 400 cajas), que será de enorme utilidad para la historia financiera y fiscal, nacional y regional. El Banco Nacional de México, por su parte, acaba de iniciar la organización de su archivo histórico, el primer archivo histórico de un banco en México. Y tenemos información de la riqueza potencial de Nuevo León, donde hay archivos recientemente abiertos como el de la Fundidora, que fue durante largo tiempo la mayor empresa industrial metalúrgica del país.

La consulta del enorme cúmulo de información que albergan dichos archivos implica un difícil pero no imposible reto pues otro mito que ha pasado “a la historia” es el de la dificultad de manejar largas series estadísticas. En los años treinta, el famoso historiador Earl Hamilton, aún sin calculadora portátil (ni mucho menos computadora) realizó varios de los más importantes estudios sobre el tema de la transferencia de la plata de América a Europa y su impacto sobre el capitalismo europeo en los siglos XVI a XVIII. Actualmente,

con las computadoras, hojas de cálculo y graficadoras no resulta viable el argumento de que no se puede trabajar bien la información de tipo cuantitativo. Y es precisamente la historia económica una de las disciplinas que más se beneficia con estos avances de la industria electrónica y su aplicación a las ciencias sociales.

En resumidas cuentas, si bien existen todavía grandes obstáculos para el avance de la historia económica en México, así como en el resto de América Latina, también existen grandes potencialidades. El problema, sin embargo, no reside sencillamente en las labores de acumulación y procesamiento de información empírica o cuantitativa. A un sólido manejo metodológico de estos materiales hay que agregar un claro y original análisis, una serie de propuestas teóricas, hipótesis sugerentes y nuevos parámetros para la investigación que permitan avanzar en los trabajos a los que nos dedicamos.

HISTORIA DE LA MUJER EN MÉXICO

JOSEFINA MURIEL*

De ésta, nuestra vida común de mujeres, de esa historia que va formándose en nuestra convivencia diaria con los hombres, y de los valores que la engendran, he querido destacar algunos estudios históricos que se han hecho y que, al correr del tiempo, van constituyendo formalmente la historiografía de la mujer.

Voy a mencionar los estudios que se han ocupado de las mujeres, señalando aquellos valores de sus vidas que las hicieron personajes de la historia.

En la época colonial, las mujeres se insertan como protagonistas de la historia a través de su participación en la conquista, con todos los valores humanos que esto conlleva; el ejemplo es el trabajo hecho por Bernal Díaz del Castillo sobre doña Marina, por la parte indígena, y de cuatro o seis españolas, por la parte hispana.

Bernal, testigo presencial que convivió con ellas, ha sido la fuente básica, aunque no única, para todos los estudios que se han hecho, especialmente en nuestro tiempo, el siglo XX, sobre las mujeres de la época de la conquista.

Imposible citar aquí todas las obras, artículos, ponencias, etcétera, que sobre esas mujeres han dimanado de dicha obra.

En los escritos de Bernal Díaz, doña Marina aparece como la gran señora de la conquista: inteligente, guapa, sagaz, desenvuelta, amorosa, conversa a la religión católica y primera predicadora del evangelio. Así la define él, y así realza su figura y sus virtudes en numerosos capítulos.

Las historias que de ella se han escrito posteriormente tienen enfoques diversos: le restan importancia, la exaltan como elemento básico de nuestra nacionalidad mestiza o la vilipendian como traidora a los indígenas. Empero unos y otros lo hacen usando básicamente la misma fuente.

No es posible hacer aquí un estudio bibliográfico y crítico de todo lo que se ha escrito de esta importante mujer, pero a los interesados les recomiendo leer nuevamente a Bernal y luego revisar en nuestras ricas bibliotecas, en el fichero

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

onomástico bajo los nombres doña Marina o Malinche, para constatar cuánto se ha escrito acerca de ella y cuántas diferentes opiniones y puntos de vista se han tenido, usando la misma fuente.

Si pasamos a la época colonial encontramos que las mujeres, como sujetos de la historia que en ese tiempo se escribe, son aquellas que se destacan por lo que se consideraba como el máximo valor, el religioso-moral, con todo lo que involucra: virtudes personales, virtudes teologales cardinales, practicadas frente a su mundo, así como la promoción institucional, fundación de conventos, colegios, recogimientos, hospitales, misiones y ayuda social a huérfanos, viudas y miserables. Lo que significa que se escribe la historia de las mujeres cuyas vidas son ejemplares.

Así encontramos las biografías de mujeres ejemplares escritas por hombres y por mujeres. Las de ellos se escriben para publicarse, las de ellas quedan casi siempre manuscritas. Carlos de Sigüenza y Góngora en su *Paraíso Occidental*, cuyo contenido es la historia del Real Convento de Jesús María, la fundación del de Santa Teresa del siglo XVI, así como las biografías de las monjas más distinguidas, sea por su virtud o por sus aptitudes para crear otras instituciones, hace un reconocimiento a la capacidad literaria de las mujeres que colaboran con él, y alabando sus magníficos escritos confiesa que los copia, pues nada mejor puede añadir a ellos.

Esta obra ha sido muy leída y utilizada por muchos historiadores, como Gómez de la Parra, que se ocupó de la historia del Convento de San José de Carmelitas de Puebla, relatando los sucesos ocurridos durante el primer siglo de vida de esa institución. Su historia comprende no sólo el aspecto religioso; narra también la vida de aquellas doncellas que llegaban a América buscando un buen matrimonio y que pasaron, en el mar océano, tormentas, peligros y aventuras, que fueron abandonadas en una isla en donde lograron sobrevivir como “robinsonas” del siglo XVI, hasta ser rescatadas.

A esta obra podemos añadir la *Tebayda en Poblado* de Francisco de Villarreal y Águila, que fue publicada en Madrid en el siglo XVII, y que es también una rica fuente de información para conocer la cultura, la religiosidad, el valor, el carácter y la capacidad de aquellas mujeres españolas que vinieron a América para crear aquí las instituciones hispanas. En esta obra, a la vez, se manifiestan el aprecio y la valoración que el estado y el pueblo otorgaban a esas mujeres por el hecho de ser monjas. Evidencia de esto queda, por ejemplo, en aquel relato del acompañamiento que prominentes caballeros, soldados y autoridades les hicieron durante el viaje de Toledo a Sevilla, y de Veracruz a México.

Libros éstos, y otros muchos que no puedo citar aquí, son de tan capital importancia en la historiografía colonial, que sin su conocimiento quedan en la incógnita la vida social y religiosa de las mujeres de esa época y la razón de

ser de la existencia de una gran parte de la arquitectura, pintura, orfebrería y demás obras de nuestro arte colonial.

¿Cómo podemos explicarnos que una “miserable” mujer fuera la fundadora y promotora del gran colegio de Santa Rosa de Querétaro, si no conocemos su crónica?

Todas estas obras, las impresas que he mencionado y las innumerables que existen manuscritas, son en la parte referente a la historia de las fundaciones de una incontrovertible exactitud, pero cuando entran en el terreno biográfico –la noticia, el dato que las monjas proporcionaron– escapan del terreno de la historia –espacio y tiempo– y se adentran en el campo de la mística, de “ese saber no sabiendo toda ciencia trascendiendo” que diría San Juan de la Cruz. Por lo cual se hace muy difícil el estudio de sus obras como fuentes históricas.

Al lado de los trabajos escritos por hombres están aquellos que las mujeres escribieron acerca de sí mismas y sobre sus congéneres. Entre éstos tenemos las historias y crónicas de las instituciones, tales como conventos, colegios y beaterios, así como las biografías y las autobiografías.

Las autobiografías son generalmente de carácter místico, aunque no toda la mística es autobiográfica. Ejemplo de estos trabajos es el relato de la venerable María de Jesús de Puebla, quien dicta sus experiencias místicas a su secretaria Agustina de Santa Teresa.

Las crónicas siguen en su organización y sentido providencialista de la historia los mismos lineamientos que las de los varones y tienen, como las de éstos, la parte final dedicada a las biografías que, en las de ellos, se denominan menologios. Estas crónicas tienen el mismo carácter de exaltación del valor religioso y de la práctica de virtudes cristianas; también, en muchos casos, el señalamiento de la colaboración de las mujeres en las obras de los varones, por ejemplo, en lo referente a la acción evangelizadora, educativa y de servicio a los menesterosos.

Hubo también biografías de mujeres escritas por hombres cuyo propósito fue destacar y alabar las obras de señoras prominentes y de gran fortuna que se dedicaron a la atención de los pobres, como doña Agustina Picazo de Hinojosa, o la alcaldesa de Tepeaca, cuya generosidad no tenía límite. Asimismo, la biografía que el padre Oviedo dedicara a la distinguida señora doña Gertrudis de la Peña, marquesa de Torres Herrada, fundadora de la Casa Profesa de los jesuitas. Otro ejemplo es la biografía que Ponce de León hiciera en 1572 de Josefa Antonia Gallegos, la Abeja de Michoacán, cuya actividad quedó demostrada en escuelas, conventos y hospitales en Pátzcuaro y Cocupao.

Existen además las biografías contenidas en los sermones funerarios o panegíricos, en los que se encuentra gran información histórica, pero

que debe tomarse con cuidado, teniendo en cuenta que fueron hechos para elogiar a las difuntas.

Hay otros trabajos, referentes a varones, que contienen una gran cantidad de información sobre las mujeres en el virreinato, cuyas vidas, según dijo Bernardo de Balbuena a Isabel de Tovar, dejó “cubiertas el velo del recato”. Me refiero a las vidas de quienes a causa de la pobreza, acababan viviendo en los cuartos de la calle de las Goyas. Estas obras no hablan de sexualidad, pero sí de la corrupción en la que caían algunas mujeres por la pobreza, así como de los medios que se utilizaron para protegerlas. Entre estas obras hay dos muy importantes: una es la biografía de Domingo Pérez de Borcia, fundador del recogimiento voluntario de mujeres, denominado San Miguel de Belem de México, escrita por el padre Julián Gutiérrez, y la otra, el *Dechado de Príncipes Eclesiásticos...*, don Manuel Fernández de Santa Cruz, escrita por fray Miguel de Torres, que presenta el problema de las “mujeres perdidas” en Puebla y relata la fundación de las instituciones para su protección.

Las anteriores son riquísimas fuentes de noticias que los historiadores actuales pueden completar con los datos que existen en el Archivo General de la Nación, en los ramos *Criminal* y *Divorcios*.

La historiografía de la mujer en la época colonial resultaría incompleta si no mencionamos las publicaciones de obras de mujeres dedicadas a la poesía. No me referiré aquí a Sor Juana Inés de la Cruz porque su obra es ampliamente conocida. Quiero recordar otras féminas, seglares y monjas, que escribieron poesía y participaron en concursos literarios: esta presencia consta en las publicaciones respectivas así como en otras, de homenaje a poetas y virreyes. Nadie ha hablado con más clara valoración de estas obras que el gran humanista de nuestro tiempo, Alfonso Méndez Plancarte, quien las rescata del anonimato y las vuelve parte activa de la historia cultural de la Nueva España.

Durante el siglo XIX la historiografía de la mujer presenta otros aspectos. Se inicia con obras laudatorias que exaltan otros valores, por ejemplo, el amor patrio, a causa de los acontecimientos de ese tiempo. Destaca en especial la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi, *Hermanas mexicanas*, escrita en 1825 y en la que presenta las biografías de María Leona Vicario, María Rodríguez de Lazarín, María Fernina Rivera, Manuela Herrera, entre otras.

Desde luego que no dejan de realizarse también biografías de religiosas. Ejemplo de ellas son las escritas por Manuel Sartorio, en 1810; por Benito Díaz de Gamarra, en 1831, y por Agustín Rivera, en 1832, sobre monjas distinguidas. Continúan asimismo las historias de los conventos, como la de Agustín Rivera, de 1874, pero estas obras no tienen la calidad de las anteriores crónicas conventuales, pues las instituciones monásticas bajan a las catacumbas en virtud de las Leyes de Reforma.

Hay un tema clave en la historia de las mujeres en el siglo XIX: que las mujeres incrementan su cultura. Es un interés que aparece en este siglo y su análisis es imprescindible para entender el surgimiento de nuevas problemáticas.

Esta inquietud se vivía en todo el mundo y en Nueva España se preparaba desde el siglo XVIII; en la creación de los grandes colegios para mujeres y de las escuelas públicas esta preocupación estaba presente ya en tiempos del virrey Revillagigedo.

Lo más importante es señalar que los postulados educativos cambian al ampliarse los intereses culturales. El mundo cerrado de la novohispana se abre lentamente... Empiezan así a aparecer semanarios, folletos, revistas y libros que tratan el problema; por ejemplo, en el *Semanario Económico de México* (1810), se publica un artículo acerca de “si a las mujeres conviene la ilustración”; en 1818, en *La Quijotita y su prima*, Fernández de Lizardi hace una feroz crítica a la antigua educación femenina, y Ana Josefa de la Barda proporciona argumentos sobre el tema en su folleto titulado *Necesidad de un establecimiento de educación para las jóvenes mexicanas*.

También Manuel Payno se ocupó de este asunto; en 1845 escribió un artículo en la *Revista Científica y Literaria de México* sobre la “Educación maternal”.

En la misma línea podemos incluir las conocidas revistas *Presente Amistoso a las Señoritas Mexicanas*, de 1851, y el *Calendario de las Señoritas Mexicanas*, obras ambas llenas de consejos a las jóvenes, y también “La educación de la mujer”, artículo publicado en 1856 en el *Monitor Republicano*.

Tampoco faltan las plumas extranjeras: *Cartas sobre la Educación del Bello Sexo* es obra de una señora americana, y apareció en 1851 con la firma A. M.

El avance de las ideas se evidencia de manera más vigorosa en “Celibato Femenino” artículo de Manuel Payno, publicado en 1843, en *Siglo Diez y Nueve*.

Todas estas obras de varones son fuente riquísima para quien desee contribuir a la historiografía de la mujer en el siglo XIX, ya que en ella están las nuevas motivaciones que explican el actuar de las mujeres en épocas posteriores.

Entre las publicaciones del XIX hay una, de 1893, referente al papel de la mujer en la literatura: es la de José María Vigil titulada *Poetisas Mexicanas*. Este trabajo es pionero y demostrativo del interés por indagar la cultura de las antepasadas.

Otra obra muy interesante, en este caso con respecto a la inserción de la mujer en el trabajo fue el panfleto “Ventajas políticas, civiles, fabriles y domésticas que por dar ocupación también a las mujeres en las fábricas de maquinaria moderna que se están levantando en México deben recibirse”, escrito en 1837 por Esteban de Antuñano, en Puebla.

Este trabajo es importante para conocer el lugar que la mujer empieza a ocupar en los procesos de la industrialización en México.

En la historiografía del siglo XX se observa un interés por hacer una historia nacional que se explique no sólo por la obra de los hombres sino por la acción de hombres y mujeres. Ese interés se manifiesta en estudios que, sin apoyarse en posturas de un feminismo de lucha, tratan de presentar la participación de las mujeres como integrantes activas de la sociedad.

La primera obra de este siglo es la de Laureana Wright de Kleihans, titulada *Mujeres notables de México*, publicada en 1910. Es un estudio sobre las escritoras a su juicio más destacadas de la colonia. Su obra no es una investigación documental de primera mano, pues se apoya en las informaciones de José María Vigil, pero sus opiniones sobre las autoras son de importancia porque contienen una crítica que evidencia el pensamiento positivista de su época.

Pero el tema que adquiere mayor importancia en la historiografía de la mujer es su actuación como personaje fundamental en el poblamiento de Hispanoamérica, en la formación y desarrollo de la familia y en la educación de los hijos; como transmisora de los valores a través de los cuales su sociedad se explica. Como divulgadora de la cultura en el hogar, sus tareas abarcaban desde enseñar el lenguaje –la lengua castellana–, hasta las habilidades en la cocina; desde la enseñanza de la religión con el catecismo, hasta la práctica cotidiana de la misma y la instrucción elemental a las hijas, mediante la lectura. En fin, la mujer transmitía todo un estilo de vida. Mas todo esto analizado no sólo en familias constituidas por matrimonios aceptados jurídicamente (monogámicos e indivisibles), sino también en las familias que funcionaron al margen de la ley.

A estos grandes temas que nos permiten el conocimiento profundo de la sociedad colonial, se suma otro ya tratado y no menos importante por estar enraizado en ella; me refiero al estudio de las mujeres creadoras de instituciones religiosas, educativas y de beneficencia.

Con el propósito de dar a los interesados una idea general de lo que se ha investigado sobre historia de las instituciones, de la educación, de la vida social y del derecho, menciono a continuación algunas obras publicadas en este siglo, siguiendo una secuencia cronológica.

En el caso de los numerosos artículos publicados en revistas especializadas, sólo me refiero a los que me parecen más notables.

Sobre conventos, colegios y fundaciones algunas publicaciones son:

FERNÁNDEZ DURÓ, Cesáreo, *La mujer española en Indias*, Madrid, Tipografía de la viuda de M. Tello, 1902.

- MURIEL, Josefina, *Conventos de monjas en la Nueva España*, México, San-tiago, 1946, 553 p., ils.
- y Manuel Romero de Terreros, *Retratos de monjas*, México, Editorial Jus, 1952, 227 p., láms.
- , *Las indias caciques de Corpus Christi*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1963, 401 p.
- y Alicia Grobet, *Fundaciones neoclásicas, la marquesa de Selva Nevada, sus conventos y sus arquitectos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969, 131 p.
- STAPLES, Anne, F., *La cola del diablo en la vida conventual: Los conventos de monjas del Arzobispado de México, 1823-1835*, tesis de doctorado presentada en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, México, 1970.
- LAVRIN, Asunción, *Problems and Policies in the Administration of Nunneries in Mexico 1800-1835*, Washington, D. C., Academy of American Franciscan History, 1971.
- ROSALDO, Michelle Z. y Louise Lamphere (eds.), *Woman, Culture and Society*, Stanford, University of Stanford, 1974.
- LAVRIN, Asunción (comp.), *Latin American Women: Historical Perspectives*, Wesport, Conn., 1978.
- (comp.), *Las mujeres latinoamericanas: perspectivas históricas*, traducción de Mercedes Pizarro de Parlange, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 384 p.
- MURIEL, Josefina, *Cultura femenina novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1982, 548 p., ils. (Serie de Historia Novohispana, 30).
- MALVIDO MIRANDA, Elsa, *La mujer ante la historia de México. Los aportes de la demografía histórica para el estudio de la mujer*, trabajo presentado en el taller La mujer en la historia de México, en el PIEM, COLMEX, el 29 de febrero de 1984.

En cuanto a los artículos se han elaborado los siguientes, entre otros:

- LAVRIN, Asunción, “Ecclesiastical Reform of Nunneries in New Spain in the Eighteenth Century”, en *The Americas*, v. XXII, n. 2, Washington, 1965, p. 182-230.
- , “La riqueza de los conventos de monjas de Nueva España. Estructura y evolución durante el siglo XVIII”, en *Cahiers des Ameriques Latines*, n. 8, Paris, 1973.

GALLAGHER, Ann Miriam, O. S. M., "The Indian Nuns in Mexico City's Monasterio of Corpus Christi", en *Latin American Women*, Connecticut, Greenwood Press, 1978.

LAVRIN, Asunción, "In Search of the Colonial Women: The Seventeenth and Eighteenth Centuries", en *Latin American Women: Historical Perspectives*, Westport, Connecticut, 1978, p. 23-59.

La historia de la educación de la mujer novohispana ha aparecido dentro de obras generales sobre la educación como son, por ejemplo:

TORRE VILLAR, Ernesto de la, "Notas para una historia de la instrucción pública en Puebla de los Ángeles", en *Estudios Históricos Americanos*, México, El Colegio de México, 1953, p. 565-684.

GÓMEZ CANEDO, Lino, *La educación de los marginados durante la época colonial. Escuelas y colegios para indios y mestizos en la Nueva España*, México, Porrúa, 1982, 425 p.

CASTAÑEDA GARCÍA, Carmen, *La educación en Guadalajara durante la Colonia, 1552-1821*, México, El Colegio de Jalisco, El Colegio de México, 1984, 513 p., ils., mapas.

Se han publicado también obras dedicadas específicamente a la educación de las mujeres en diversas instituciones, por ejemplo:

FOZ Y FOZ, Pilar, *La revolución pedagógica en Nueva España, 1754-1820 (María Ignacia de Azlor y Echevers y los Colegios de la Enseñanza)*, 2 v., Madrid, 1981.

GONZALBO AIZPURU, Pilar, *El humanismo y la educación en la Nueva España*, México, Caballito, 1985, 159 p.

VARIOS, *Los vascos en México y su Colegio de las Vizcainas*. México, Cigatam, 1987.

Pilar Gonzalbo Aizpuru ha publicado también una importante obra, *Las mujeres en la Nueva España. Educación y vida cotidiana*, en 1987, además de diversos artículos sobre el tema. De ellos citaremos "Continuidad y ruptura en la educación femenina en el siglo XVI", aparecido en *Presencia y Transparencia*; "Ensayos sobre la mujer en la historia de México" (1987), y "La educación femenina" (1990), en *Historia de la educación en la época colonial*.

En la historia de la familia tenemos como ejemplos los artículos "Marriage and Legitimacy in Mexican Culture. Mexico and California" de Woodrow Borah (*California Law Review* 54, 1966, p. 946-1008) y "Women, the Family and the Law in Eighteenth Century Mexico", de Edith Couturier. A éstos hay

que añadir, por su importancia, los trabajos “Women and Family in Mexico City, 1800-1857” (tesis doctoral presentada ante la Universidad de Stanford en 1977), y “Marriage patterns in Mexico City, 1810”, publicado en *Journal of Family History* (volumen 3, 1978), ambos de Silvia M. Arrom, además de “La mujer y la familia en la sociedad mexicana” de María de Jesús Rodríguez Valdez y “Mujeres y familia en Nueva España” de François Giraud, trabajos ambos presentados en el taller La mujer en la historia de México, en el PIEM (COLMEX), en 1984. Finalmente, el libro *To Love, Honor and Obey in Colonial Mexico: Conflict over Marriage Choice, 1572-1821*, California, Stanford University Press, 1988.

En lo que respecta al tema de historia social destacan:

ROSALDO Z., Michelle y Louise Lamphere (eds.), *Women, Culture and Society*, Stanford, Stanford University Press, 1974.

LADD, Doris M., *The Mexican Nobility at Independence, 1780-1826*, Austin, Texas, 1976, y *Latin American Perspectives. Women and Class Struggle*, Austin, Texas, 1977.

COUTURIER, Edith, “Women in a Noble Family: the Mexican-Counts of Regla, 1750-1830”, en *Latin American Women*, Connecticut, Greenwood Press, 1978.

ARROM, Silvia, “Cambios en la condición jurídica de la mujer mexicana en el siglo XIX”, en *Memoria del Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, México, 1981.

ATONDO R., Ana María, “Prostitutas, alcahuetes y mancebas, siglo XVI” en *Familia y sexualidad en la Nueva España*, México, SepSetentas, 1982.

TUFINO, John, “Power, Class and Family: Men and Women in the Mexican Elite, 1750-1810”, en *The Americas*, v. 39, 1983.

Agradezco a la maestra Ana Rita Valero su colaboración en el aspecto bibliográfico.

HISTORIA REGIONAL UN APORTE A LA NUEVA HISTORIOGRAFÍA

CARLOS MARTÍNEZ ASSAD*

Thomas Benjamin ve en el desayuno de los zapatistas en Sanborns (en realidad se trataba del Jockey Club), en el año de 1914, una alegoría de la conquista del centro por las regiones, porque ese episodio muestra la significación del aspecto regional de la Revolución mexicana.¹ Por su parte Frank Tannenbaum decía, en 1933, refiriéndose a la Revolución mexicana: “No ha sido una revolución nacional en el sentido de que todo el país participó en el mismo movimiento al mismo tiempo”.²

Entre ambas citas median casi sesenta años, de lo cual deduzco que la visión premonitrice de Tannenbaum apenas si pudo constatar con las investigaciones que en ese lapso, y más particularmente desde 1968, ocuparon a los académicos interesados en explicar la historia, desprendidos de los parámetros teóricos e interpretativos más usuales, así como de la postura oficialista que contempla a la Revolución como un proceso en marcha.

Dos niveles, uno internacional y otro nacional, impactarán a los enfoques regionales de la historia. Por un lado, la crisis de los paradigmas teóricos que afectaron, de manera particular, a los países europeos influyendo definitivamente en todos nosotros; por el otro, la imposibilidad de mantener, ante un mundo en constante cambio, versiones explicativas de la historia nacional, realizadas en momentos en que el proceso de institucionalización requería el reforzamiento de ciertos mitos y pasajes que alentarán la historia oficial, esa que dio origen a la historia de bronce y a la historia simplificada para los niños en edad escolar.

Una coincidencia generalizada señala la publicación de *Pueblo en vilo. Historia de San José de Gracia* de Luis González y González, en 1968, como el

* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

¹ “Regionalizing the Revolution. The many Mexicos in Revolutionary Historiography”, en *Provinces of the Revolution. Essays on Regional Mexican History 1910-1929*, Estados Unidos, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990, p. 319.

² *Ibidem*.

primer paso en firme para combatir la historia acartonada y llena de lugares comunes que no hace sino repetir, en un sentido cronológico, los acontecimientos que refuerzan nuestra débil concepción del nacionalismo. Desde luego hubo excepciones; aquellos que, desde una perspectiva crítica pretendieron rescatar el verdadero sentido de nuestra historia. En México, Jesús Silva Herzog y más adelante Arnaldo Córdova, y en el extranjero, F. Tannembaum, Dulles y finalmente Womack quien, también en 1968, publicó en español su libro *Zapata y la Revolución Mexicana*. Tiempo de sorpresas y de anuncio de una nueva historiografía que buscará interpretar la historia desde otras perspectivas; ese mismo año apareció el libro de Cockroft *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*.

Sin que sus autores hubieran buscado conscientemente una propuesta común, los tres libros mencionados demostraban la importancia de las regiones en los procesos históricos del país. Michoacán, Morelos y San Luis Potosí, como representaciones de esos espacios, accedían a ser lugares de referencia imprescindibles para la nueva historia que se estaba escribiendo, una historia que daba lugar a varias historias; tantas como espacios identificables política, cultural, social o geográficamente podían distinguirse.

Womack escribió que “durante la campaña presidencial de 1909 a 1910 y con la Revolución maderista, a menudo varios héroes locales se convirtieron en figuras de prominencia nacional”; muchos de ellos escribieron sus memorias o narraron su vínculo con la Revolución; después vino una pléyade de historiadores *amateur*, interesados más que nada en “exaltar” la participación de su pueblo, de su provincia, en ese evento. Algunos de esos trabajos tuvieron como principal virtud la de alentar a los cronistas locales para continuar registrando los hechos que los impactaban.

La historia regional se nutre de esa herencia que pretendió institucionalizarse con la formación del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, dependiente de la Secretaría de Gobernación, durante el régimen de Adolfo Ruiz Cortines. Allí, con ánimo celebratorio del cincuentenario del inicio de la Revolución, se elaboraron monografías acerca de la participación de todos los estados de la República. Aunque prevaleció la intención de continuar con la “exaltación” de la provincia respectiva, los textos se convirtieron en un antecedente importante para los estudios de historia regional, la que tantas dudas continuaba suscitando entre los académicos.

Resulta extraño, y no es sino muestra del dificultoso camino recorrido por los enfoques regionales, que la compilación *Interpretaciones de la Revolución mexicana*, publicada en 1979 por la UNAM y Nueva Imagen, prologada por Héctor Aguilar Camín y con una nómina de autores que reunió a Adolfo Gilly, Arnaldo Córdova y Enrique Semo, no contuviera ninguna alusión siste-

mática al contenido regional de la Revolución a pesar de que el libro de Aguilar Gamín, *La frontera nómada*, tenía ya dos años de haberse puesto en circulación.

Para entonces habían transcurrido diez años desde la aparición de *Pueblo en viño* y, sin embargo, apenas comenzaban a descollar las historias regionales; Romana Falcón acababa de publicar *El agrarismo radical en Veracruz* y, en 1979, apareció también mi libro *El laboratorio de la Revolución. El Tabasco garridista*. Si Falcón se empeña en demostrar el origen agrario de la revolución, el caso de Tabasco propone diferencias que anteponen a lo popular la presencia inevitable del caudillismo regional y la movilización de clases medias, así como de grupos beneficiados por el antiguo régimen. Friedrich Katz ha expuesto bien el problema al interrogarse sobre por qué algunos campesinos se rebelaron y otros no; y sobre cómo es que no existe una correspondencia entre el grado de explotación a que estaban sujetos en el porfiriato y la actitud que asumieron durante la Revolución.³

Pero el hecho de que hace veinte años se haya producido el despegue de una nueva concepción de la historia y encuentre apenas su punto climático en la actualidad permite suponer que lo que se inició en 1968 no fue lo que en términos muy amplios designamos como historia regional, sino el nacimiento de una corriente que se propuso revisar las hipótesis más socorridas sobre la historia contemporánea de México. La corriente *revisionista*, como designaron Alan Knight y Thomas Benjamin a esa nueva concepción de la historia, alcanza de manera más amplia a distintos campos, buscando nuevos derroteros para averiguar no sólo las motivaciones de los actores sociales sino también para analizar las ideas, la vida cotidiana, las mentalidades, la cultura en su acepción más amplia.

Los nuevos estudios hicieron varias aportaciones: en adelante ya no sería la historia de los vencedores la única que ocuparía ese rango; apareció —y era necesaria— esa otra cara de la moneda, la historia de los vencidos, de quienes llegaron a impactar el proceso de desarrollo político del país a través de movimientos sociales que, aunque importantes por su alcance regional o local, no formaron parte de los vencedores, al menos como se les consideraba desde la perspectiva de la historia oficial, o según el punto de vista de la Revolución que vino del norte.

Podría mencionarse a Ignacio Gutiérrez o a Carlos Greene en Tabasco, a los Escudero en Guerrero, a Cedillo en San Luis Potosí.

Se aceptó así en el medio académico la importancia de la historia independientemente de que tal o cual caudillo, cacique, líder o movimiento se ubicaran al lado del poder, del grupo hegemónico, en el nivel nacional. Esto fue

³ "Las regiones en la Revolución. Un itinerario historiográfico", en Carlos Martínez Assad, *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, UNAM, Porrúa, 1990, p. 32.

importante para que surgiera todo tipo de planteamientos o de problemas que antes parecía casi imposible que fueran considerados en una orientación que, por cierto, debía gran influencia al marxismo ortodoxo, en la limitada acepción de la escuela soviética de historia, vinculada a las interpretaciones oficialistas del gobierno mexicano.

A medida que se derrumbaban barreras, surgía una nueva historia más rica, más compleja y menos esquemática. Desde entonces, se amplió el mapa nacional y los estudios sobre Chiapas, Oaxaca y Guerrero, por ejemplo, comenzaron a aparecer mostrando que la Revolución, aunque vino del norte y se arraigó en el centro, no era exclusiva de esas regiones. A la revolución centralizadora se unió otra que, con los mismos postulados del jacobinismo original, pero con el reforzamiento de la educación racionalista o protestante, y de otros procesos modernizadores, buscó la descentralización y la autonomía para su ejercicio político. Claro que el caciquismo arraigó tanto en el norte como en el sur, actuando generalmente como agente de modernización.

Cada región tiene su propia historia, su propia guerra y su propia revolución, sus personajes particulares, sus movimientos; en ellos encuentra su identidad que permite afianzar la identidad nacional, pero como algo propio, que no es impuesto. Zapata, Villa, Cárdenas encuentran el refuerzo necesario en ambas perspectivas, mientras Cedillo, Tejeda, Carrillo Puerto o Garrido Canabal son reivindicados en sus respectivas regiones, fortaleciendo los lazos internos y delimitando especialmente propuestas que no llegaron a impactar sino en forma parcial la política nacional.

De lo anterior se desprende que la historia contemporánea tiene dos lógicas, complementarias entre sí, la nacional y la regional, que difícilmente pueden abstraerse una de la otra. Son numerosos los estudios que así lo constatan. Lo regional supone un conocimiento de lo nacional y su objetivo es complementario. La historia regional no sólo contribuye a explicar fenómenos y condiciones locales, sino que también permite un conocimiento más amplio, aunque su calidad está en la diversidad para analizar las mismas situaciones históricas. Por ejemplo, ni el maderismo ni el carrancismo impactaron igualmente a toda la nación, según se desprende de los numerosos estudios de los que disponemos ahora. En el otro sentido, una obra de actualidad que pretende dar una visión global del país difícilmente puede abstraerse de lo regional. Pongamos de ejemplo un libro por todos conocido, *La guerra secreta*, de Katz, es, al mismo tiempo, la explicación de los años difíciles de la Revolución, vista ésta desde los bastidores del poder, y el estudio de las causas de los levantamientos norteros, en particular en Chihuahua.

Por ello, el desafío actual para los estudiosos de la historia nacional es cómo unir los dos niveles con originalidad; es decir, mostrando algo nuevo, un

proceso desconocido o ignorado, un rebelde atípico, lo que sería un movimiento o un escenario en busca de autor. Pero hay que evitar la fragmentación, la dispersión, y no limitarse al estudio de los casos, pues luego sería imposible una sumatoria de todos ellos. Por eso, de lo que se trata es de romper las orientaciones de una arraigada tradición de política centralizada, que determinó la forma de acceder a la enseñanza de la historia desde la primaria e incluso en otros niveles educativos. Por fortuna, el quehacer que realizan grupos de investigadores –sociólogos, politicólogos, antropólogos, etcétera– por todo el país ha permitido revalorar en los últimos años un pasado –muchas veces condenado o simplemente olvidado– que permite concebir las identidades más sólidamente y no sólo por buscar alguna adecuación con los marcos teóricos.

Sin esa nueva suma de recursos humanos presentes por todo el país no se entendería el surgimiento de colegios, institutos y programas; incluso es conveniente reforzar un proyecto como el de elaborar libros de texto para rescatar los acontecimientos, los personajes y el paisaje local o regional para encontrar una mejor disposición al aprendizaje. Sin embargo, cuando se trató de poner en práctica un proyecto de este tipo se enfrentó un sinnúmero de prejuicios y el reforzamiento ideológico del centralismo, por lo cual dicho proyecto no tuvo alcances significativos que, aunque en otra dimensión probablemente ni siquiera equiparable, lo igualaran o acercaran al libro de texto gratuito.

Algo particularmente relevante ha sido el rescate de archivos en un trabajo silencioso de los investigadores y mal pagado por las instituciones educativas o ignorado por las dependencias gubernamentales. Pero, pese a todo, son muchas las fuentes rescatadas, numerosas las entrevistas realizadas, las colecciones hemerográficas salvadas y los archivos personales consultados.

En el rescate de documentos destacó el programa que impulsó Eugenia Meyer en el Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora. Varias antologías fueron realizadas para dar al investigador o al lector interesado semblanzas de todos los estados de la República, desde los muy visitados, Chihuahua, Veracruz, Sonora y Aguascalientes hasta los escasamente considerados como Colima, Quintana Roo y Nayarit.

Surgieron, además, bastiones importantes de la historia regional como El Colegio de Michoacán, la Universidad de Guadalajara, la Universidad de Oaxaca y la Universidad Veracruzana que alientan los estudios de sus particulares universos. En la última mencionada se ha destacado, además de la historia escrita, la historia a través de un rescate fotográfico que resulta pionero en su enfoque regional por el inmenso acervo que ha dado a conocer.⁴

⁴ Véase la colección Veracruz: imágenes de su historia, México, Archivo General del Estado de Veracruz, 1989-1990.

Quizás en el momento lo más importante de los estudios regionales es una metodología y una concepción que adquieren rango de reconocimiento dentro y fuera del país; por ello, son varios los investigadores extranjeros que utilizan con confianza los resultados de esos estudios para llegar a conclusiones, por cierto, muy diversas, como lo ejemplifican las obras de François-Xavier Guerra o de Alan Knight. Para este último, lo más común de la nueva historia de los años posteriores a la década de los sesenta es la originalidad del uso de archivos, y la postura crítica que adopta, en particular, frente a la “revolución oficial”.⁵

Por su parte, Eric van Young considera que la historia regional no sólo contribuye a explicar fenómenos y condiciones locales, sino que también permite un conocimiento más amplio de la diversidad de situaciones históricas. En el siglo XX distingue tres tipos de estudios: 1. Estudios políticos de caudillos regionales, redes de elite o movimientos populares. 2. Regionalizaciones económicas de gran escala. 3. Estudios de indicadores sociales.⁶

Thomas Benjamin distingue “muchos Méxicos”, y concede una tradición importante a los estudios locales sobre la Revolución, en particular los de aquellos lugares como Morelos o Chihuahua donde tuvo especial arraigo; pero, finalmente, acepta el énfasis que la historiografía regional adquirió a partir de los años sesenta y, con cierto sentido crítico, llama a los revisionistas –de los que él mismo forma parte–⁷ académicos de las revoluciones fragmentadas.⁸

En México, Romana Falcón ha realizado un acucioso estudio de los aportes que han hecho los estudios regionales al periodo revolucionario, aparte de coincidir con el marcado interés por afinar métodos de investigación y por recurrir a técnicas como las entrevistas y la consulta de documentos originales, según lo han dicho otros autores; opina ella que fue la opción ante la imposibilidad de continuar elaborando ideas generales sobre lo que fue y lo que significó la Revolución mexicana por la falta de un conocimiento preciso de su acontecer a lo largo y ancho del país. “La súbita obsesión por la historia regional... ha sido decisiva para formular la interpretación del México posterior a 1910.”⁹

⁵ “Interpretaciones recientes de la Revolución mexicana”, en *Secuencia*, n. 13, enero-abril de 1989.

⁶ “¿Son las regiones buenas para pensar? Espacio, clase y estado”, Seminario Permanente de Historia Regional, UNAM, Facultad de Economía, febrero de 1991.

⁷ Véase su libro *El camino a Leviatán. La revolución en Chiapas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989 (Colección Regiones).

⁸ “Many Mexicos in Revolutionary Hystoriography”, en *op. cit.*

⁹ Romana Falcón, “Las regiones en la Revolución. Un itinerario historiográfico”, en Carlos Martínez Assad, *Balanco y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, UNAM, Porrúa, 1990.

Su conclusión no deja de ser interesante: “Seguir intentando escribir una historia de un México entero en un país que, en rigor, carecía de un Estado nacional –e incluso en ocasiones de un gobierno que lograra controlar mínimamente el territorio– es una tarea que tiene menos sentido que señalar la diversidad de caminos y opciones que se abrieron a lo largo y ancho del país y que poco a poco fueron confluyendo en caminos verdaderamente integrados.”¹⁰

Añadiría que, además, los estudios regionales han permitido descubrir un México desconocido, el de la Revolución en el sur y el sureste con contenidos diferentes a los del norte, con movimientos de una variedad asombrosa, que no se limitaron a los de los campesinos demandantes de tierra, sino que incluyeron el surgimiento de una nueva burguesía apoyada muchas veces por las clases medias que el avance del siglo XX auguraba; movimientos que no procuraban, simplemente, la defensa de antiguos privilegios; sino que eran los de una nueva clase heredera que actualizaba sus formas de apropiación, es decir, modernizaba los medios de la acumulación de capital, como lo demuestra Ian Jacobs al estudiar a los rancheros en Guerrero.¹¹ En cierto sentido, los brotes rebeldes coincidentes con el levantamiento maderista buscaban un ordenamiento político diferente. Por eso el perfil de los líderes o caciques cambió y, a medida que el siglo avanzaba, es posible observar que sus nombres empezaban a aparecer precedidos por los títulos de licenciado o de ingeniero.

Las contradicciones entre regiones y centro coincidieron, paradójicamente, con el momento de la institucionalización, porque al centralismo visionario de los norteños se oponía la vocación autonomista de los sureños –dicho *grosso modo*– quienes encontraron en sus inaccesibles regiones ventajas para autodeterminar libremente el sentido de sus economías. Yucatán llegó a exportar henequén a la naciente Unión Soviética y Tabasco mantuvo una red de relaciones comerciales con Estados Unidos, hechos que favorecieron a sus economías internas. Pero el aislamiento tenía como principal efecto el producir políticas locales fuertes incluso como para disentir de las leyes nacionales, con todos los efectos negativos que eso tenía para la nación y para la clase política que se convertía en hegemónica. Los ejemplos abundan; entre ellos destacan los libros de Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, y de Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca*.

Lo contrario sucedió en el norte donde la extensa red ferroviaria, que montó el porfiriato, permitió que las fuerzas de Díaz se trasladaran, con cierta efectividad, distancias tan grandes como no ocurrió en ningún otro país de América Latina. Por ello, los contactos de Díaz con el norte resultaron más

¹⁰ *Ibidem*, p. 77.

¹¹ *La Revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros*, México, Ediciones ERA, 1990 (Colección Problemas de México).

fáciles; sin embargo, de esta red no se excluyeron aquellos sitios, como el Puerto de Veracruz, que representaban ingresos económicos fuertes; por otras razones, de carácter familiar y de amor al terruño, Díaz amplió también los vínculos con Oaxaca.

Lo importante, pues, de la nueva historiografía de la Revolución mexicana es el haber dibujado con mayor amplitud el mapa nacional. Ahora podemos hablar del maderismo en Coahuila; del movimiento opositor a Carranza en Oaxaca, pero también en Chiapas o en Tabasco; podemos conocer los efectos de la rebelión delahuertista en Jalisco o en Veracruz; la oposición a Obregón de algunas regiones internas de Veracruz; la aparición de partidos socialistas en toda la franja del Golfo, al mismo tiempo que los levantamientos zapatistas en Morelos y sus influencias en el surgimiento de ideologías, en ocasiones más radicales que las del Estado central, como fueron las que aparecieron en Tabasco o Michoacán, o las que dieron a las mujeres el acceso a la política en Yucatán, mientras los villistas, con sus proverbiales muestras de machismo, asolaban Chihuahua y Durango; la perenne oposición de la Iglesia católica a las leyes que fijan su ámbito de acción, en Guanajuato, y la persecución, en Veracruz y Tabasco; los grupos culturales de vanguardia en la ciudad de México o en Zacatecas y Aguascalientes; la historia negra como la de las matanzas de chinos en Coahuila y Sonora o la del racismo de los canisas doradas; la articulación de la clase trabajadora en la Casa del Obrero Mundial en la ciudad de México, y la historia contradictoria de sus propios miembros combatiendo a los campesinos veracruzanos; la fuerza de la CROM en Veracruz y su rechazo en varios otros estados; la implantación de la enseñanza vasconcelista en el D. F. y de la racionalista, opuesta a la centralización, en Tamaulipas, Veracruz, Tabasco, Campeche y Yucatán. En fin, el listado sería inacabable.

Sin embargo, en algún momento tendrá que afinarse más el concepto de lo regional, establecer sus diferencias con lo local, analizar si la historia regional es igual a la microhistoria. La territorialidad podría ser el elemento que marcara algunas desigualdades, pero la introducción de variables sobre los alcances políticos y el impacto nacional es lo que puede contribuir a encontrar las oposiciones, partiendo del acuerdo implícito sobre la importancia que tienen tanto la microhistoria como la historia regional para la nueva historiografía. No cabe pensar que estos estudios sean parciales; por el contrario, cada investigación de historia regional requiere de un planteamiento amplio, en el sentido de incluir el conocimiento de la economía, de la demografía, de las relaciones y los conflictos sociales, de la cultura, de las ideas, de la organización política, incluso del impacto internacional. Una historia regional no deja de ser total porque, aunque abarca un universo con limitaciones espaciales y temporales, incluye todos y cada uno de sus componentes.

Donde el enfoque regional ha ganado más terreno es en las investigaciones sobre la Revolución mexicana, adquiriendo, a lo largo de más de veinte años, un rango de autoridad; esto no significa que no haya obtenido espacios en otros periodos históricos y en otras disciplinas, además de la histórica. También la Independencia, la Reforma y el Porfiriato han sido motivo de análisis desde la perspectiva regional; una gran cantidad de textos se anuncian en diferentes artículos, editados en publicaciones aparecidas en todo el país. En una evaluación reciente, Mario Cerutti ubicaba la mayoría de ellos en los años ochenta, y señala que están orientados a explicar la formación y desarrollo del mercado nacional, del capitalismo, de las clases sociales y del Estado nacional.¹²

El mismo Cerutti ha sido pionero con su trabajo,¹³ y en muchas publicaciones, en demostrar la conformación de un polo de crecimiento del capitalismo mexicano, introduciendo en su análisis la importancia de la red de relaciones familiares, la influencia externa y el funcionamiento de un “espíritu del capitalismo”. Su trabajo ha alentado la creación de un seminario sobre “La formación del capitalismo”, que tiene diversos trabajos publicados en la revista *Siglo XIX*.

Sobre la segunda mitad del siglo XIX se encuentran los trabajos de Mario Aldana acerca de la conformación del capitalismo y del federalismo en Jalisco; los de Héctor Díaz Polanco sobre la circulación de capitales en el Bajío; los de Jaime Olveda que analizan a los rancheros y hacendados, también en Jalisco; los de María de los Ángeles Romero, de los procesos de destrucción de tierras en Oaxaca y Puebla; los de Mario Ramírez Rancaño sobre las haciendas en Tlaxcala y Puebla; los de Bernardo García Ruiz acerca de la industria fabril y los trabajadores en Veracruz; los de Marcelo Carmagnani que tratan la situación de los bienes comunales en Oaxaca, y los de Francie Chassen que analizan la reestructuración de la propiedad durante el porfiriato también en ese estado; los de Brígida von Mentz acerca de las haciendas en Morelos, donde también Gisela von Wobeser ha hecho aportaciones significativas; los de Jesús Gómez Serrano sobre las propiedades de los pudientes Guggenheim en Aguascalientes, y los de Eric van Young, asimismo sobre las propiedades en Jalisco, y un etcétera enorme.

De este rápido repaso se infiere la confluencia de los estudios en los procesos productivos y las haciendas de esta época; pero poco se ha avanzado, por ejemplo, sobre el caudillismo, tan apreciado en los estudios del periodo revolucionario. Aunque podemos señalar los trabajos de Aldana y Meyer

¹² “Contribuciones recientes y relevancias de la investigación regional sobre la segunda parte del siglo XIX”, en Carlos Martínez Assad, *op. cit.*

¹³ *Burguesía y capitalismo en Monterrey (1850-1910)*, Claves Latinoamericanas, 1983.

sobre Lozada, y los de Wasserman para los Terrazas, muchos personajes con notable influencia regional esperan aún ser estudiados. Asimismo sería importante contar con estudios acerca del impacto que los eventos nacionales de un periodo tan extraordinariamente rico como el XIX tuvieron sobre las regiones, en su designación de intendencias, provincias, distritos, departamentos, estados, etcétera.

El clímax que la historia regional ha alcanzado se expresa en una vasta producción que aborda temas diversos, con calidad suficiente para marcar el rumbo de una nueva historiografía; a partir de lo cual puede afirmarse que se trata de una especialidad que ha llegado a su madurez, haciendo aportaciones para enriquecer el conocimiento de este país.

LA FORMA COMO LOS MEXICANOS han recuperado su pasado ha variado a lo largo del tiempo. Particularmente durante las últimas décadas han surgido diversos fenómenos que han incidido profundamente en la manera como se escribe la historia.

El marxismo impulsó los estudios sobre historia económica y social; el feminismo despertó el interés por la historia de la mujer; la reivindicación de las comunidades pequeñas y su necesidad de contar con una historia propia dieron luz a la microhistoria, mientras que las tendencias descentralizadoras impulsaron la historia regional, y una mayor valoración del hombre común condujo al estudio de la vida cotidiana y a la historia de las mentalidades.

El contacto de la historia con otras disciplinas ha enriquecido sus enfoques y aumentado sus recursos metodológicos.

Asimismo han mejorado las condiciones materiales para hacer historia, hay mayores oportunidades para publicar y se han multiplicado las escuelas para estudiar historia. Además, la mayoría de los historiadores recibe un salario y cuenta con un apoyo institucional.

El objetivo del presente libro es dar a conocer la opinión que un grupo de destacados historiadores tiene ante estos cambios en el momento en que principia la última década del siglo xx y explicar cuál es su posición frente a la historia, o frente a determinadas corrientes historiográficas.

